

# El corazón de Júpiter

Leticia Costas



ANAYA

# El corazón de Júpiter

Ledicia Costas

ANAYA

# Índice

Dios Luna

La primera glaciación

Casiopea

Mar

Júpiter

Lágrimas de mar

Detrás de los girasoles

Fotografías del cielo

Un Ángel

El destino

De fiesta

Historias antiguas

Silencio

En el seno del abismo

Eclipse de luna

Ruinas

Stars

Círculo Polar Ártico

Rituales

Oscuridades

Epílogo

Créditos

Nada es igual al mundo que dejé en Zinguinchor.  
Ni las casas, ni los árboles, ni la tierra, ni la luz,  
ni los olores, ni la gente. Tan solo tú permaneces  
idéntica; aunque pareces estar más lejos,  
eres la misma Luna que me miraba  
desde el cielo cuando estaba allá.

*Luna de Senegal.* AGUSTÍN FERNÁNDEZ PAZ

## Dios Luna

Conoció a Júpiter la madrugada del 24 de junio. Ella estaba convencida de que no existía en el mundo fuerza alguna que hubiera podido impedir aquel encuentro. Eran como dos estrellas que acaban unidas porque ese es su destino. Puede que pasen milenios y milenios viajando en solitario, perdidas en el vértigo de su propia soledad. En algún momento sus órbitas cambiarán el rumbo y se irán acercando más y más hasta colisionar de manera irremediable. La explosión las convertirá en polvo estelar y quedarán reducidas a infinitas partículas de luz, con su brillo suspendido en el universo para siempre. Y todo por el simple hecho de que ese era su sino, y hay cosas contra las que no se puede luchar.

Conoció a Júpiter la madrugada del 24 de junio porque el destino así lo tenía proyectado. Y eso fue lo más terrible que le sucedió jamás.

Aquella mañana, Isla aún tenía motivos para sentirse bien. Apartó el trípode que sostenía el telescopio y abrió la ventana de su cuarto para que entrara un poco de brisa. La noche pasada había estado observando la luna hasta las tantas, como si entre ella y aquel satélite natural existiera alguna especie de conexión mágica. Llevaba toda la vida sintiendo ese magnetismo.

Cuando solo era una niña, su abuela Sara le contaba hermosas historias sobre la luna y los planetas mientras hacía punto de cruz. Conocía leyendas que venían de muy antiguo. Isla las escuchaba con fascinación, convencida de que detrás de aquellas palabras había algo de verdad. Entre puntada y puntada fluían las palabras con la fuerza que solo tienen las cosas auténticas. De entre todos esos relatos, ella recordaba uno con especial cariño.

Contaban los ancianos de una recóndita aldea que el dios Luna y su esposa Sol habían sido un matrimonio feliz durante muchos siglos. Hasta que él se enamoró perdidamente de la estrella Venus. Por más que lo intentaba no conseguía olvidarse de Venus y, por fin, acabó entregándose a su amor. Cuando la esposa descubrió la traición, sintió un dolor y una rabia tan profundos que decidió castigar a su marido hasta el fin de los tiempos. Lo mordió con todas sus fuerzas y le arrancó un pedazo. Pero el amor de Venus hizo que el pedazo del dios Luna volviese a crecer. Sol, loca de ira, le dio un nuevo mordisco, más grande que el anterior. Pero Venus, con su amor, logró que el pedazo creciese de nuevo. Desde entonces, Sol muerde a Luna una y otra vez con la esperanza de que un día el amor de Venus decline y no consiga recomponer la carne de su amante.

Envuelta en la belleza de aquella vieja historia y en el recuerdo de su abuela, Isla cerró los ojos se desperezó concentrándose en inspirar todo el aire que sus pulmones pudieran retener.

—Mmmm—ronroneó como un gato feliz—. Habrá que esperar un año más hasta otro solsticio de verano.

Tenía razones para estar contenta aquella mañana. ¡Por fin se acababan las clases! Eso significaba perder de vista a los que llevaban todo el curso haciéndole la vida imposible y habían sumido su existencia en una especie de niebla helada. Además, estaba a punto de hacer realidad aquello que había estado deseando durante semanas hasta quedarse sin aliento: esa noche por fin podría abrazar a Júpiter.

Tradicionalmente, la fiesta de San Juan se celebraba en la playa. Los alumnos de los institutos



de la zona se juntaban alrededor de una hoguera improvisada sobre la arena y alimentaban el fuego con los apuntes de todas las materias del año, lanzándolos a las llamas sin ningún tipo de escrúpulo. De ese modo, fórmulas químicas, derivadas, análisis sintácticos y generaciones de escritores se iban consumiendo hasta quedar reducidos a cenizas.

A las 00:00 de aquel 24 de junio, cuando el alumno mayor del instituto encendió la hoguera, a Isla se le formó un nudo en la garganta. Miró su reloj con ansiedad. Le temblaban las piernas.

«Falta muy poco», pensó mordiéndose los labios con fuerza.

—¡Fíjate en esos dos! —exclamó Mar escandalizada, tocando a Isla en una pierna para llamar su atención—. ¿Irán a hacer lo que yo creo que van a hacer?

Mar era su mejor amiga. Y también su salvadora. Desde que se trasladó con sus padres a aquella ciudad, había sido la única que se tomó la molestia de entenderla, de detenerse a contemplar su interior.

—¡Sí! ¡Lo van a hacer! —gritó Mar tapándose la cara con las manos—. ¡Qué asco!

Dos chavales se habían bajado los pantalones y estaban orinando en la hoguera. Movían sus caderas de izquierda a derecha haciendo el tonto. Toda la gente que los rodeaba estaba gritando y batiendo palmas para animarlos.

Isla torció la boca en un gesto de desagrado, desvió la mirada y la dirigió a la luna. Hacía veinte años que no estaba tan próxima a la Tierra.

—¿Has visto qué grande está? —preguntó señalando el cielo—. ¿No te parece increíble?

—Ya sabes que la astronomía no es mi fuerte.

—No, no me refiero a eso —dijo Isla con los ojos brillantes de alegría—. ¡Voy a conocer a Júpiter justo el día en que la luna está tan cerca de la Tierra! Es como si todo encajara.

—Eres una romántica empedernida —suspiró Mar—. Estás nerviosa, ¿verdad? —abrazó a su amiga y continuó hablando sin esperar la respuesta—. Mereces que por fin te pase algo bueno.

Isla respondió con fuerza al abrazo, en un intento de prolongar aquel instante mágico. Durante el curso habían pasado cosas horribles. En los peores momentos llegó a sentir que ni siquiera Mar la comprendía. Pero la realidad era que siempre había estado allí, a su lado. Era su estrella protectora.

Se separó lentamente, cogió las manos de la amiga y la miró con intensidad.

—No sé qué haría sin ti —dijo, a un tris de que se le saltaran las lágrimas.

—Venga ya, fuera sentimentalismos —replicó Mar en tono de broma—. Por fin ha llegado tu momento.

Se alejaron de la playa dejando atrás la hoguera, que ardía con furia alimentada por la brisa marina. Cogidas del brazo caminaron hasta la carretera principal. La antigua cervecería estaba a pocos metros. Aquel era el punto de encuentro con Júpiter. El mismo viento salino que avivaba el fuego de la hoguera de San Juan llevaba hasta ellas la melodía que sonaba en la playa, y también las risas y las voces de los estudiantes.

—Repasemos el plan por última vez —dijo Mar poniendo cara de concentración—. Tú llamas a la puerta de la cervecería. Júpiter abre y tú entras. Yo espero quince minutos cerca del local a que me haga una llamada perdida. Si pasado ese tiempo no sé nada de ti, pido ayuda y entramos a buscarte.

—No va a ser necesario nada de eso —contestó Isla en tono tranquilizador—. Yo conozco a Júpiter. No es de esa clase de tíos.

—Eso de que lo conoces es relativo —replicó Mar con cierto escepticismo.

—Hace semanas y semanas que hablo con él cada noche. Júpiter sabe más de mí que mucha gente con la que me veo todos los días.

—Como tú digas —suspiró Mar dándose por vencida—. Pero no te olvides de hacerme esa llamada perdida. ¡Mira que soy capaz de echar la puerta abajo!

La cervecería era una casita de piedra situada al final del paseo marítimo y tenía las mejores vistas al océano de toda Región. Estaba cerrada desde hacía muchos años. Desde un verano en que había sucedido una terrible desgracia: un niño encontró a la mujer que regentaba el local flotando en el mar, como una balsa sin rumbo. El cuerpo había estado navegando a la deriva durante toda la noche, entre bancos de medusas. El cadáver, hinchado y deforme, tenía los cabellos llenos de algas.

Aquel día el cartel de CERRADO apareció sobre la puerta y allí seguía como un macabro recuerdo de lo acontecido.

—Mi corazón va a mil por hora —confesó Isla cuando ya estaban a unos pocos pasos.

—Venga, vete a hacer realidad tus deseos —la animó Mar dándole un beso en la mejilla—. Y no te olvides...

—Síiiii —la interrumpió Isla—. ¡Te haré una llamada perdida en quince minutos! —gritó mientras se alejaba.

Entonces levantó la mano y la movió a modo de despedida. Seguidamente echó a correr hacia su ilusión. Su amiga se marchó caminado despacio, sin dejar de mirarla.

Tal y como había acordado con Júpiter, Isla dio tres golpes lentos con el puño sobre la madera de la puerta. Después contó hasta diez. Al acabar, dio otros tres golpes muy rápidos. Dirigió la mirada a la luna una última vez y cerró los ojos durante unos segundos para llenarse de toda la energía de aquel dios enamorado de Venus. Entonces sintió la necesidad de comprobar si Mar seguía allí, cerca de ella. Quiso volver la cabeza para dedicarle una última sonrisa antes de entrar, pero la puerta se abrió de repente y ya no le dio tiempo.

Perseguir las estrellas y acabar en el acuario  
de los peces de colores.

*La elegancia del erizo.* MURIEL BARBERY



## La primera glaciación

Trasladarse de ciudad es mucho más que meter las cosas en cajas, aprovechar para hacer limpieza y tirar lo que ya no sirve. Trasladarse de ciudad tiene otro significado que hay que detenerse a contemplar desde una perspectiva más profunda. Porque enfrentarse a las dimensiones de una casa vacía no puede reducirse a cinta de embalar y un camión de mudanzas. Está sucediendo algo de verdad importante. Dejas atrás el espacio que ha contribuido a que todo haya sucedido tal y como sucedió en el tiempo que allí pasaste. De haber vivido en otro lugar, las cosas jamás habrían sido de la misma manera. Es la esencia de la propia teoría del caos: una pequeña variación en las condiciones iniciales puede suponer un cambio de grandes dimensiones en el futuro.

Isla nunca podría olvidar el día de la mudanza porque era consciente de todo eso. No estaba abandonando una casa, estaba abandonando su hogar. Cambiar de ciudad y empezar de cero en un nuevo instituto había sido una experiencia que traspasó su alma dejándola herida de muerte. Con el paso de los meses seguía recordando una y otra vez aquella mañana en que empezó todo. La primera glaciación.

Sus padres habían decidido trasladarse a Región a primeros de septiembre, unas semanas antes de que comenzara el curso escolar.

—Así irás adaptándote al barrio antes de que empiecen las clases en el nuevo instituto —le había dicho su madre, ilusionada—. Y podrás aprovechar para hacer amigas.

Pero Isla no quería hacer nuevas amigas. Ella ya tenía amigas. Y un instituto en el que estaba muy a gusto, y una habitación enorme para ella sola. ¡Cómo iba a echar de menos la ventana de su cuarto! Desde allí, a través de su telescopio, se había pasado noches enteras avistando planetas, sumergida en el vientre del universo. Había aprendido a amar las noches despejadas. De tanto observar el cielo nocturno, era capaz de distinguir a primera vista cada una de las estrellas que forman la Osa Mayor. Pero esa no era la única constelación que conseguía distinguir. En su cabeza, el mapa de las estrellas estaba perfectamente definido.

La tarde de la mudanza, cuando su padre puso el coche en marcha y llegó el momento de dejar atrás su mundo, Isla tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no echarse a llorar. «El cielo seguirá estando allá donde tú vayas», se repetía a sí misma. A medida que avanzaban por la carretera, se iba entristeciendo más y más. No le resultaba fácil dejar atrás un lugar en el que había sido tan feliz. Además, las cosas nuevas le daban muchísimo miedo.

—¿Por qué vas tan callada, hija? —le preguntó su padre observándola por el retrovisor.

Ella suspiró con desgana, sin apartar la vista del paisaje.

—Estoy segura de que dentro de nada lo verás todo de otra manera. —Su madre estaba empeñada en animarla—. El sitio al que nos trasladamos es muy hermoso. ¡Y la nueva casa te va a encantar! Tiene un jardín enorme. ¡Y wifi!

—A mí me gustaba la otra casa —se sinceró Isla.

Sus padres intercambiaron una mirada de intranquilidad. Después él volvió a mirar a Isla a través del retrovisor.

—Para nosotros, cambiar de vivienda también supone un sacrificio —confesó con franqueza—, pero no somos la primera familia a la que expropiaron ni seremos la última. Además, el cambio es para mejorar.

«Si nos trasladamos es porque vosotros lo habéis querido», pensó Isla, convencida de que sus padres habrían podido encontrar otra casa sin necesidad de marcharse tan lejos.

Pero no lo dijo. No se sentía con fuerzas para discutir. Prefirió encerrarse en sí misma y no volver a abrir la boca hasta que llegaran al nuevo barrio.

—¡Mira! —anunció su madre, muy contenta, sacando el brazo por la ventanilla—. Ahí está nuestro nuevo hogar.

La temperatura era muy agradable. El sol acariciaba el paisaje coloreando la tarde con suaves tonalidades. Isla bajó del coche con apatía y se quedó mirando a unos muchachos que jugaban al fútbol en el camino que había delante de la casa. Parecía que se estaban divirtiendo. Reían sin parar y se gritaban unos a otros, emocionados, como si estuvieran compitiendo en la final del campeonato del mundo.

—¡Isla! —La voz de su padre salió de detrás de la puerta del maletero arrancándola de sus pensamientos—. Ven a coger cajas. Quiero vaciar el coche.

Isla fue junto a él y enseguida agarró una caja que tenía escrito su nombre en rojo. Ella misma la había rotulado el día anterior para evitar confusiones, después de meter dentro sus cosas más personales: COSAS DE ISLA, NO ABRIR.

Toda su intimidad estaba dentro de esa caja. Por nada del mundo quería que alguien pudiese acceder a lo que allí guardaba.

Sofía, una de sus mejores amigas, le había contado unas semanas atrás que había pillado a su madre en su habitación revolviéndole los cajones. Cuando le pidió explicaciones, la madre se había disculpado diciendo que era su deber preocuparse por ella y que era algo normal hacer indagaciones de vez en cuando. Aquello a Isla le produjo un gran desasosiego. Sus cosas eran intocables y sus padres no tenían ningún derecho a meter allí las narices sin su permiso. Solo de pensarlo se moría de rabia.

Apresó contra su pecho la caja rotulada en rojo y echó a andar.

—Deja esa en su sitio y vuelve rápido a buscar más —le pidió su padre.

Ella le contestó con un bufido. Asomando la cabeza por encima del cartón, fue hacia la casa. Cuando estaba a pocos metros del grupo de muchachos, sintió un golpe fuerte y seco. Algo había impactado contra la caja provocando que se le resbalara de las manos y cayese al suelo, haciendo que parte del contenido quedara a la vista sobre el cemento.

—¡Lo que me faltaba! —protestó ella con nerviosismo, arrodillándose para echar mano a una serie de cartas que Rubén, un antiguo novio, le había escrito pocas semanas atrás.

El chico que le había dado aquella inoportuna patada al balón se acercó y la miró con los ojos muy abiertos.

—Venía a disculparme por lo del balón —dijo mientras se agachaba al lado de Isla.

Ella tragó saliva y sintió cómo el calor subía a sus mejillas. Ahora tenía todos los músculos tensos y las palabras atravesadas en la garganta. Recogió sus cosas lo más rápidamente que pudo para volver a meterlas en la caja. Pero el muchacho la detuvo.

—¡No tengas tanta prisa! —soltó una carcajada divertida y cogió una foto que nadie debería ver nunca.

Isla intentó quitársela, pero él se lo impidió y observó la foto con interés.

—Qué maleducado soy —dijo el chico sin borrar la sonrisa de su cara—. Me llamo Marcos, aunque todo el mundo me conoce por Carballo.

La mente ágil de Isla se trasladó a la tarde en que Rubén le había hecho aquella fotografía. Aparecía ella completamente desnuda sobre una cama deshecha, sonriéndole al objetivo con cierta timidez. Tenía parte de la melena delante de la cara e intentaba cubrirse el pecho con los brazos, dejando entrever más de lo que pretendía. Rubén la había cogido por sorpresa aquella tarde cuando sacó la Polaroid de un cajón dispuesto a fotografiar aquel instante. La cámara tenía un montón de años. Era de esas que imprimen la foto automáticamente nada más hacerla. Cuando Rubén vio la silueta desnuda de Isla aparecer en el papel, acarició la imagen con la yema de los dedos y puso cara de felicidad. Ella lo observaba desde la cama con los ojos brillantes. «Nadie podrá arrebatarme jamás este instante, Isla», le había dicho.

Aquel desconocido acababa de irrumpir sin permiso en un recuerdo demasiado íntimo.

—Disculpas aceptadas —dijo Isla con frialdad, alejándose de aquel episodio del pasado y regresando al presente.

El tal Carballo la miró con cara de no comprender.

—Has venido a excusarte por lo del balón, ¿verdad? Pues disculpas aceptadas. Y ahora, por favor, dame lo que tienes en la mano.

Le quitó la fotografía con brusquedad y la metió en la caja, junto con las otras cosas.

—¡Isla! —gritó su padre, que ya había depositado en el suelo todas las cajas del maletero—. ¿Es para hoy?

—Así que Isla —le dijo Carballo—. Un placer conocerte... con ropa y sin ella.

No estaba dispuesta a consentir ni un comentario más de aquel impertinente desconocido. Agarró la caja y se marchó hacia su nueva casa.

En su interior, un remolino de sentimientos galopaba con fuerza.

—¡Bienvenida! —exclamó con alegría—. Cordialmente bienvenida a la casa de Ninguna Parte. Permíteme, pequeña Momo, que me presente. Soy el maestro Hora, Segundo Minuto Hora.

—¿De verdad que me estabas esperando? —preguntó Momo sorprendida.

—¡Pues claro! He enviado especialmente a mi tortuga Casiopea para que te recogiera.

*Momo.* MICHAEL ENDE

## Casiopea

Aquella noche Isla se encerró muy temprano en su cuarto. Por lo general, se sentaba con sus padres a ver la televisión o a hablar sobre cualquier cosa hasta la hora de irse a la cama. Le gustaba compartir con ellos el último momento del día. Pero en esa ocasión no estaba con ánimos. Si sus padres la notaban preocupada o percibían en ella cualquier indicio de tristeza, no pararían hasta saber qué le pasaba, y ella no tenía ganas de dar ninguna clase de explicación. Necesitaba encerrarse en su interior y reflexionar.

En circunstancias así solo había una cosa que conseguía relajarla: viajar por el cielo. Sacó el telescopio del embalaje con mucho cuidado y lo colocó sobre el trípode, delante de la ventana. Se moría de ganas de dar un paseo por el espacio.

Intentó enfocar la lente dirigiéndola hacia arriba, pero no lo consiguió. Había muchas nubes, igual que en su interior. Era como si el cosmos fuera una especie de espejo de sí misma.

Se pasó cerca de una hora peleando por ver algo más allá de las nubes, hasta que se dio por vencida.

—Es inútil —se lamentó en voz alta, sacando la cabeza por la ventana.

En ese momento la voz de su madre sonó desde el otro lado de la puerta.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

Y abrió sin esperar respuesta. Isla se molestó tomando aquello como una invasión a su espacio. ¿Tan difícil resultaba entender que quería estar sola?

—Hija, ¿no vas a cenar nada? ¿Ni siquiera un vaso de leche?

—No tengo hambre —contestó con sequedad, sin moverse de donde estaba.

La madre se acercó a ella y la imitó. Sacó la cabeza por la ventana y se quedó unos instantes observando el cielo junto a su hija. La luna era un sutil círculo luminoso que apenas se intuía entre las nubes. Corría una agradable brisa de finales de verano que olía a mar.

—Hija, tienes que darle una oportunidad a este lugar —hablaba con mucha tranquilidad, gozando del paisaje nocturno y de la agradable temperatura que las acompañaba—. No puede ser que te cierres en banda de esta manera.

Isla no contestó. Solo podía pensar en la sonrisa de Carballo con su fotografía en la mano. Tenía aquella imagen atascada en la mente y no había manera de hacerla desaparecer. Menos mal que sus padres no habían presenciado la escena. No habría podido soportar semejante vergüenza.

—¿Me prometes que vas a poner algo de tu parte para que las cosas vayan bien? —le preguntó su madre con dulzura mientras le acariciaba los cabellos.

—¡Claro! —contestó intentando parecer convincente.

Conocía muy bien a sus padres. La mejor manera de que la dejaran tranquila era decirles exactamente lo que ellos querían oír. Tenía aquel papel muy bien aprendido y sabía escoger las palabras adecuadas. Eran años de práctica.

—Supongo que necesito tiempo, nada más —añadió.

La madre sonrió satisfecha, la besó en la frente y se marchó. Isla resopló y se tiró sobre la cama.

—Qué desastre —se dijo a sí misma.

Se hizo un ovillo abrazada a un cojín y cerró los ojos intentando no pensar en nada. Pero los altavoces de su ordenador empezaron a sonar. Estaba visto que esa noche no había manera de que la dejaran tranquila.

Se levantó de mala gana y cogió el portátil que había dejado sobre una caja de cartón. En la parte inferior de la pantalla se había iluminado la ventanita del chat. Un tal Júpiter estaba hablándole desde algún misterioso punto del hemisferio.

Isla se sentó en la cama con el ordenador sobre las piernas.

—Júpiter —murmuró con cierta melancolía—. La estrella frustrada.

Movió el ratón y la ventanita del chat ocupó toda la pantalla. En la parte izquierda había una fotografía del planeta Júpiter y a la derecha una frase iniciaba la conversación:

**Júpiter:** ¡Hola, Casiopea! ¿Cómo va la vida por tu constelación?




Casiopea era el *nick* que Isla empleaba siempre en Internet. Lo había escogido por varias razones: Casiopea es la única reina que hay en todo el firmamento y también la única constelación que tiene su pareja en el cielo, Cefeo. Casiopea y Cefeo, reyes de Etiopía y padres de Andrómeda. La suya era una hermosa historia sobre la vanidad. Isla la había leído en alguna parte y enseguida la memorizó.

Casiopea cometió el atrevimiento de afirmar con total rotundidad que su belleza superaba a la de las Nereidas, las hermosas ninfas del mar. Ofendidas, las Nereidas suplicaron a Poseidón que castigara a la reina por su osadía. Él envió una devastadora marea y también a Cetus, un terrible monstruo marino que causó males considerables en las costas etíopes. Entonces el rey Cefeo consultó el oráculo para saber cómo detener el ataque de Cetus. La única solución era sacrificar a su hija Andrómeda. Debía atarla a una roca en un acantilado para ser víctima de Cetus y saciar así su sed de aniquilación. Cefeo no tenía otra salida, o sacrificaba a su hija o toda Etiopía sería devastada. Perseo, un semidiós que regresaba en barco de su viaje más importante, descubrió a Andrómeda el día del sacrificio, atada a una roca en el acantilado, dispuesta para ser devorada por la bestia y, en ese mismo instante, se enamoró de ella. Mató al monstruo y se convirtió en el salvador de Andrómeda y en su compañero. El destino de Casiopea fue muy distinto. Poseidón la lanzó hasta el cielo, donde quedó suspendida boca abajo por toda la eternidad.


Pero Isla no había escogido el *nick* de Casiopea por la leyenda. La decisión la había tomado después de leer *Momo*, uno de sus libros favoritos. En él se contaba la historia de una niña que poseía la extraordinaria facultad de saber escuchar. La había cautivado el personaje de Casiopea, la tortuga capaz de comunicarse haciendo la forma de las letras en su concha.

Isla era asidua de varios foros sobre astronomía y nunca usaba su nombre real. No quería revelar datos personales. Su identidad virtual era Casiopea. Casiopea la reina de Etiopía, la tortuga mágica de Momo. Ella misma.

Mientras empezaba a teclear se le escapó una sonrisa.

**Casiopea:** Hola, Júpiter.  ¿Qué tal?

**Júpiter:** Pues aquí, pensando ya en irme a la cama. Hoy ha sido un día muuuuuuy largo.

**Casiopea:** Pues ya somos dos. Hay días en los que todo sale al revés. 

**Júpiter:** ¿Y eso?

**Casiopea:** Mi constelación tiene hoy un par de estrellas fundidas.

**Júpiter:** ¿Hay algo que se pueda hacer desde mi planeta?

**Casiopea:** Creo que no... 

**Júpiter:** ¿Y si te mando para ahí a *Algedi* y a *Dabih*?


Isla apartó las manos del ordenador como si le quemaran las teclas en los dedos. *Algedi* y *Dabih* eran dos estrellas que estaban a la derecha de Júpiter. Formaban la cabeza y los cuernos de Capricornio. Era rarísimo encontrar a alguien que supiera de memoria aquellos dos nombres.

**Júpiter:** ¿Sigues ahí, Casiopea?

**Casiopea:** ¡Sí, aquí sigo! Ya veo que sabes mucho de estrellas.

**Júpiter:** Me gusta estar al tanto de lo que pasa en el cielo. Pero en este caso juego con ventaja: mi signo zodiacal es Capricornio, por eso conozco esos nombres.

**Casiopea:** Capricornio = Cabra marina.

**Júpiter:** ¡Tú también controlas mucho lo que pasa por ahí arriba! No todo el mundo sabe que Capricornio es mitad cabra y mitad pez. 


Isla cambió de posición. Se recostó en la cama, colocó un par de cojines en la espalda y puso el ordenador sobre las piernas. Tenía el palpito de que aquella conversación prometía.

**Casiopea:** La astronomía me interesa desde que era niña. Me regalaron mi primer telescopio el día que cumplí 13 años. Acabo de jubilarlo hace solo unas semanas.

**Júpiter:** ¿Te has comprado otro?

**Casiopea:** No exactamente... Mis padres vieron que la cosa iba en serio y me regalaron otro mucho mejor el día que cumplí 17 años. ¿Y tú cuántos tienes?

**Júpiter:** Pues tengo uno un poco antiguo, pero funciona muy bien.

**Casiopea:** ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja! Telescopios no, años. 

**Júpiter:**  Solo uno más que tú.

Isla cerró los ojos e intentó imaginar cómo sería la cara de Júpiter. Entonces sintió la necesidad de saberlo todo sobre él: dónde vivía, a qué instituto iba, su nombre real...

**Júpiter:** ¿Volveremos a hablar, Casiopea?



**Casiopea:** ¿Ya te tienes que marchar?



**Júpiter:** Me temo que sí... Una nave espacial acaba de aterrizar en mi planeta, y tengo que ir a hacer averiguaciones.

**Casiopea:** ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Qué pena!

**Júpiter:** Si quieres, quedamos para mañana...



**Casiopea:** ¡¡Genial!!



Mañana a la misma hora en el mismo cielo...

**Júpiter:** Que duermas bien, Casiopea.

**Casiopea:** Que duermas bien, Júpiter.



Isla desconectó el portátil y lo volvió a poner sobre la caja. Después se acercó a la ventana y respiró el aire fresco de la noche. Se había levantado un poco de viento que dispersó algunas nubes, pero la luna seguía velada.

—Tal vez mañana —dijo en voz alta.

Cerró la ventana y se acostó. Aquella noche soñó con Júpiter.

Los egipcios fueron una antigua raza caucásica que habitó una de las regiones del norte de África. África, como todos sabemos, es el continente mayor del hemisferio oriental. Los egipcios son extremadamente interesantes para nosotros por diversas razones. La ciencia moderna todavía no ha podido descubrir los ingredientes secretos que utilizaban cuando vendaban a sus muertos para que el rostro no se pudriera durante innumerables siglos (...).

Estimado señor Spencer. Esto es todo lo que sé sobre los egipcios.

No he logrado interesarme mucho por ellos, aunque sus clases son muy interesantes. No le importe suspenderme, porque voy a suspender todo excepto Lengua.

Respetuosamente, Holden Caulfield.

*El guardián entre el centeno.* J. D. SALINGER

## Mar

Llegó el primer día de clase sin que Isla hubiera conseguido hacer ni una sola amiga. Desde el traslado a Región casi no había salido de casa, solo para dar un par de paseos por los alrededores, más por complacer a su madre que porque le apeteciera realmente. Se sentía como pez fuera del agua. Algunos días incluso notaba que le faltaba el aire y se asfixiaba en una densa marea de dudas e inseguridades. Ella trataba una y otra vez de encontrar su lugar, pero era tan pequeña... un simple puntito de luz perdido en la negrura de la noche.

De camino al instituto, no dejó de darle vueltas a la idea de que de aquella manera era imposible sentirse libre. Siempre pensando en qué considerarían correcto o incorrecto sus padres, yendo de acá para allá en función de lo que ellos esperaban. La adolescencia, concluyó, tiene mucho de tiranía.

De los chicos del barrio mejor no hablar. Los había visto un par de veces desde la ventana de su cuarto mientras jugaban al fútbol. Evitaba salir a la calle si ellos estaban allí. Después de lo que había pasado el día de la mudanza, no quería cruzárselos por nada del mundo. Estaba segura de que Carballo no había tardado ni un segundo en contarles a los otros lo de la foto. Se moría de vergüenza cada vez que lo recordaba.

Pero no todo era oscuridad. En las últimas semanas Júpiter había encendido una luz en medio de la marea, e Isla se aferraba a ella como un barco a las señales luminosas del faro. Las conversaciones nocturnas a través del chat eran su salvavidas. Él hacía de guía en medio de la niebla. Entre los dos existía una magia que traspasaba las fronteras del ciberespacio.

La noche anterior habían estado hablando sobre los cuatro satélites de Júpiter. Isla había conseguido avistarlos por primera vez hacía tres años. Eran cuatro hermosas bolas de cristal suspendidas en el universo, a merced del planeta. Ío, Europa, Ganímedes y Calisto, girando alrededor de Júpiter en una especie de danza eterna.

A ella le interesaba en especial el satélite Europa. Un mundo de hielo de kilómetros y kilómetros de grosor bajo el cual se especulaba que existían grandes océanos de agua y vida. Isla solía fantasear con ese tipo de cosas en la intimidad. Ahora todo era distinto. Sus fantasías tenían un destinatario concreto que les daba alas. Y ella, a cambio, había decidido entregarle las llaves de ese rincón de su mente en el que reposaba la pasión por el mundo interestelar. Una puerta abierta solo para él.

Aquella mañana, en cuanto puso un pie en el instituto, notó que le faltaba el aire. El edificio era enorme. Mucho más que su centro de estudios anterior. Eso le infundía una terrible inseguridad. ¿Cuántos estudiantes podría haber en aquel centro? ¿Seiscientos? ¿Setecientos? De pronto sintió que estaba sola y desprotegida.

Respiró profundamente y se dirigió a conserjería para preguntar cuál era su aula. La atendió una señora regordeta que trató de ser amable y le hizo rellenar algunos formularios que habían quedado pendientes. Mientras Isla cubría los impresos, la mujer inició una conversación con comentarios intrascendentes, hablando del tiempo en Región y del difícil carácter de los adolescentes. Isla se tragó las ganas de responderle que el carácter de muchos adultos también

podía ser algo digno de análisis. Era preferible pasar inadvertida y no presentar batalla nada más aterrizar en aquella atmósfera.

—Supongo que ya lo sabes, tu aula es la B5. Sube las escaleras hasta el segundo piso. El aula está justo al lado de los aseos de mujeres. Venga, ya hace un buen rato que ha sonado el timbre. ¡Suerte!

«Espero no necesitarla», pensó ella.

Cuando llegó al aula, todos los pupitres excepto uno estaban ya ocupados. Antes de sentarse echó una tímida ojeada a su alrededor. Varios pares de ojos se clavaron en ella de manera indiscreta.

—¡Hola, Isla! —exclamó una voz impertinente desde el fondo—. ¡Estábamos todos esperándote!

El mundo se detuvo súbitamente. Se paró como un reloj al que se le acaba la cuerda y los engranajes de su maquinaria dejan de moverse. De todas las clases del instituto había tenido que coincidir justamente en la misma que Carballo. Los astros volvían una vez más a conjurarse en su contra.

—*¡Good morning, classroom!* —saludó el profesor de Inglés, que acababa de entrar en el aula.

Miró fijamente a Isla, que seguía de pie sin saber qué hacer.

—¿Algún problema, señorita...?

—Isla —apuntó Carballo con la misma voz insolente—. Se llama Isla y acaba de mudarse a Región.

Ella negó con la cabeza y fue hacia el pupitre sin levantar la mirada del suelo. Por el camino se le escapó un bufido.

—¿Tú eres la alumna nueva? —preguntó el profesor.

—Sí, soy yo —contestó ella en un murmullo.

Se retiró el pelo de la cara y se sentó. Odiaba ser el centro de atención.

—Bienvenida a Región, Isla. Espero que tus compañeros colaboren para que te sientas lo mejor posible —dijo el profesor.

—Gracias —se limitó a contestar.

Mientras el profesor explicaba la dinámica que seguirían durante el trimestre y algunos aspectos del temario, Isla viajó a muchos kilómetros del aula. Era una soñadora, y el paisaje que se dibujaba más allá del cristal invitaba a huir de la clase. Un monte con pinos lo invadía todo. A ella le gustaba estar rodeada de naturaleza. Le relajaba observar el movimiento de las ramas de los árboles con el soplo de la brisa, el sol acariciando la hierba fresca, la forma majestuosa de las montañas perfilando el horizonte. La belleza de aquel trozo del planeta Tierra que se extendía delante de sus ojos.

En ese momento, una bola de papel le golpeó la cabeza interrumpiendo sus pensamientos. Unas cuantas risitas insolentes sonaron desde el fondo. Isla miró en esa dirección y su mirada se cruzó con la de Carballo, que le guiñó un ojo con malicia. El profesor, ajeno a todo, continuaba hablando sin demasiado énfasis, como si estuviera cansado incluso antes de comenzar.

Isla pensó en huir. En coger sus cosas, echar a correr y no regresar nunca más. Y estuvo a punto de hacerlo. Si no lo hizo fue porque hubo una mano que le acarició la espalda en el momento oportuno.

—No les hagas ni caso —le susurró la alumna que estaba sentada detrás de ella—. Suelen comportarse como imbéciles. Yo soy Mar —continuó—. ¡Y si yo soy Mar y tú Isla, tenemos que llevarnos bien por narices! ¿Qué es una isla sin mar?

—Gracias —contestó Isla en voz baja, rodeada de un halo de languidez—. Ahora mismo estaba pensando en levantarme de la silla y largarme de aquí.

—¿Por culpa de esos capullos? Entonces les estarías dando exactamente lo que buscaban. Pasa de ellos. Esto no les da para más —concluyó golpeándose la frente con el dedo índice.

La clase fue muy corta. Era solo una especie de presentación del curso, una toma de contacto.

—El primer día solo hay presentaciones, los profes no dan clase —le explicó Mar.

Isla pensó que el nombre le iba muy bien a aquella chica. Tenía una larga melena negra llena de ondas salvajes, los ojos azul índigo y un gesto de insultante libertad. Exhalaba frescura adolescente.

Caminaron juntas hacia el aula A2. Les tocaba Historia del Arte. Decidieron esperar allí la llegada del profesor en vez de ir a la cafetería; así podrían hablar un poco e ir conociéndose mejor. Mar era muy amable y a Isla le cayó bien desde el primer instante. Y no solo porque le hubiera tendido la mano. Había algo especial en aquella muchacha, era de esas personas capaces de cautivar con solo una sonrisa. A Isla, por lo general, su timidez la obligaba a crear una especie de barrera muy difícil de traspasar para las personas desconocidas. Pero con Mar fue distinto desde el principio, ella hacía que las cosas resultaran sencillas.

Mar le explicó cómo funcionaba el centro y le contó algunos cotilleos sobre los profesores y también sobre los alumnos. Según lo que le dijo, allí gozaban de bastante libertad. Los consideraban adultos y responsables de sus conductas. Si no estudiabas era asunto tuyo. Nadie te reñía por suspender.

A Isla le llamó la atención todo aquello. Estaba acostumbrada a un control riguroso de todos los pasos que daba. En el Agua de la Laguna, su anterior instituto, eran como una pequeña familia.

Mar estaba contándole que el de inglés era un hueso duro de roer cuando Carballo entró en el aula y traspasó a Isla con sus ojos azules. Junto a él, otros chicos se reían por lo bajo.

—Mira a quién tenemos aquí —dijo Carballo—. La novata arrojándose a esa. Tienes una buena cabeza Isla, hay que ver qué bien rebotan en ella las bolas de papel.

—¿Tú te aburres mucho, verdad? —le soltó Mar—. Lárgate por donde has venido y déjanos en paz. ¡Venga, arreando!

—A mí no me hables en ese tono.

—¡Pero si todavía te vas a hacer el ofendido! Mira, tío, a ver si te queda una cosita muy clara: no nos interesan tus bobadas. Así que, olvídate de que existimos y piérdete.

Carballo le lanzó a Isla una mirada llena de furia y después se marchó seguido de sus amigos hacia la parte de atrás del aula. Se sentaron en la última fila y no volvieron a molestar en el resto de la mañana.

Isla se sentía confusa y aliviada cuando sonó el timbre de las dos de la tarde. Demasiadas emociones para el primer día de clase. Mar la acompañó hasta muy cerca de su casa. Vivía a tan solo unos pocos minutos de allí. Por el camino, Isla le confesó que no estaba demasiado contenta con el cambio de instituto. Le contó que fueron sus padres los que tomaron la decisión y ella no había podido hacer nada para que cambiaran de idea.

—Por lo menos, tú vives cerca —dijo resignada—. Así podremos volver juntas del insti.

—¡Claro! Cuenta con eso. Y por Carballo y sus colegas no te preocupes. Los conozco bien y sé que pronto se habrán cansado de molestarte, en cuanto encuentren otra cosa para entretenerse.

Se despidieron con dos besos y quedaron en esperarse para ir juntas a clase al día siguiente. Antes de entrar en casa, Isla miró el cielo. Estaba completamente despejado.

«Hoy sí podré divisarte, Júpiter», pensó.

En su interior, un manojito de estrellas le hizo cosquillas, removiéndole el cuerpo entero de los pies a la cabeza.

Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, la edad de la sabiduría y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad, la era de la luz y de las tinieblas, era la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación.

*Historia de dos ciudades.* CHARLES DICKENS



## Júpiter

Esa noche, durante la cena, Isla estaba impaciente y no dejaba de mirar su reloj a cada rato. Necesitaba ir a su habitación, encender el ordenador y encontrarse con Júpiter. Se había acostumbrado a hablar con él sobre miles de cosas: las leyendas griegas, las galaxias, el significado de cada constelación... Aquellas conversaciones eran ahora una verdadera necesidad, el motor que hacía que todo girase hacia el lado correcto. Él sabía muchas cosas sobre el espacio. La dejaba sorprendida con datos maravillosos acerca de planetas habitables fuera del sistema solar y sobre los descubrimientos más recientes de Kepler, el satélite enviado por la NASA para detectar nuevos mundos perdidos por el universo. Le apasionaba el cosmos tanto como a ella.

Isla estaba ansiosa por echar a correr y abrir una vez más esa puerta de luz que teñía todo de colores y matices.

—¿Qué tal ha ido el primer día de instituto? —le preguntó su padre concentrado en un trozo de tortilla que acababa de ensartar con el tenedor.

La sonrisa de Isla se desvaneció con aquella pregunta, al recordar a Carballo y su actitud. Pero por nada del mundo pensaba contarles a sus padres ni lo más mínimo. Pensarían que todo era producto de su imaginación y que estaba exagerando.

—He hecho una amiga —contestó disimulando sus verdaderos pensamientos, justo antes de meterse en la boca un tomatito.

—¡Esa es una buenísima noticia! —exclamó su madre muy contenta—. ¿Y cómo se llama? ¿Vive cerca de aquí? ¿Cómo es? ¿Saca buenas notas?

—Elisa, por favor —intervino el padre—, déjala respirar.

—Sí, la verdad es que estoy un poco agobiada —confesó Isla aprovechando la ocasión—. Ha sido un día muy largo. ¿Os importa que me vaya a mi cuarto? Hoy casi no hay nubes y el cielo me está esperando.

—Pero no te acuestes tarde —le pidió su padre—, que mañana tienes clase, y ya sabemos lo que pasa cuando coges el telescopio.

Les dio un beso de buenas noches, fue a lavarse los dientes y después se encerró en su cuarto. Lo primero que hizo fue dirigirse al ordenador. Lo encendió y abrió el chat, pero Júpiter aparecía como desconectado.

—¿Dónde estás? —preguntó.

Después abrió las contraventanas, se sentó en la banqueta y acercó su ojo al ocular del telescopio.


—¡Ya te veo! —exclamó en cuanto encontró el planeta Júpiter en el cielo—. ¡Qué pasada!


Una esfera de tonalidad cremosa como un helado de vainilla y peinada por unas líneas rojizas y regulares flotaba en la oscuridad de la noche. Pero cuando a ella le gustaba de verdad contemplarlo era al atardecer, en ese momento en el que cuelga sobre nuestras cabezas y su poder oculta todo en el cielo, excepto Venus y la Luna. La Luna y Júpiter, uno junto al otro, son una visión muy hermosa.

Observó con atención su Gran Mancha Roja, un remolino de más de doscientos años de

antigüedad. Se perdió en el interior de esa espiral hasta que empezó a sonar la musiquita del chat. Isla saltó hasta su ordenador y se tendió en la cama.

**Júpiter:** Hola, Casiopea.

**Júpiter:** ¿Estás ahí? 

**Casiopea:** ¡Hola! Estaba observándote desde mi ventana. 


**Júpiter:** Hoy hace una noche perfecta para cazar estrellas.

**Casiopea:** ¿Has escuchado lo de la lluvia de estrellas que va a haber dentro de dos semanas?

**Júpiter:** Sí. Ayer habló un astrónomo y aseguró que podremos contemplar 120 estrellas fugaces por hora. Y en pocos meses...


**Casiopea:** ¡El eclipse de luna!

**Júpiter:** ¡Exacto! ¿Qué tal hoy en el insti?

**Casiopea:** ¡Un auténtico desastre! 

**Júpiter:** ¿Y eso?

**Casiopea:** Un tipo la ha tomado conmigo. Creo que voy a ser su diana en lo que queda de curso.

**Júpiter:**  Eso es mucho tiempo... Creo que exageras. En cuanto te conozca, cambiará de actitud.

...

**Júpiter:** ¿Casiopea?

**Casiopea:** Estaba pensando. Lo mejor será que no perdamos el tiempo hablando de ese tipo.

**Júpiter:** Tú tranquila. Si ves que la cosa se pone fea, me avisas y ya me encargo yo de todo.

**Casiopea:** ¿Ah, sí? ¿Y qué se supone que harás? ¿Plantarte en mi instituto escopeta en mano?



**Júpiter:** Ja, ja, ja. ¿Como en las pelis? Yo estaba pensando en algo mucho más sutil. ¿Qué te parece si lanzo un meteorito desde aquí arriba?

**Casiopea:**  ¡Una idea fantástica!

**Júpiter:** Eso está mucho mejor. Me gusta verte sonreír, Casiopea.


**Casiopea:** Si tuvieras *webcam*, podrías verme sonreír de verdad...

...

**Casiopea:** ¿Sigues ahí, Júpiter?

**Júpiter:** Sí, sigo aquí. Ya sabes que, de momento, las conexiones de vídeo con Júpiter son de muy baja calidad. Además, se rompería esta magia interestelar.

**Casiopea:** Dime la verdad. ¿Eres uno de esos habitantes de Júpiter que ha descubierto el científico Carl Sagan? ¿Un ser flotante gaseoso parecido a un globo aerostático? ¿Por eso no

quieres que te vea? 

**Júpiter:** Jovianos.

**Casiopea:** ¿Cómo?


**Júpiter:** Los habitantes de Júpiter se llaman jovianos. Y no, no soy ningún ser flotante gaseoso. Estoy hecho de carne, huesos y sentimientos. Como tú.

**Casiopea:** Por lo menos podrías decirme en qué punto del planeta vives. Por si algún día paso por ahí cerca...


**Júpiter:** Entre los satélites Ío, Ganímedes, Calisto y Europa. En la constelación de Capricornio. Al sur de la constelación del delfín. Al lado de la primera unicornio.

**Casiopea:** ¿La primera unicornio?


**Júpiter:** ¿No conoces a Amaltea? ¿La ninfa en forma de cabra que amamantó a Zeus?


**Casiopea:** Va a ser que no... 

**Júpiter:** La historia empieza con la esposa de Crono, que tuvo que parir en secreto a Zeus. Crono sabía que estaba destinado a ser derrocado por uno de sus propios hijos, por eso los tragaba en cuanto nacían.

**Casiopea:** ¡Qué bruto! 

**Júpiter:** Para evitar la muerte de Zeus, Rea huyó a Creta, dio a luz a Zeus y le entregó a Crono una piedra envuelta en pañales que él devoró pensando que era su hijo. Amaltea vivía en los montes de Arcadia y tenía unos enormes cuernos que crecían y vertían leche y néctar. Así alimentó a Zeus durante meses. Hasta que cierto día rompió accidentalmente uno de sus cuernos. Ella, que quería al hijo de Rea y de Crono como si fuera suyo, llenó el cuerno de flores y frutas y se lo llevó a Zeus. Este, maravillado, agarró a Amaltea y la elevó hasta las estrellas, convirtiéndola en la primera unicornio.

**Casiopea:** La primera unicornio. ¡Qué historia tan chula! Pero ya me has liado.  Estábamos hablando de otra cosa. Yo ya sé dónde está colocado el planeta Júpiter en el cielo. Lo que te estaba preguntando es en qué punto del planeta Tierra vives... Está visto que para llegar a

ti, voy a necesitar un cohete. ¡Y donde yo vivo no los fabrican! 

**Júpiter:** No te preocupes. El día menos pensado viajo yo a la Tierra para conocerte.

**Casiopea:** ¿De verdad?

**Júpiter:** ¡Claro que sí!

**Casiopea:** 

**Júpiter:** Me gustan tus abrazos.


**Casiopea:** ¿Aunque sean virtuales?

**Júpiter:** Antes de lo que piensas, podrás darme uno de los de verdad.

**Casiopea:** Ojalá ese momento llegue pronto.

**Júpiter:** Confía en mí. ¿Hablamos mañana?

**Casiopea:** ¡Sí! Ahora me voy a echarles una última mirada a mis estrellas. ¡Felices sueños!

**Júpiter:** Felices sueños, Casiopea. 

Isla cerró el ordenador y lo dejó sobre el escritorio.

«No voy a dejar pasar ni un solo día más», pensó justo antes de quedarse dormida. Estaba decidido, la próxima vez que hablase con Júpiter le pediría una foto. Llevaban semanas compartiendo madrugadas y todavía no sabía nada de su aspecto. Lo había imaginado muchísimas veces, pero eso no era suficiente para ella. Ya no. Necesitaba ponerle cara a aquel planeta que había entrado en su vida como por arte de magia.

—De hecho, aborrezco toda clase de animales marinos. Me los como, pero los aborrezco. Me pasa desde un día en que navegaba por un río y vi rostros debajo del agua.

—¿Rostros debajo del agua?

—Rostros humanos. Seguramente de ahogados. O de hombres pez. Siempre temo que mamá fría en la sartén un hombre pez. ¿A ti no te pasa?

*O xardín das pedras flotantes.* MANUEL LORENZO

## Lágrimas de mar

Era una tarde de sábado. El mes de noviembre estaba llegando a su fin. Los días se habían vuelto de repente más cortos y fríos a causa del otoño que había aparecido sin avisar, instalándose cómodamente en el paisaje. Aunque los montes conservaban todavía su verdor, en el ambiente flotaba una cierta nostalgia que nunca está presente en el verano.

Isla y Mar cogieron el autobús de línea que cruzaba la avenida de Europa y hacía un largo recorrido por la costa hasta llegar a la última parada. El trayecto terminaba en el paseo marítimo, un lugar cargado de secretos y misterios.

Al poco tiempo de trasladarse a Región, Isla se dio cuenta de que el mar era muy importante para los habitantes del lugar. Parecía que llevasen en su interior el ritmo de las mareas. Una parte de ellos palpataba entre las aguas de aquel océano.

—No puede ser que lleves aquí casi tres meses y que todavía no conozcas las vistas del paseo —le había dicho Mar el día anterior—. Son una pasada. ¡Las mejores de toda Región!

Isla aceptó la propuesta de inmediato. Le vendría bien salir y ver cómo funcionaba el mecanismo del mundo fuera del instituto.

Cuando bajaron del autobús y llegaron al paseo, Isla se estremeció. Una ligera niebla flotaba en el aire dándole al lugar un aspecto de ensoñación. Amparadas por el océano, decenas de medusas nadaban en grandes bancos. Parecían flores acuáticas dejándose llevar por la inercia de las corrientes.

—Pero ¿cómo puede haber tantas medusas? —preguntó muy sorprendida.

—Siempre las ha habido. Forman parte del paisaje de Región. Yo las recuerdo desde niña. Los viejos de aquí las llaman *lágrimas de mar*. Supongo que la temperatura de estas aguas es propicia para que se reproduzcan.

—Parecen seres del espacio —apuntó Isla, sentándose en el borde del paseo para verlas más de cerca.

—No tienen corazón —afirmó Mar.

—¿Cómo?

—Las medusas no tienen corazón. Es raro, ¿verdad?

Isla concentró su atención en uno de aquellos animales. Era transparente y, a medida que avanzaba, su cuerpo iba tomando diferentes tonalidades azules y violetas. Infinidad de tentáculos largos y delgados se enredaban entre las aguas con cada impulso, para después volver a desenredarse.

—Rarísimo —dijo por fin.

Se quedó como hipnotizada con los suaves movimientos de las medusas entre las aguas. De manera inconsciente, su cerebro pensó en la nebulosa Medusa, un conjunto cósmico con extraños tentáculos colgantes. Nunca la había avistado, pero tenía información sobre ella y sobre su origen.

—¡Las medusas molan! —dijo Mar—. Yo puedo estar horas aquí sentada sin hacer otra cosa más que pensar y observarlas. Ten cuidado, Isla, estos seres crean adicción.

—¿Y en el verano? ¿Cómo hacéis para bañaros? Porque estas son de las que pican, ¿no?

—¡Y tanto que pican! Dependiendo de la cantidad que haya, algunas veces el agua no podemos ni olerla. Hace unos años, hubo un verano entero en el que nadie pudo meterse en el mar. ¡Había medusas y más medusas!

Isla se echó a reír. Le encantaba la compañía de Mar. Por eso se atrevió a hacerle aquella pregunta que le vino de repente a la cabeza:

—¿Tú alguna vez has estado enamorada?

—Creo que no —dijo espontáneamente Mar—. Aunque hace algún tiempo pensaba que sí —añadió con la mirada llena de melancolía.

—¿De quién? ¡Cuéntame!

—Del imbécil con el que perdí la virginidad en el asiento trasero de un coche viejo una noche de borrachera. Desde entonces no he vuelto a mirar a ningún tío. Salí escaldada.

—¿Qué quieres decir?

—Que me gustan las mujeres, Isla. En realidad creo que ya me gustaban entonces. Algunas veces las personas nos negamos la realidad a nosotras mismas. Tal vez por miedo a lo desconocido, tal vez por miedo a equivocarnos.

Isla sonrió. Si Mar acababa de hacerle aquella confesión, era porque la consideraba una verdadera amiga. Eso hizo que se sintiera especial.

—¿Y tus padres lo saben?

Mar clavó su mirada verde en el mar y se puso algo seria.

—Mi padre se fue de casa hace dos años. Me envía una postal de felicitación por mi cumpleaños y otra por Navidades. Ha intentado llamarme muchas veces, pero nunca le cojo el teléfono.

—Perdona —se disculpó Isla, acariciando la espalda de su amiga—. No quería meterme donde no me llaman.

—No te preocupes. Cada vez me afecta menos.

—¿Y tu madre?

—Mi madre no ha vuelto a levantar cabeza desde que él se marchó. Jamás nos dio una explicación, pero suponemos que conoció a otra persona y decidió largarse sin más. ¡Venga, ya está bien de dramas! —exclamó—. No tengo la familia perfecta, eso está claro. Pero, ¿quién está libre de problemas?

Isla afirmó con la cabeza y le sonrió.

—Y ahora te toca a ti. No pienses que te vas a escaquear así como así. ¿Has estado enamorada alguna vez?

Isla levantó la mirada al cielo. El sol la cegó.

—Hace unos meses he conocido a alguien —confesó frotándose los ojos.

—¿Qué calladito te lo tenías! —sonrió Mar dándole unas palmaditas en la espalda—. ¿Y de dónde es?

—Ese es el problema. Que por no saber, ni siquiera sé su verdadero nombre.

Estuvieron un buen rato hablando. Isla le contó todo sobre las conversaciones con Júpiter: la pasión por el espacio que los dos compartían, lo unida que estaba a él... Y se sintió bien confesándolo todo. Necesitaba sacar para afuera todos esos sentimientos que llevaba en su interior, compartirlos con alguien que estuviera dispuesto a escucharla y que la tomara en serio.

—¿Pero tú estás segura de que quieres conocerlo? —le preguntó Mar—. A lo mejor te llevas



un chasco.

—¡Estoy segurísima! Tengo que saber dónde vive. ¡No pararé hasta descubrirlo!

—No tengas prisa, Isla. Por lo poco que yo sé de los hombres, si nota que estás loca por él... ¡estás perdida!

—Pero es que Júpiter...

—Sí, ya sé. Júpiter es diferente —cortó Mar, acabando la frase con evidente escepticismo—. ¡Ojalá tengas razón!

—Gracias por escucharme. No sé qué haría sin ti.

En ese momento, una ola furiosa abatió contra el muro del paseo marítimo, salpicándolas de agua de arriba abajo. Se echaron a reír como dos niñas y dando un salto emprendieron camino hacia la parada del autobús.

Por primera vez desde que había llegado a Región, Isla pudo sentir la intensidad del océano creciendo en su interior.

El sol estaba a punto de ponerse en la línea del horizonte.

Las llamas, activas alrededor de la pila de leña, atrajeron de nuevo la mirada de los muchachos. Eric observaba los gusanos de la madera, que se agitaban desesperadamente, pero nunca lograban huir de las llamas, y recordó aquella primera hoguera, allá abajo, en el lado de mayor pendiente de la montaña, donde ahora reinaba completa oscuridad.

*El señor de las moscas.* WILLIAM GOLDING

## Detrás de los girasoles

Carballo y sus amigos habían estado toda la tarde jugando al fútbol delante de la casa de Isla. Hacía muchos años que acudían a aquel lugar. Siempre había sido una especie de válvula de escape, el territorio en el que podían disfrutar del lujo de sentirse libres. Aquel universo había cambiado mucho en los últimos años. De niños era completamente distinto. Una enorme extensión de terreno donde se cultivaban girasoles dominaba casi hasta donde alcanzaba la vista. De lejos parecía un campo completamente cubierto de confitura de membrillo. Daban ganas de echar a correr y lanzarse a ese abismo de luz cálida. Un delicioso descenso hasta el corazón de la infancia.

Allí, en esa dimensión, el volumen de sus sueños era de color amarillo intenso. Ojalá el tiempo no avanzara jamás.

Carballo solía evocar muchas cosas de esa época anterior: los jornaleros recogiendo la cosecha de las pipas, ellos tumbados al sol bajo la sombra de las flores, sus artimañas para robarles manojos de pipas a los trabajadores... Aquellos eran tiempos felices. Jamás había vuelto a sentirse así. Con la desaparición de los girasoles, la niebla densa que se ocultaba estalló como una bomba llenándolo todo de un vacío espeso. De los girasoles solo quedaban cáscaras sin vida.

En aquellos años eran contadas las casas de la zona. Pero, poco a poco y con el paso del tiempo, los campos de girasoles fueron menguando más y más para ceder sitio a las edificaciones. Se iban extinguendo sin remedio. Ahora apenas quedaba un trocito de terreno que los muchachos utilizaban para dar patadas al balón y pasar las horas muertas. Los girasoles habían desaparecido por completo. De ellos solo quedaba el recuerdo de infancia. Un recuerdo amarillo y cálido.

Cuando Isla vio a Carballo en el terreno, minutos después de haberse despedido de Mar, le entraron ganas de darse la vuelta. Después de la tarde tan buena que había pasado con su amiga, no tenía ninguna intención de que aquella cuadrilla le estropeará el día. Pero no huyó. Se armó de valor y apresuró el paso con la esperanza de que no la vieran y poder pasar de largo como un soplo de brisa.

Rebuscó en el bolso para coger las llaves cuanto antes y abrir la puerta de casa, pero no las encontró.

«He debido de dejarlas en mi habitación», pensó.

Llamó al timbre con insistencia. Los minutos pasaban sin que nadie abriera la puerta. Entonces sacó el móvil del bolsillo. Primero marcó el número de su madre y después el de su padre. No hubo respuesta de ninguno de los dos.

—¿Para qué llevarán el teléfono encima si nunca contestan cuando los llamas? —protestó en voz alta, volviendo a guardar el móvil.

Pensó que lo mejor sería ir a casa de Mar y esperar allí a que regresaran. Echó a andar sin dirigirles la mirada a Carballo y a los otros. Hacer como que no estaban allí era lo más cómodo.

Pero entonces, una chica se acercó a ella, cortándole el paso.

—¡Así que tú eres Isla! —dijo aquella desconocida—. Yo soy Emilia —continuó—. ¿Qué te ha pasado? ¿Te has olvidado las llaves?

Era la primera vez que veía a aquella chica. Tenía el cabello negro y ondulado. Lo llevaba con desorden, como si le costara dominarlo. Montones de pecas bailaban en su rostro aniñado y completamente redondo, y vestía sin demasiado gusto. No era guapa, ni siquiera graciosa.

Isla no la conocía, aunque percibió algo extrañamente familiar en su forma de expresarse.

—Sí —contestó sin bajar la guardia—. Me las he dejado dentro.

—¡No pasa nada! ¿Por qué no vienes a estar conmigo y con los demás mientras no puedes entrar en tu casa? —le preguntó señalando a Carballo y al resto de la cuadrilla.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Isla.

—No puedo —la atajó mientras echaba a andar—. Tengo que irme.

Pero Emilia la cogió con aparente amabilidad por los brazos.

—¡No tengas tanta prisa! —le dijo antes de echarse a reír de forma algo fingida—. Venga, tía, no seas aburrida. Ven a pasar lo que queda de la tarde con nosotros.

Isla levantó la cabeza y se encontró con cinco pares de ojos pendientes de sus movimientos.

—Tal vez otro día, ¿vale? —intentaba aparentar tranquilidad.

—No. Tiene que ser hoy —insistía la muchacha.

Isla notó que aquellos ojos azules le perforaban primero la piel y después los músculos, hasta llegar al hueso. Eran hojas de navaja. Idénticos a los de Carballo.

Entonces se llenó de valor.

—¿De qué me conoces, Emilia? —preguntó sin desviar la mirada.

—Mi hermano me ha hablado mucho de ti —continuó la chica esbozando una inquietante sonrisa.

—Entiendo —murmuró Isla frotándose las manos con gesto nervioso contra su pantalón—. ¿Qué es lo que queréis?

—Ya te lo he dicho. Que vengas con nosotros.

—¿Y si no quiero?

—Isla, creo que más o menos conoces cómo se las gastan los Carballo.

Aquel tono pretendía ser conciliador, pero Isla notaba una cierta dosis de agresividad que la obligaba a permanecer alerta.

—Ya sabes, a mi hermano algunas veces se le va un poco la pinza —continuó la chica—. Pero, para una vez que está de buenas y que quiere acercarse a ti, no lo estropees. ¿O quieres que se cabree y te coja todavía más manía?

Emilia no le dio la oportunidad de decidir. Tiró de ella y la llevó hasta donde estaban los otros.

—¡Anda! ¡Mirad a quién tenemos aquí! —exclamó Carballo todo contento.

Con él estaban otros tres chicos: el Rubio, Osmar y el Largarín. Se habían sentado sobre la hierba, y permanecían muy atentos a lo que hacía el líder del grupo. Carballo sacó del bolsillo del pantalón una bolsita de plástico.

—¡Qué guay que hayas venido! —comentó echando en la palma de la mano el contenido de la bolsa.

Isla no era capaz de mirarlo a la cara. Tanta amabilidad le resultaba sospechosa. Tenía que encontrar la manera de largarse de allí.

—¿Y esa maría? —preguntó el Largarín—. ¿Quién te la ha pasado?

—El Nico. ¡Está buenísima! —contestó Carballo—. De las mejores que he probado. Pega una

hostia tremenda. Ayer por la noche me fumé un canuto entero e hice un viaje flipante sin salir de casa.

—¿Pero con tabaco o a pelo? —preguntó el Largarín.

—Mezclarla con tabaco es de niñas.

—El Nico es ese que echaron del instituto el año pasado por levantarle la mano a un profesor, ¿verdad? —comentó Emilia.

—El mismo —contestó su hermano—. Casi le mete al que nos da Lengua este año. El Nico los tiene bien puestos.

Isla no pintaba nada en medio de aquella conversación. No quería estar allí. Por eso intentaba escabullirse como podía.

—Yo me voy —anunció—. Mis padres están a punto de llegar. Ya hablaremos en otro momento.

—¡Chissss! Tranquila, señorita. Tú no te mueves de aquí hasta que yo lo diga —le soltó Carballo en tono autoritario—. Así que relájate.

No tenía salida. Estaba dentro de la boca del lobo e iba a caer en una trampa mortal. Ella lo sabía. ¿Pero qué podía hacer?

Carballo fue deshaciendo con paciencia el grumo de marihuana, hasta reducirlo casi a polvo. Sus colegas lo observaban con atención.

—Que alguien me pase un cigarro y papel. Isla, tú no fumas, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza sin levantar la mirada del suelo. El corazón le golpeaba en el pecho con la fuerza de un gong.

—Era de suponer.

Se comportaba como si estuviera de vuelta de todo, como si tuviera el mundo entero a su disposición. Isla se repitió a sí misma que no era más que una pose y Carballo una especie de fantasma representando un papel que le iba demasiado grande. Eso la tranquilizó momentáneamente.

El Rubio le tendió a su colega un cigarrillo y un papel de liar.

—Pero ¿tú no decías que mezclar la maría con tabaco era de niñas? —preguntó Emilia con retranca—. A veces hablas por hablar.

Era la única que se atrevía a dirigirse a Carballo con insolencia.

—Hermanita, ¿quieres salir de aquí a cuatro patas? Hazme caso —le dijo en tono paternal—. No quiero que os dé algo.

Carballo sacó el tabaco del interior del cigarrillo y lo mezcló con la marihuana. Después lió el porro con el papel, lo selló pasándole la lengua y lo encendió.

—Siempre hay una primera vez para todo —le dijo a Isla, después de dar él la primera calada.

—No voy a fumar —contestó ella haciendo esfuerzos para que no le temblase la voz.

—Sí que vas a fumar —replicó Carballo—. A ver si así se te quita esa cara de boba que tienes.

Ya estaba. Se había acabado el buen ambiente, adiós al falso colegueo. Sabía que ese momento llegaría, pero no estaba preparada para sostener el peso de lo que se le venía encima. Aún no.

—Carballo, no insultes a la chica —intervino Emilia—. ¿No ves que está cagada?

Tan pronto dijo eso, se echó a reír a carcajadas. El Largarín, Osmar y el Rubio se unieron también a su risa. Carballo, al contrario de ellos, fumaba con gesto serio, sin apartar la mirada de

Isla. Eso era lo que más inquietud le producía. Detrás de sus comentarios y de su pose percibía algo turbio que la hacía revolverse por dentro.

—Te toca —dijo por fin Carballo, tendiéndole el porro.

—De verdad, no quiero fumar —declinó ella la oferta—. Gracias por la invitación, pero yo paso —Su tono ya tenía un punto de desesperación.

—Coge el canuto antes de que se apague. ¡Venga, que parece que estás atontada!

Aquella chulería hizo que a Isla empezara a hervirle la sangre en las venas. Se le encendió todo el cuerpo.

Le arrancó el porro de la mano a Carballo con rabia contenida y le dio una calada sin pensar. No era la primera vez que fumaba. Alguna vez había probado el tabaco. Pero marihuana nunca. En ese momento le daba igual. Solo quería cerrarle la boca a aquel chulo, demostrarle que no era ninguna estúpida.

Cuando inhaló, sintió que el humo le rascaba la garganta. Después tuvo una breve sensación de mareo. Pero supo disimularlo y nadie lo notó.

—¿Quién dijo que se iba a poner a toser como una descosida y que iba a agarrar un fumadón del quince? —preguntó el Largarín—. ¡Esta ya ha fumado antes! Está de vuelta...

Carballo le dio un pescozón.

—¡Auuu! —se quejó el Largarín—. ¿Acaso he dicho alguna mentira?

—Así que era eso —apuntó Isla—. Pretendíais reiros de mí cuando empezara a toser. ¿Y dices que soy yo la que está atontada? —le preguntó a Carballo—. Pues, perdonadme, pero los idiotas sois vosotros. Parecéis niños de guardería.

Alargó la mano para devolverle el porro, con los ojos brillantes por la rabia.

Entonces, un coche que pasaba por delante de la casa empezó a pitar con insistencia. Las fuerzas de Isla se desvanecieron de repente cuando su mirada se cruzó con la de sus padres. Acababan de verla con el porro en la mano. Estaba segura. No tenía ni idea de cómo iba a justificarse delante de ellos.

Carballo cogió el porro y se lo pasó a Emilia.

—Parece que hoy va a haber fiesta en casa —dijo Carballo riéndose—, ¡pobrecita! Qué lástima me das —añadió fingiendo voz de pena.

Isla no dijo nada. Ni siquiera les dedicó una última mirada. Se limitó a dar media vuelta y marcharse.

—¡Corre con papá y mamá!

Las risas de Carballo, Emilia y los otros se le clavaron a Isla en algún lugar de su interior y allí se quedaron alojadas en un acto de intrusismo.

Cuando tocó el timbre de su casa, sintió que se le escapaba una lágrima.

Dicen que la Tita era tan sensible que desde que estaba en el vientre de mi bisabuela lloraba y lloraba cuando esta picaba cebolla (...). Un día los sollozos fueron tan fuertes que provocaron que el parto se adelantase (...). Tita arribó a este mundo prematuramente, sobre la mesa de la cocina, entre los aromas de una sopa de fideos que se estaba cocinando, los del tomillo, del laurel, del cilantro, de la leche hervida, de los ajos y, por supuesto, de la cebolla.

*Como agua para chocolate.* LAURA ESQUIVEL



## Fotografías del cielo

El padre de Isla abrió la puerta con semblante muy serio. Su rostro tenía una expresión indefinida. Era imposible saber si estaba a punto de reventar en mil pedazos o si, por el contrario, había decidido permanecer en silencio para siempre. Algunas veces le pasaba eso con su padre. La desconcertaba porque no conseguía adelantarse a sus reacciones. Casi siempre la cogían por sorpresa.

—Tu madre y yo acabamos de llevarnos una decepción enorme contigo —dijo con falsa tranquilidad y voz de autómeta—. ¡Venga!, tira para la cocina.

Esta vez no había duda. Un terremoto estaba a punto de remover las entrañas de aquella casa hasta hacer que se tambalearan los cimientos, y ella poco podía hacer para evitarlo.

Encontró a su madre de pie, delante del fregadero, con expresión de profundo disgusto. Estaba fumando un cigarrillo. Isla se fijó en las caprichosas formas que el humo iba dibujando en el aire antes de desvanecerse. En una de ellas le pareció vislumbrar el planeta Saturno girando sobre sí mismo.

—¿En qué estás pensando, hija? —le preguntó.

Isla aterrizó en la realidad y entonces se percató de las enormes ganas que tenía de llorar.

—No vais a dejar que me explique, ¿verdad? —preguntó concentrada en controlar las lágrimas.

Detestaba llorar en público. La hacía sentirse ridícula. Prefería soportar ese dolor espantoso que se le agarraba a la garganta. Pero esta vez las lágrimas estaban decididas a salir a la luz y tiraban con fuerza, empujando para desbordarse.

—Somos todo oídos —le contestó el padre—. Aunque dudo mucho que encuentres la fórmula para justificarte.

—Déjala hablar, Miguel —intervino la madre—. Tal vez haya alguna explicación...

—¿Alguna explicación? ¡Elisa, por favor! Que acabamos de verla con un porro en la mano.

—Yo no fumo porros —interrumpió a sus padres, consciente de lo raro que sonaba eso a aquellas alturas—. Ni porros ni ninguna otra cosa. Y esos chicos ni siquiera son amigos míos.

La madre suspiró hondo, cogió una silla y se sentó. Quería creer a su hija por encima de todo. Con el tipo de educación que le habían dado, siempre inculcándole conceptos como la confianza y el respeto, no concebía la posibilidad de una mentira como esa.

—Si no son amigos tuyos, ¿qué hacías con ellos?

—Os va a sonar raro, pero me sentí obligada a ir...

—¿Pero tú nos tomas por tontos, Isla? —le soltó el padre braceando.

—¡Es que no es fácil de explicar! —gritó ella.

—No es fácil de explicar porque no hay explicación posible. ¡Estabas fumando un porro! ¡No hay más vueltas que darle!

—¡Miguel! —cortó Elisa a su marido—. Así no vamos a solucionar nada.

Cuando Isla consiguió tranquilizarse, les habló de Carballo. Les contó que la había tomado con ella desde el primer día y que estaba haciéndole la vida bastante difícil en el instituto. Les habló

también de la insistencia de Emilia un momento antes para que se uniera a ellos y de cómo la habían presionado para que fumara.

—¡No pude negarme!

—¿Y por qué la tiene tomada contigo ese tal Carballo, si puede saberse? —preguntó el padre.

La mente de Isla viajó a toda velocidad hasta el día de la mudanza. Si aquel balón inoportuno no hubiera golpeado la caja, nada de esto estaría pasando. Otra vez la teoría del caos y el efecto mariposa tomando su vida como banco de pruebas: el batir de alas de una mariposa en Londres puede desatar una tormenta en Hong Kong.

—No puedo decirlo —contestó por fin con un hilo de voz.

—¡Perfecto! —bramó el padre dando un golpe en la mesa—. ¡Estás castigada! A partir de ahora irás de casa al instituto y del instituto a casa. ¡Y despídete del telescopio!

Isla se mordió los labios con rabia, hasta que notó en su boca el sabor de la sangre.

Temió que la castigaran también sin ordenador. Podía pasarse unos días sin estrellas, pero no sin Júpiter.

—Así que yo os cuento que ese chico me está haciendo la vida imposible y lo único que se os ocurre es castigarme. ¡No tenéis ni idea de nada!

—No te confundas ni trates de confundirnos a nosotros —dijo el padre de modo tajante—. El castigo es por fumar, no porque haya un chico que se mete contigo.

Dándose por vencida se fue a su habitación. Estaba claro que sus padres no podían comprenderla.

Después de cerrar la puerta con una violencia tremenda, se tumbó en la cama y dio rienda suelta a todas las lágrimas que había estado reteniendo. Surgieron de repente, como un banco de nubes que estalla porque lo único que tiene sentido en este mundo es dejar espacio a la luz del día.

Lloró y lloró hasta que la luna cambió de posición en el cielo para dar la espalda a tanta tristeza.

Entre sollozos encendió el ordenador con la esperanza de encontrar a Júpiter, pero no estaba conectado.

Entonces optó por coger el móvil y llamar a Mar. La voz de la amiga a través del auricular sonó como un soplo de brisa fresca. Isla le explicó todo minuciosamente: desde la insistencia de Emilia hasta la discusión con sus padres.

—Cuando coja a ese cabrón, se va a acordar —amenazó Mar muy cabreada—. Debí acompañarte hasta tu casa.

—No ha sido culpa tuya. Es ese tío, que la tiene tomada conmigo.

—Pues ojo con su hermana, que también es una buena pieza. El curso pasado le pegó una paliza a una chica de segundo que había cometido el error de salir con su ex. Por eso la expulsaron del instituto. Ahora va a un colegio que está en las afueras.

—¿Pero qué pasa en esa familia?

—Que son unos pobres infelices, Isla. Eso es lo que les pasa. Oye, por lo menos sería buena la marihuana esa, ¿no?

—¡Sabía a rayos!

Mar empezó a reírse y acabó contagiando a Isla, que se detuvo cuando escuchó a su madre llamando a la puerta.

—Mar, tengo que dejarte. Mi madre viene a darme una charla. Hablamos mañana en el insti.

Colgó sin esperar a que su amiga se despidiera y abrió la puerta con pocas ganas.

—Hija, ¿estás mejor? —preguntó la madre. Parecía afectada por la discusión.

Isla no contestó. Se acercó a la ventana y la abrió para que entrase un poco de aire. El ambiente que flotaba en la habitación era sofocante.

—Tienes que procurar entender a tu padre. Es normal que esté enfadado. Estabas fumando un porro.

—No tengo ganas de seguir hablando de ese tema —se sinceró ella—. Ya os he dicho todo lo que tenía que decir y no ha servido de nada. Estoy cansada.

—¿Tú no te das cuenta de que por ahí es por donde se empieza, por los porros?

—¡Mamá, yo no fumo! —contestó Isla muy enfadada—. Es que ya no sé cómo tengo que decirlo para que se me entienda. Está claro que no confiáis en mí —añadió con tristeza.

—Solo he venido para ver cómo estabas y para decirte que puedes usar el telescopio. El otro castigo, de momento, sigue en pie. Y ahora intenta dormir, que mañana tienes clase.

Besó a su hija en la frente y se marchó con un aire de pesadumbre pintado en el rostro.

Isla cogió el telescopio y lo dirigió hacia el oeste. Venus brillaba con fuerza. Nubes delgadas y uniformes ocultaban la visión de la superficie del planeta. Un poco más abajo, una delicada luna creciente convertía la noche en un hermoso espectáculo. Entonces pensó que el Sol había vuelto a morder al dios Luna arrancándole otro pedazo. Pero allí estaba Venus para volver a completarlo con la luz de su amor.

Isla había observado decenas de veces la luna en fase creciente, pero siempre descubría algo nuevo. Delicadas hebras de luz colgante vertían largas sombras en las montañas lunares. Observó con atención cráteres de impacto, escarpados valles y el hermoso brillo fantasmal que los rayos del sol proyectaban a lo largo de aquel oscuro terreno, la llamada Luz Terrestre, una de las visiones más exquisitas del cielo.

La musiquilla del chat la apartó del telescopio. Cogió su ordenador y se lo llevó a la cama. Le encantaba hablar con Júpiter acostada. Le hacía sentirse más cerca de él.

**Júpiter:** ¿Cómo está mi constelación favorita? 😊

**Casiopea:** ¡Júpiter! Qué ganas tenía de hablar contigo. Me conecté antes, pero no estabas.

**Júpiter:** ¿Ha pasado algo?

**Casiopea:** Que hoy ha sido un día horrible. 😞 He discutido con mis padres. Y he vuelto a tener problemas con el tipo ese del instituto. Un desastre...

**Júpiter:** 😟 Pues habrá que encontrar la manera de que cambie la suerte. ¿Hay algo que yo pueda hacer para que te sientas mejor?

**Casiopea:** ¡Sí! Hay una cosa que puedes hacer.

**Júpiter:** Tus deseos son órdenes...

**Casiopea:** Quiero conocerte. Ahora. Esta misma noche.

**Júpiter:** Ojalá pudiera atravesar la galaxia para ir a reunirme contigo. Pero eso es materialmente imposible.

**Casiopea:** ¿Tan lejos estás de mí?

**Júpiter:** 🤔 ¡¡¡A 679 623 714 kilómetros!!! Tienes que pedirme algo que sea realizable.

**Casiopea:** 😞 Quiero verte. Eso sí es posible. ¡Solo tienes que enviarme una foto!

**Júpiter:** Vale. Te mandaré la foto. Pero lo haré cuando nos despedamos. Y tienes que prometerme que no la abrirás hasta que nos desconectemos.

**Casiopea:** ¡Prometido!

**Júpiter:** ¿Sabes? Hoy tampoco ha sido un buen día para mí.

**Casiopea:** ¿Qué te ha pasado?

**Júpiter:** Que hay días en los que el silencio de las estrellas es tan grande que asusta.

**Casiopea:** 😞 Cuando te sientas así, solo tienes que buscarme...

**Júpiter:** Soy el planeta más brillante del sistema solar. Es más fácil que me encuentres tú a mí que yo a ti.

**Casiopea:** Hablaba de Internet...

**Júpiter:** Perdona, Casiopea. Es que algunas veces la soledad del espacio hace que pierda el norte. ¿Me prometes que soñarás conmigo?

**Casiopea:** 🤔 Llevo meses soñando contigo...

**Júpiter:** Entonces, nos vemos en sueños. Búscame entre las estrellas.

Antes de desconectarse, Júpiter cumplió su promesa: le envió su fotografía por correo electrónico.

Isla la abrió entre ilusionada y nerviosa. Hacía semanas que esperaba ese momento. Pero aquel estado de excitación duró tan solo unos segundos. Justo hasta que la fotografía del planeta Júpiter, con sus bandas rojas y regiones claras haciendo contraste, ocupara toda la pantalla de su portátil.



—Debería haberlo imaginado —se lamentó en voz alta.

Y cerró el archivo con profunda decepción. Luego apagó el ordenador y se sentó de nuevo delante del telescopio.

Aquella noche le pareció que Júpiter era tan hermoso que dolía.

Y así permaneció, sentada y con los ojos cerrados, y casi llegó a convencerse de que se encontraba, realmente, en el País de las Maravillas. Pero sabía muy bien que, en cuanto abriera los ojos, todo volvería a ser lo que realmente era.

*Alicia en el País de las Maravillas.* LEWIS CARROL

## Un Ángel

El departamento de Ciencias había organizado una salida al planetario para aquella jornada y había invitado a participar a los alumnos de bachillerato.

El planetario era un edificio en forma de bóveda, situado en el punto más alto de Región. Desde allí se podía contemplar la belleza del entorno. El océano verdiazul, acunado por una brisa permanente que esparcía el olor salado por todo el territorio, las casitas de la costa, distribuidas de forma tan perfecta que parecían una maqueta de cartón... También se intuían las formas de la escarpada isla de Cor, un lugar deshabitado rodeado de leyendas e historias locales. Contaban los más viejos que la diosa Afrodita se había enamorado de Zane, un mortal que habitaba en la isla de Cor. Para conquistarlo, le regaló el primer arco iris, una fiesta de luz de enorme magnitud que le daba a aquel lugar aspecto de cuento de hadas. Mas a quien realmente amaba el mortal era a una ninfa cazadora. Afrodita, despechada, lloró lágrimas de mármol y en un momento de rabia lanzó una de ellas al arco iris, que se rompió en mil pedazos de tristeza. Desde ese día, todo el que pisa la isla es invadido por la melancolía de Afrodita, que se quedó para siempre en ese lugar.

El día que anunciaron la excursión al planetario, Isla se puso contentísima. ¡No habían podido elegir mejor destino! Pero, con todo lo sucedido la tarde anterior, se había olvidado por completo.

—¿Y esos autobuses? —le preguntó a Mar cuando llegaron al instituto.

—Tía, estás en la inopia. ¡Hoy vamos de excursión al planetario! Parece mentira que te hayas olvidado, precisamente tú, que siempre estás a vueltas con las estrellas.

—¿La excursión es hoy? ¡Se me había olvidado por completo!

—Definitivamente, ese Júpiter te tiene comido el coco.

Cuando subieron al autobús, Carballo y sus amigos ya ocupaban los asientos traseros. Siempre era así, los que mandaban en el gallinero se sentaban atrás. Para ganar ese privilegio era requisito imprescindible ser popular. Y daba igual el origen de esa popularidad.

Mar e Isla optaron por sentarse lo más lejos posible de ellos para evitar problemas, procurando que el viaje al planetario transcurriera con tranquilidad.

Entrar en el planetario fue para Isla como trasladarse al corazón de sus sueños. Allí dentro todo cobraba sentido. Dejó de pensar en Carballo, en sus padres, en lo que había ocurrido el día anterior y, sin darse cuenta, acabó sumergida en la espiral de las estrellas.

Una guía condujo al alumnado hasta la sala de proyecciones. Bajo un techo en forma de cúpula, podrían ver un documental sobre el universo de Julio Verne.

—¿Alguien sabe cuál es el único planeta del sistema solar que todavía no ha sido visitado? —preguntó la guía antes de entrar en la sala de proyecciones—. Os daré una pista importante: hace unos años que ha dejado de considerarse un verdadero planeta.

—¡Plutón! —contestó Isla entusiasmada—. Cuando se lanzaron las Voyager, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno estaban colocados en una disposición que permitió el paso de un planeta al otro. Esa disposición planetaria se da cada 175 años, pero no incluía a Plutón, por lo que no pudieron explorarlo.

—¡Caramba! —soltó impresionado Ángel, un compañero de segundo—. Cuánto sabes de

planetas.

—¿Podrías explicarles a tus compañeros qué son las Voyager? —le pidió la guía.

—Las Voyager 1 y 2 son unas naves que fueron lanzadas al espacio a finales de los años setenta —contestó—. La Voyager 1 fue a Júpiter y Saturno. La Voyager 2, además de esos planetas, visitó Urano y Neptuno.

—¡Uuuuh, qué interesante! —se burló Carballo poniendo cara de aburrimiento—. ¿A quién le importan todas esas chorradas?

—Carballo, ¿quieres continuar tú con la explicación? —le preguntó el profesor enojado.

—¡Yo paso! —dijo Carballo con desprecio.

—Pues entonces, cállate y atiende a tu compañera, a ver si aprendes algo. Isla, continúa por favor —le pidió el profesor.

—Las dos naves continúan hoy en día su viaje con el objetivo de estudiar la región espacial que está fuera de la influencia del Sol. Los nueve planetas del sistema solar están dentro de una especie de burbuja magnética llamada helioesfera. Las Voyager pronto lograrán salir de ella e internarse en el espacio interestelar. Cada una lleva en su interior un disco con cantidad de información sobre la Tierra: saludos en cincuenta y cinco lenguas, un montón de sonidos como el del viento, las olas marinas, animales, música, los latidos del corazón humano...

—¡Qué pasada! —se admiró el Largarín.

Entonces Carballo le dio una patada en la espinilla a su colega. No podía soportar que Isla fuera el centro de atención. Y menos todavía que uno de sus amigos expresase admiración. En aquel momento todo el mundo atendía subyugado a lo que ella contaba. Incluso el Largarín.

—¡Guau! —exclamó Ángel—. ¿Y para qué llevan toda esa información las Voyager?

—Por si durante su expedición encuentran alguna supuesta civilización extraterrestre. Así podrán darles información sobre la Tierra y sus habitantes —explicó Isla.

—Y tú, ¿cómo sabes todas esas cosas? —le preguntó aquel chico.

—Me interesa la astronomía —respondió Isla.

Aquella mañana vieron dos documentales y visitaron una exposición permanente sobre las constelaciones del zodiaco. A la hora de comer les dieron bocadillos y refrescos y los llevaron al jardín-observatorio. Este era un espacio acondicionado para contemplar el cielo en las noches de verano. Había una enorme variedad de plantas y arbustos aromáticos como gardenias, jazmines o damas de noche, esas flores tropicales que desprenden un intenso aroma en el crepúsculo. Pero a aquellas alturas del año casi no había flores. Las dos amigas escogieron para comer un rincón junto a una camelia porque allí calentaba un poco el sol.

—¡Qué guay que nos hayan traído de excursión al planetario! —comentó Mar—. Pero hace frío. ¡Estamos casi en diciembre! ¿Cómo se les ocurre ponernos a comer aquí afuera?

Isla se encogió de hombros y se ajustó la bufanda alrededor del cuello. Entonces apareció Ángel preguntándoles si podía unirse a ellas.

Mar le hizo un hueco y se hizo a un lado para que el muchacho se sentara junto a su amiga.

—Controlas muchísimo de astronomía —dijo Ángel con admiración—. ¡Es alucinante!

—Llevo años leyendo todo lo que puedo sobre el espacio, las estrellas y los planetas.

—¿Y cuál es tu planeta favorito? —le preguntó él por hablar de algo.

Isla le dio un bocado a su bocadillo y Mar aprovechó para contestar en su lugar.

—¡Júpiter, por supuesto! Puede pasarse horas hablando de él. ¿No es verdad, Isla? —aseguró

con sorna.

—¿Y qué tiene de especial Júpiter? —se interesó el muchacho.

—Júpiter es el cuerpo de mayor tamaño después del Sol —dijo Isla—. Tiene una composición muy similar a la suya. Pero no posee el suficiente tamaño como para que se produzcan las reacciones que provocarían el encendido del planeta. Si se produjera ese encendido, como ha sucedido con el Sol, ahora mismo tendríamos un sistema solar doble.

—¿Quieres decir que habría dos soles? —preguntó Mar.

—¡Exacto! Por eso se dice que Júpiter es una estrella frustrada.

—Cómo molaría tener dos soles —pensó Mar en voz alta—. Sobre todo en un día como hoy, que hace un frío que pela.

Aprovechando que Ángel estaba mirando a su amiga, Isla se detuvo a observarlo. Le pareció bastante guapo. Tenía el cabello desarreglado, como si estuviera intentando dejarlo crecer. Unas pestañas espesas e interminables se movían con elegancia al compás que les marcaban los ojos. Y su piel parecía tener el grado exacto de dureza.

Después de comer, los tres estuvieron dando un paseo por el jardín y hablando con otros compañeros del instituto. Todos querían hacerle preguntas a Isla sobre las Voyager, los planetas y muchas otras cosas. Se habían quedado impresionados.

Isla, Mar y Ángel también dedicaron unos minutos a observar la silueta de la isla de Cor desde el mirador del planetario. Parecía el lomo de una ballena asomando desde las entrañas del océano, con su carne azul desafiando al horizonte.

Isla cerró los ojos y por un momento fue capaz de percibir la tristeza que Afrodita había dejado condensada para siempre en aquel territorio.

Cuando acabó la visita y llegó la hora de regresar, un momento antes de subir a los autobuses, Ángel les hizo una propuesta a las dos amigas:

—El sábado organizo una fiesta en mi casa. Mis padres se marchan de viaje y quiero aprovechar para montar algo divertido. ¿Os apuntáis?

Ellas se miraron y sonrieron con complicidad.

—¡Claro! —contestó Mar sin tener en cuenta que su amiga estaba castigada—. No nos perderíamos una fiesta por nada del mundo.

Isla dirigió la mirada hacia el autobús y descubrió a Carballo que la observaba desde el otro lado del cristal de la ventanilla con una expresión que le resultó muy extraña. Era una mezcla entre odio y rabia. Apartó la vista inmediatamente y se despidió de Ángel con dos besos.

—Me alegro de conocerte —le dijo con sinceridad—. Lo he pasado genial.

Durante el trayecto de vuelta al instituto se sentía distinta, como si algo hubiera cambiado de repente.

Pensó que, a pesar de Carballo, tal vez estaba empezando a encontrar su hueco en aquel lugar.



Las estrellas cumplieron con su parte.

*La góndola fantasma.* GIANNI RODARI

## El destino

Como el agua que golpea la roca tratando de erosionarla, Isla intentó durante la semana convencer a sus padres por todos los medios para que le levantaran el castigo. Pero ya estaban a viernes y todavía no lo había conseguido.

No dejaba de pensar que la fiesta de Ángel podía ser una buena oportunidad para conocer a otra gente y para que Mar y ella se divirtieran juntas. Ya no sabía qué más podía decirles a sus padres para que entraran en razón. Se había quedado sin recursos.

Aquella tarde Mar se acercó por casa de Isla. Esta ni siquiera se enteró de su llegada. Llevaba horas metida en su cuarto escuchando música y leyendo un libro de Julio Verne que había comprado antes de trasladarse a la casa nueva: *De la Tierra a la Luna*. Estaba tan absorta en la lectura que no escuchó el sonido del timbre de la puerta.

De vez en cuando dejaba la lectura para comprobar si Júpiter estaba en el chat, pero aparecía como desconectado. Siempre era así, solo se conectaba durante la noche, a partir de las once. Antes, jamás. Un ser nocturno en toda regla. Isla conocía perfectamente sus horarios, pero no podía evitar echar una ojeada a su ordenador cada cierto tiempo, por si acaso. Era una necesidad que escapaba a su control.

—Isla, tienes visita —anunció la voz de su padre sacándola de la lectura—. ¿Podemos pasar?

La muchacha dejó el libro sobre la cama y fue a abrir la puerta.

—¡Hola, Mar! —saludó a su amiga al tiempo que se acercaba para darle un beso.

—Ya puedes darle las gracias a tu amiga —apuntó su padre.

Isla miró a Mar con gesto interrogante. Esta le guiñó un ojo.

—Tienes permiso para ir mañana a esa fiesta —explicó el padre—. Pero debéis estar de vuelta en casa a las cuatro. Mar se quedará aquí a dormir contigo, así nos evitamos el problema de que vuelvas sola a casa.

En cuanto su padre se marchó de la habitación, Isla abrazó a su amiga y se puso a saltar como una loca.

—¡Eres genial, tía! ¿Qué digo, genial? ¡Eres la bomba! ¿Pero cómo has hecho para convencerlo? Qué pena no haberlo escuchado.

—Le dije lo normal. Lo que hay que decir para convencer a los padres.

—Pero si eso es lo que he estado haciendo yo toda la semana.

—A lo mejor tienes que renovar tu repertorio, tía. Algunas veces es necesario tocar el lado sensible. Yo, con un par de besos, puedo conseguir de mi madre casi cualquier cosa.

Mar se quitó los zapatos y las dos se sentaron sobre la cama.

—¿Hay alguna novedad sobre tu planeta favorito?

—¡Ya me gustaría! Desde que me mandó la foto del planeta Júpiter, no he vuelto a saber nada de él.

Mar suspiró y se puso seria.

—Mira, Isla. ¿No te parece que todo esto es un poco raro? Hace meses que habláis y no sabes nada de él. Ni dónde vive ni a qué instituto va. Ni siquiera ha querido mandarte una foto suya.

Esto huele mal, tía.

Isla sabía que en el fondo su amiga tenía razón. Pero se negaba a renunciar a Júpiter. No podía.

—Me ha prometido que pronto nos conoceremos —le respondió un poco molesta. Cada vez que la realidad se plantaba delante de sus ojos, la invadía un profundo desánimo.

—¿Y tú te has creído esa milonga? ¿Cuánto tiempo hace que chateáis? ¿Dos meses? ¿Tres? ¡Ni siquiera le has visto la cara!

Isla tragó saliva. Se le había formado un nudo en la garganta. Sus dudas y sus miedos se concentraban en ese lugar, abrigándose unos con otros, como si consiguieran adquirir apariencia física. Mar se dio cuenta y le acarició el pelo.

—Siento ser yo quien te diga esto, pero no quiero que lo pases mal por culpa de ese tío. ¡El desastre se ve venir de lejos! Alguien tiene que abrirte los ojos y advertirte. Estás demasiado ilusionada.

—Lo que hay entre nosotros es muy especial —murmuró—. Nunca había sentido nada así por nadie.

—Pues yo no creo mucho en esos romances del ciberespacio —se sinceró Mar—. Seamos serias, tía. Sin contacto real es imposible saber si las cosas funcionan.

En ese momento, un pensamiento fugaz cruzó la mente de Mar que la hizo ponerse tensa.

—Porque tú... tú ya has tenido ese tipo de contacto con algún tío, ¿verdad? —preguntó.

Isla sintió que el rubor subía a su rostro. Contestó que sí, sonriendo con timidez. La piedra de la garganta empezaba a deshacerse por fin.

—¡Ufff! ¡Qué alivio! Por un momento pensé que toda esta historia romántica era por falta de...

—¡Mar! —protestó Isla sin dejar que su amiga terminara la frase.

Se echaron a reír y empezaron a pelearse con unos cojines que había sobre la cama. Acabaron rendidas, acostadas sobre el edredón con los cabellos revueltos y las mejillas enrojecidas de tanto reírse.

—Por lo menos, espero que la primera vez no haya sido en el asiento trasero de un coche viejo, con un tío que está tan borracho que ni se entera de que eres virgen —reflexionó Mar en voz alta—. No le recomiendo a nadie esa experiencia.

En su voz había cierta melancolía.

—No, no fue en un coche. Fue en casa de sus padres un fin de semana que estaba solo. Estuvimos saliendo durante unos meses. Nos llevábamos bastante bien, pero la cosa no funcionó. Llegó un momento en que prefería estar con mis amigas en vez de quedar con él. Me agobié. Supongo que no lo quería lo suficiente. De hecho, cuando lo dejamos, me sentí aliviada.

El móvil de Isla empezó a sonar interrumpiendo la conversación.

—Un mensaje —dijo cogiendo el teléfono de la mesilla—. ¡Es Ángel! —continuó sin apartar la vista de la pantalla—. Dice que la fiesta empieza a las once, que le parece guay que nos animemos a ir y que le ha encantado conocerme. Pero ¿de dónde ha sacado mi número?

Mar no pudo evitar que se le escapara una sonrisa.

—¡Has sido tú! ¡Serás...!

—¡Venga, mujer, no seas aburrida! —dijo Mar—. El chaval está loco por ti. Se le nota a la legua. Además, no está nada mal. ¡Deberías alegrarte!

—No, no está mal —admitió—. Pero yo ahora mismo tengo a Júpiter en la cabeza y no puedo pensar en ningún otro.

—¿Pero otra vez con ese Júpiter? —se burló Mar poniendo los ojos en blanco—. Tía, deja de hacer el tonto. Venga, ¿ya sabes lo que vas a llevar puesto mañana a la fiesta?

Isla negó con la cabeza.

—¡Pues pongámonos al asunto!

Abrir el armario fue trasladarse a otro lugar. Metieron la cabeza dentro de los cajones y empezaron a sacar piezas de ropa. Cada vez que encontraban algo que les parecía interesante, lo lanzaban encima de la cama: vestidos, camisetas, blusas... Se probaron un montón de modelos y dieron vueltas y más vueltas delante del espejo. Cuando se decidieron, eran más de las nueve de la noche. Isla escogió un vestido rojo que sus padres le habían regalado por el cumpleaños. Mar eligió algo más discreto, un top negro de raso. Luego anunció que se marchaba.

Isla se abrigó con una chaqueta gruesa y la acompañó hasta la puerta.

Ya habían salido las primeras estrellas de la noche. Isla dirigió su mirada al cielo. Allí estaba la constelación de la Osa Mayor: siete puntos luminosos trazando un carro en la oscuridad, a cientos de años luz. Y, muy cerca, la Osa Menor, protegiendo a su madre de la soledad de las estrellas. En el extremo de su cola encontró la Estrella Polar, guía de los navegantes del mar y del cielo.

Isla había pensado muchas veces que su destino estaba escrito en las estrellas. Como si careciera de importancia que tomase decisiones en un sentido u otro. Estaba convencida de que la influencia de los astros era tan grande que, al final, siempre se cumpliría su sino. No había manera de evitar lo que estaba trazado en el mapa del cielo desde el principio de los tiempos.


Una ráfaga de viento frío rozó sus pensamientos e hizo que se le pusiera la piel de gallina. Se despidió de Mar, volvió a entrar en la casa y se fue directamente a su cuarto.

Por rutina, cogió el portátil. Tenía un mensaje en la bandeja de entrada.

—Júpiter —murmuró sintiendo que se le aceleraba el corazón.

Puso el cursor sobre el mensaje y lo abrió:

*Hola, Casiopea:*

*Perdona por lo del otro día . No quería romper la magia interplanetaria que nos une. Por eso no te mandé esa foto. Espero que sepas comprenderlo y que el archivo adjunto que te mando hoy compense la metedura de pata.*

*Un beso de planeta.*

*Júpiter*

Descargó el archivo en el escritorio del portátil. Cerró los ojos, tomó aliento y lo abrió.

La fotografía de un joven de cabello negro y ojos enormes se hizo hueco en medio de la pantalla. Quedó prendada de aquella imagen. Le pareció guapísimo.

Pasaron minutos hasta que consiguió separar su mirada del rostro de Júpiter. Lo rodeaba un cierto aire de rebeldía. Tenía los labios gruesos, perfectamente definidos y los ojos más hermosos que jamás había visto, transparentes como agua de manantial.

En aquellos instantes no tuvo ningún tipo de duda. Acabarían conociéndose. Ese era su destino.

—Quiero poder mirar el mar en paz. Con ese ruido espantoso no se puede.

—¡Pero si es precioso! Yo no quiero mirar.

—Pues yo sí —insistió Bernard—. Hace que me sienta como si... —dudó, buscando palabras para expresarse— como si fuese más yo mismo y no una parte de algo más, ¿entiendes?

*Un mundo feliz.* ALDOUS HUXLEY

## De fiesta

La fiesta de Ángel se celebraba en su casa, una bonita vivienda de dos plantas que estaba en la urbanización La Ría. A su lado, y formando un gran contraste, resistía una pequeña villa marinera que se negaba a sucumbir.

En esa zona de Región el olor del mar era especialmente intenso. En los momentos de marea baja se mezclaba con el aroma del salitre y de las algas, llegando a ser casi desagradable.

Ángel utilizaba a diario el autobús que bordeaba la costa para ir al instituto. Le encantaba colocarse los auriculares, pegar la frente al cristal de la ventanilla y hacer el trayecto con la única compañía de la música y del océano. Durante ese placentero viaje siempre permanecía con la mirada perdida en el hipnótico movimiento de las olas. Se dejaba llevar por el baile del mar y permitía que su imaginación llegase volando hasta los aviones que sobrevolaban las aguas. O incluso más allá.

Para él, los trayectos en autobús eran más que simples idas y venidas. Era el momento en el que se reencontraba consigo mismo en el corazón de la marea.

La madre de Isla acercó a las dos amigas hasta la casa de Ángel, haciendo casi el mismo recorrido que solía hacer el autobús. Durante el camino, sintieron la fuerza que irradiaba aquel paisaje.

En cuanto las chicas se bajaron del coche, un golpe de viento llevó hasta ellas el aroma del mar.

—Qué maravilla de sitio —dijo Isla.

La brisa transportaba por toda la avenida el ritmo de la música que sonaba dentro de la casa.

El portal exterior estaba abierto. Caminaron por el jardín hasta la puerta principal y llamaron al timbre. Las dos pensaban que sería Ángel quien les abriría, pero no fue así.

—Las que faltaban —refunfuñó Carballo con expresión de disgusto.

Miró a las chicas durante unos segundos desde la puerta, con aires de superioridad, dio un trago del vaso que llevaba en la mano y se volvió al interior de la casa sin dirigirles la palabra. A Isla ni se le había pasado por la cabeza que aquel indeseable pudiera estar en la fiesta. Por un momento pensó en dar media vuelta y marcharse.

Mar percibió la preocupación de su amiga y le pidió que se olvidara de Carballo. Habían ido a la fiesta para divertirse, no para amargarse. Le hizo prometer que no volvería a pensar en él el resto de la noche.

En el interior de la casa estaban muchos compañeros del instituto. Continuamente se cruzaban con caras familiares por todos los rincones. Encontraron a Ángel en el salón, cambiando la música en su ordenador. Cuando las vio, se le iluminó la cara.

Estuvieron un buen rato hablando con él, hasta que una chica se acercó a preguntar si podían montar una pequeña pista de baile en el medio del salón. Isla y Mar echaron una mano para hacer espacio, ayudando a mover una mesa y unas sillas. La gente se animó y empezó a acercarse. Minutos después, un montón de adolescentes se movían al ritmo de la música.

Las dos amigas estuvieron bailando durante más de media hora.

—Carballo no pierde el tiempo —comentó Mar muy seria, haciéndole a Isla un gesto con la cabeza.

—¿Quién es? —preguntó Mar cuando vio a la chica con la que se estaba besando.

—Ni idea. No me suena del instituto. Será una amiga de Ángel.

—Pues qué ojo ha tenido la tía. Se ha ido a liar con el más imbécil de la fiesta.

Las dos se echaron a reír.

—¿Me contáis el chiste? —les preguntó Ángel, que se había reunido con ellas atraído por las risas.

—Lo sentimos, pero no podemos —le contestó Mar fingiendo cara de pena.

—No seáis malas... —insistió él—. ¡Yo también quiero reírme!

Entonces, alguien tropezó con Isla con toda la intención, tirándole por encima todo el contenido de un vaso de bebida. Ella se puso muy nerviosa cuando vio que se trataba de la hermana de Carballo.

—Perdona, tía —disimuló Emilia con cara de sorpresa—. ¡Qué torpe estoy!

—¿Tú de qué vas? —le preguntó Mar, incómoda.

—Mujer, cualquiera puede dar un mal paso —contestó Emilia con sorna.

El vestido rojo de Isla estaba empapado de ginebra con cola.

«Mi vestido favorito», pensó.

—¿Qué pasa? ¿Como tu hermano está ocupado te manda a ti de recadera para fastidiarme? —Isla notaba una potente rabia creciendo en su interior.

Emilia la fulminó con la mirada.

—Cuidado con lo que dices, no vaya a ser que te salga caro el comentario, bonita —la amenazó subiendo el tono de voz.

La gente dejó de bailar para atender a la discusión. Carballo las observaba desde una cierta distancia, con una media sonrisa dibujada en su cara.

—No le hagas ni caso, mujer —le pidió Mar tratando de tranquilizarla—. Lo que busca es amargarte la fiesta.

—Venga, ya está —Ángel cogió a Isla por la cintura—. Salgamos a tomar el fresco —le dijo al oído.

—¡Eso, llévatela de aquí! —gritó Emilia de muy malos modos.

—Cállate de una vez —la interrumpió Mar—. Que por esta noche ya te has lucido bastante.

Ángel llevó a Isla al jardín. Pensó que lo mejor era alejarla de Emilia para evitar que la cosa fuera a más.

—Esa tía, ¿es amiga tuya? —le preguntó ella.

—¿Qué va! Ni siquiera estaba invitada a la fiesta. Siempre está armando bronca. Pero Carballo se presentó con ella y a mí no me pareció bien decirles que no podían quedarse.

En el jardín hacía frío. Isla empezó a temblar en cuanto salieron.

—¡Estás helada! —le dijo él—. No me extraña. Tienes la ropa empapada. Ven conmigo —le pidió.

La llevó a su habitación y le dio un pantalón de su madre y un jersey. La muchacha fue al cuarto de baño para cambiarse. Se sacó el vestido, se secó con una toalla y se puso las ropas de la madre de Ángel. El pantalón le quedaba enorme. El jersey tampoco era muy favorecedor. Cuando se vio en el espejo, le entraron ganas de echarse a llorar.

—Menuda pinta tienes —le dijo a su reflejo, con un profundo desaliento.

Lo que necesitaba en aquel momento, más que ninguna otra cosa, eran palabras de ánimo.

Ángel estaba en el pasillo, esperándola.

—Estás guapa —le dijo cuando ella salió—. ¡Hasta con la ropa de mi madre!

—Ángel, ¿nunca te han dicho que mientes fatal?

Isla se sentía cualquier cosa menos guapa.

Él le dedicó una sonrisa, la cogió de la mano y la llevó a su cuarto.

Era muy grande y acogedor. Había una estantería llena de cómics, libros de misterio y una colección de películas japonesas de animación: *El castillo ambulante*, *La princesa Mononoke*, *El viaje de Chihiro*... Y lo mejor de todo: estaba orientado hacia el mar.

—Emilia me tiró el vaso a propósito —le dijo absolutamente convencida.

—Esa chica siempre está buscando líos. Pasa de ella.

—Es que no es solo ella. Su hermano la tiene tomada conmigo. La verdad, empiezo a estar harta —le confesó con tristeza.

Aquella noche había luna llena. Isla se asomó a la ventana y buscó a Júpiter. En cuanto su mirada descansó en el cielo, se sintió ligeramente reconfortada.

—Qué luna tan bonita, ¿verdad? —dijo él— ¡Está enorme!

—La Luna es nuestra vecina más cercana en el espacio. Por eso parece tan grande. Pero, en realidad, es diminuta si la comparamos con el Sol. El universo está lleno de cosas hermosas. ¿Has oído hablar de las Pléyades? —Isla hablaba sin apartar la mirada del cielo—. Es un cúmulo de estrellas que está a cuatrocientos años luz de distancia, en dirección a la constelación de Tauro. Es alucinante, parece una burbuja de polvo brillante nadando en el espacio.

Ángel le pasó el brazo por la cintura y la miró fijamente. Le retiró con cuidado un mechón de pelo que le caía delante de los ojos. Ella continuó hablando para no dejar ni un hueco al silencio.

—También lo llaman el cúmulo de las Siete Hermanas. Según la mitología, el rey Atlas tenía siete hijas. Todas fueron conducidas hasta el cielo con el mismo brillo. Pero Merope, una de ellas, cometió el error de enamorarse de un mortal y se casó con él provocando que su estrella palidciera.

—Me parece una pasada todo lo que sabes sobre el espacio. El otro día, en el planetario, me quedé alucinado con lo que contaste. Hace días que no puedo sacarte de mi cabeza.

—Me gusta saber qué pasa por ahí arriba —le contestó señalando el cielo nocturno—. No hay nada más hermoso que una madrugada viajando entre planetas. Somos tan pequeños, Ángel. Como puntitos de luz en la infinidad del universo.

Él estaba fascinado y no lo podía disimular.

—Tienes algo especial, Isla —le confesó en un murmullo.

Luego le acarició el pelo suavemente. En ese momento, a ella empezaron a temblarle las piernas. Intuía lo que estaba a punto de suceder.

Se fueron acercando poco a poco uno al otro, dejando que la fuerza de la atracción siguiera su curso. Después se quedaron en silencio, separados tan solo por unos centímetros de aire. Hasta que, por fin, se besaron. Primero con dulzura y después con pasión adolescente.

Por la ventana entraba un soplo de viento del norte que inundaba el cuarto con el aroma de la playa. La atmósfera respiraba calma. Sin dejar de besarla, Ángel la recostó en la cama y colocó las manos sobre sus caderas.



—Eres tan linda —le susurró al oído entre beso y beso.

Entonces, la imagen de Júpiter atravesó la mente de Isla. Había soñado cientos de veces con esas mismas palabras saliendo de su boca.

—Lo siento —se disculpó de repente, separándose de Ángel—. Tenemos que bajar.

—¿Qué te pasa? —le preguntó él, sin comprender.

Un silencio tenso corría entre los dos. Isla no se decidía a hablar, no encontraba las palabras. Tal vez porque ni ella misma entendía su reacción.

—Que estoy enamorada de otra persona —le confesó por fin, con un hilo de voz.

Ángel no necesitó más explicaciones.

—¿Volvemos a la fiesta? —le preguntó muy serio.

Se levantaron de la cama y echaron a andar hacia la puerta. Ella fue detrás, arrastrando un profundo sentimiento de culpabilidad.

En el salón se reunió con Mar, que estaba hablando con una chica de segundo curso.

—Ya estoy de vuelta —le dijo secamente.

Su amiga la miró de arriba abajo.

—Estás...

—Horrible —dijo Isla terminando la frase—. Lo sé. Lo peor va a ser devolverle esta ropa a Ángel después de lo que acaba de pasar.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado?

—Mejor no preguntes... Te lo cuento en casa.

Decidieron irse de la fiesta poco después. Isla no se sentía cómoda tras el incidente con Emilia y lo que había pasado con Ángel. Y aquella ropa que llevaba puesta tampoco ayudaba mucho.

Llegaron a casa a las dos de la mañana.

—Mi padre te va a adorar —le dijo Isla a Mar justo antes de entrar—. No solo no llego tarde, sino que aparezco antes de tiempo. Va a pensar que eres la amiga perfecta.

—¿Y no es cierto? —Mar le guiñó un ojo.

Isla sonrió pensando que conocerla había sido lo mejor que le había ocurrido desde que se habían trasladado a Región.

Fueron a la habitación intentando no hacer ruido. Una vez allí, Mar no pudo aguantar más:

—¿Me vas a contar de una vez por qué estás tan seria, o tendré que hacerte una solicitud por escrito? —le soltó.

Isla se sentó en la cama y le contó lo que había pasado con Ángel.

—¿Le has dicho que estabas enamorada de otro? Isla... tú estás fatal. Ángel es un buen tío. Es guapo, simpático y saca buenas notas. No te digo que le prometieras amor eterno. Pero, tía, por lo menos déjate querer. ¿Qué tiene de malo que te diviertas un poco?

—Nada, supongo —admitió—. Es solo que cuando nos estábamos besando en su cama, me acordé de Júpiter. Y no pude seguir.

Mar se dejó caer sobre la cama fingiendo un desmayo y se tapó la cara con la almohada. Segundos después, sacó la cabeza por un lado:

—Qué manera más tonta de complicarte la vida por un ciberamigo del espacio del que no sabes ni el nombre. Eso no es amor. Es flipadura.

Isla se levantó, cogió dos pijamas de la cómoda y le lanzó uno a Mar.

—Si tú hubieras hablado con él, estarías tan flipada como yo.

Se desnudaron y se pusieron los pijamas.

—Quizás, si no fuera por un pequeño detalle que estás olvidando y que es que no me gustan los tíos.

—¡Mejor! —dijo Isla—. ¡Más para mí!

Entonces Mar le tiró la almohada. Isla se abalanzó sobre ella y empezó a hacerle cosquillas.

Luego estuvieron hablando hasta las tantas sobre miles de cosas.

Justo en el momento en el que se quedaron dormidas, una estrella fugaz surcó el cielo, pintando con una gota de luz la oscuridad de Región.

Las islas son lugares llenos de misterios. Bañadas por el gran misterio del viento y del mar, barridas por las mareas de los acontecimientos humanos, acumulan extraños magnetismos que atraen lo ilegal, lo excéntrico y lo sobrenatural.

*El hombre que pintó al dragón Griaule.* LUCIUS SHEPARD

## Historias antiguas

Los meses de diciembre y enero eran tan grises que resultaban deprimentes. Conseguían sumir a Región en una extraña nostalgia que acababa contagiando a las personas. Año tras año por esas fechas, unos enormes nubarrones se instalaban en el cielo y no se disipaban hasta la llegada de la primavera. Se quedaban allí, formando una especie de barrera compacta de algodón que parecía tener vida propia. Una barrera que iba cambiando de tamaño y de textura, volviéndose más o menos espesa a su capricho. Todos los habitantes de Región lo tomaban como algo natural, como si fuera lógico que aquella masa gris tuviera la facultad de moverse y cambiar de forma. Ni siquiera eran conscientes de que los nubarrones ejercían un poderoso influjo en su estado de ánimo. Así era el clima de Región, un ser vivo más.

Isla no estaba acostumbrada a vivir permanentemente dentro de una borrasca. Por eso, cuando se enteró de que pasarían meses hasta que el cielo volviera a ser azul, se sintió invadida por una profunda tristeza. Sus días sin estrellas serían días incompletos.

Aquella tarde de sábado, a eso de las cuatro, Mar le envió un wasap:

*¡Eh! ¿Vamos a darnos una vuelta por el paseo marítimo?* 😊

A pesar de que el cielo amenazaba lluvia de manera inminente, la idea de salir de casa y también del barrio por unas horas le pareció a Isla de lo más atractiva. Le vendría bien desconectar.

Abrigadas con bufandas, anoraks y guantes, las dos chicas cogieron el autobús que bordeaba la costa. Durante el trayecto fueron hablando de lo cerca que estaban los exámenes y de las pocas ganas que tenían de ponerse a prepararlos.

—Mi padre está pesadísimo con ese tema —dijo Isla—. Tendré que procurar no suspender ninguna asignatura si no quiero tenerlo encima todo el verano.

—Mi madre ya está acostumbrada a los suspensos —contestó Mar—. Creo que tiene asumido que lo mío no es estudiar.

Cuando llegaron a la parada y se bajaron del autobús, encontraron allí a Ángel que estaba sentado sobre la barandilla que bordeaba el paseo. Tenía puesta la capucha de su anorak para protegerse del frío y parecía rodeado de una extraña burbuja de melancolía. A Isla le recordó a un esquimal en el interior de su iglú, resguardándose del invierno. Le entraron ganas de pinchar la burbuja.

—¿Qué hace ese ahí? —le preguntó Isla a Mar.

—Me ha parecido buena idea llamarlo. Ya va siendo hora de que liméis asperezas. Venga, no es para tanto —añadió echándole un brazo por el hombro—. Ya verás como lo pasamos genial los tres juntos.

Isla y Ángel hacía semanas que no se hablaban. Después de lo ocurrido en la fiesta, la muchacha evitaba cruzarse con él. Algunas veces incluso había fingido no verlo por los pasillos

del instituto, para no tener que saludarlo. Lo cierto era que no se sentía nada orgullosa de esa actitud, pero tampoco se encontraba con ánimos para hacer las cosas de otra manera.

Los tres amigos echaron a andar hacia la cervecería abandonada y aprovecharon el paseo para ponerse al día. La tensión que había entre Isla y Ángel se fue disipando poco a poco. Cuando llegaron a la antigua cervecería, se sentaron sobre el pavimento de madera y contemplaron las olas que golpeaban de manera casi salvaje contra el espigón.

—¡Cuántas medusas! —exclamó Isla con la mirada clavada en una que flotaba entre las olas—. ¡Son tan bonitas!

—A mí me producen escalofríos —admitió Ángel con gesto de disgusto—. No puedo ni verlas.

—¿Y eso? ¿Te han picado alguna vez? —preguntó Mar—. Dicen que duele un montón.

—¡Qué va! No se trata de nada de eso. Es por algo que pasó cuando era niño.

De repente, como si hubiera escuchado las palabras de Ángel, una ráfaga de viento frío empezó a soplar. Los tres amigos tuvieron que protegerse la cara con las manos durante unos segundos. Aquella lengua gélida era tan afilada que cortaba la piel.

—En cuanto pare el viento, empezará a llover —les advirtió Ángel.

—¡Pues venga!, cuéntanos rápidamente tu historia con las medusas —le pidió Mar.

El muchacho se puso muy serio.

—Cuando era pequeño, mi padre solía traerme aquí todos los domingos por la mañana. Hacíamos siempre el mismo recorrido. Salíamos de casa, caminábamos hasta la playa de la Sirena y allí nos dedicábamos a hacer figuras con la arena: castillos, sirenas, la efigie de Poseidón... Me encantaba crear aquellas formas a la orilla del mar. Después continuábamos la ruta y subíamos las escaleras de piedra que dan a la carretera.

—Deja que adivine —lo interrumpió Mar—. Y tú le dabas la brasa domingo tras domingo para que te comprara un helado en el quiosco que hay en la playa.

—Sí —reconoció él—. Y siempre conseguía mi objetivo: ¡un helado de fresa con forma de pie!

Isla imitó a Ángel y se puso la capucha del anorak. Desde que el chico había empezado a hablar, la temperatura había descendido un par de grados. No estaba preparada para aquel frío tan intenso. Tenía congeladas las orejas y la nariz.

—Después veníamos caminando hasta el final del paseo —continuó—. Mi padre solía parar en la cervecería. Le gustaba mucho tomar algo contemplando el mar. Mientras, yo aprovechaba para charlar con los pescadores que faenaban por aquí. Uno de ellos me enseñó con solo seis años a poner la carnada en el anzuelo.

—¿Y qué pasó? —preguntó Isla con impaciencia.

—Ese día no había pescadores. El mar estaba como hoy: muy revuelto. Nadie se había atrevido a salir a faenar. Yo caminaba de la mano de mi padre. Os va a parecer una tontería, pero sentía algo raro flotando en el ambiente. Recuerdo que, como a la mitad del paseo, fijé la vista en el mar. Estaba completamente lleno de medusas. Había tantas que me entraron ganas de llorar.

A aquellas alturas del relato, Isla y Mar estaban absolutamente subyugadas por las palabras de Ángel.

—¿Y eso por qué? —le preguntó Isla.

—Mi abuelo me contó que las medusas predicen las desgracias. «Cuando veas muchas, échate a temblar», repetía siempre. Decía que eran las lágrimas del mar. Cuando la tristeza llegaba a ser

tan profunda que el océano no podía soportarla, empezaba a llorar medusas para que sus lágrimas se materializasen en medio de las aguas. Aquel día, al ver tal acumulación de medusas, recordé las palabras de mi abuelo y sentí miedo.

A Isla le cayó la primera gota de lluvia en la punta de la nariz, pero no dijo nada. No quería interrumpir el relato de Ángel por nada del mundo.

—Llegamos a la cervecería. Estaba cerrada. Recuerdo que mi padre se quedó allí un par de minutos, clavado delante de la puerta, rezongando porque tenía sed. Yo di unos pasos y observé el mar. Las medusas eran como una especie de plaga que invadía la costa. ¡Estaban por todas partes! Entonces me pareció ver algo que flotaba en medio de ellas.

—¿Qué? ¿Qué descubriste? —le preguntó Mar.

—Un cuerpo de mujer —dijo él con la voz empapada de tristeza—. Llevaba puesto un vestido azul. Tenía los labios completamente morados y los ojos abiertos como platos.

Isla, en un impulso, cogió el brazo de Ángel y lo agarró con fuerza. Sentía la necesidad de protegerlo de alguna manera de aquel recuerdo tan triste.

—¿Fuiste tú el que encontró el cadáver de la dueña de la cervecería? —le preguntó Mar, asombrada—. ¡No tenía ni idea!

—Sí, fui yo. Recuerdo que cuando vi sus ojos abiertos, me eché a llorar. Mi padre me cogió en brazos, pero no había forma de tranquilizarme. Estuve llorando durante horas y horas.

—Hay cosas que nunca deberían ver los niños —dijo Isla.

Él miró hacia el cielo y se levantó. No había podido evitar que las lágrimas volvieran a asomarse a sus ojos.

—Es mejor que volvamos. Va a empezar a llover a cántaros —anunció frotándose los ojos disimuladamente. ¿Os apetece que vayamos a tomar algo? Conozco un sitio cerca de aquí en el que ponen unos bocadillos buenísimos. ¡Y no hay nada mejor para aliviar las penas que tener el estómago lleno! —añadió tratando de poner una nota de humor.

—Pues venga, ¿a qué esperamos? —dijo Mar.

Caminaron hasta la carretera principal y después se metieron por una calle que estaba muy cerca de la casa de Ángel, en la villa marinera. Allí tuvieron que echar a correr y refugiarse bajo un balcón, porque a las nubes les dio entonces por descargar de golpe toda la lluvia. Hacia el final de la calle estaba el local. Se llamaba Sherwood.

Nada más entrar, a Isla le pareció que acababa de viajar en el tiempo y el espacio. Estaba decorado como si fuera el interior de un bosque. Habían plantado árboles en los laterales, en unos tiestos enormes, y las ramas crecían un par de metros por encima de las mesas creando un ambiente muy especial. Las paredes eran de piedra y de ellas colgaban elementos decorativos como dianas, arcos y flechas.

—¡Cómo mola! —exclamó Mar sin apartar la vista del techo.

—Es bonito, ¿verdad? Este lugar es mi refugio. Si algún día no sabéis dónde encontrarme, venid a buscarme aquí.

Se sentaron a una mesa y pidieron refrescos y cerveza para beber.

—Es un hermoso lugar para esconderse del mundo —comentó Isla.

—Uno de mis sueños es ir a Edwinstowe en Inglaterra, y visitar el auténtico bosque de Sherwood —dijo Ángel—. La leyenda de Robin Hood es cierta, estoy convencido. Me gustaría pisar los mismos bosques por los que anduvo él.

—La una, loca por los planetas, y el otro resulta ser un fanático de Robin Hood —comentó Mar—. ¿Qué pasa? ¿Soy yo la única de los tres con gustos normales?

—Depende de lo que consideres normal —apuntó Isla—. Además, tú eres una tía misteriosa. Seguro que escondes algún tipo de afición curiosa, como las nuestras.

En ese momento el camarero les sirvió las bebidas y un plato con trozos de empanada y pinchos de tortilla.

—¿Y a ti, qué tal te van las cosas con ese chaval del que me hablaste en la fiesta? —le preguntó Ángel a Isla aprovechando el momento de distensión.

La muchacha se puso roja como un pimiento y le dio un trago a su refresco. Aquella repentina naturalidad con la que le preguntaba por Júpiter no acababa de convencerla.

—Genial que hayas sacado el tema, porque mi amiga necesita con urgencia una opinión masculina —comentó Mar.

Isla le clavó la mirada suplicándole en silencio que no siguiera por ahí. No quería hablar de ese tema con Ángel. Pero Mar no se enteró, o no quiso enterarse, y continuó hablando como si nada.

—Isla cree estar enamorada.

—Sí, algo me contó —dijo Ángel—. ¿Y quién es él? ¿Va a nuestro instituto?

—No sabemos a qué instituto va, ni tampoco cómo se llama, ni cuántos años tiene, ni a qué se dedica. En realidad no sabemos ni siquiera si existe realmente.

—¡Mar! —protestó Isla, que ya no aguantaba aquella manera tan superficial de hablar sobre su relación con Júpiter—. ¿A qué viene esta bobada? ¡Claro que existe!

Ángel puso cara de no entender nada.

—Te lo resumo en pocas palabras, Ángel: Isla cree estar enamorada de un tipo que conoció por Internet y que tiene más pinta de ser un cabrón que de otra cosa. Y, como yo ya estoy harta de intentar que ponga los pies en la tierra, me gustaría que me echaras una mano.

Mar le contó a Ángel la relación de su amiga con Júpiter.

—Y pasan los meses y ella se va colgando más y más de un tío del que lo único que tiene es una foto que podría ser de cualquiera.

A aquellas alturas de la conversación, Isla no solo estaba enfadada. También sentía una profunda decepción.

—Si queréis mi opinión, yo no me fío un pelo de Internet, ni de la gente que se puede conocer a través de la red —dijo Ángel dándole un bocado a un trozo de empanada—. Pero también es cierto que Isla no es tonta. Si está colgada de ese tío, será porque ha visto algo interesante en él. No hay nada de malo en darle un voto de confianza.

—Llevan meses hablando y lo único que tiene de él es una foto. No me digas que la cosa no huele mal.

—¡Ya vale, eh! —gritó Isla poniendo fin a la conversación. Mar se calló al instante—. Júpiter es especial, digas lo que digas. No entiendo con qué derecho le cuentas todo esto a Ángel. ¡Es mi historia! Por lo menos podías haberme pedido permiso —sentenció poniéndose de pie.

En ese mismo instante, la tarde se rompió en pedazos.

Pagaron las consumiciones y se despidieron de Ángel. Él se quedó parado debajo de la lluvia, observando con cierto desconcierto cómo las dos amigas caminaban hacia la parada del autobús. Las gotas caían sobre su cabello y allí se quedaban, sostenidas por arte de magia sin escurrirse.

En condiciones normales las habría acompañado, pero después de lo que acababa de pasar no tenía ganas de estar en medio de las dos. Necesitaban hablar a solas y arreglar la situación.

El regreso a casa en el autobús fue muy tenso. Mar e Isla hicieron todo el trayecto de vuelta sin dirigirse la palabra, cada una inmersa en sus propios pensamientos. Cuando llegaron a la parada y se despidieron, Isla tuvo la sensación de que las cosas entre ellas nunca volverían a ser lo mismo.



Algo debió despertarse en su cerebro, puso las manos en los oídos y cerró los ojos, apretando muy fuerte, como un niño cuando le enjabonan la cara.

*Drácula.* BRAM STOKER

## Silencio

Isla se despertó sobresaltada con el sonido de su reloj despertador. Eran las siete y media de la mañana y apenas había dormido cuatro horas. La noche anterior había estado hablando con Júpiter hasta bien entrada la madrugada. Necesitaba desahogarse y acabó contándoselo todo: la triste historia de Ángel y las medusas y también su enfado con Mar.

Las escasas horas de sueño habían sido un incesante desfile de pesadillas en las que aparecían Mar, Júpiter, Ángel y el cadáver con la boca llena de medusas flotando en las costas de Región.

Aquella mañana, una rendija de sol luchaba por hacerse un hueco en medio de los nubarrones perpetuos. Pero la textura de las nubes era especialmente compacta y terminó sucumbiendo.

Isla se desperezó, se levantó de la cama con los ojos llenos de sueño y se metió debajo de la ducha convencida de que el agua arrastraría todos los pensamientos negativos. Pero no fue así. Salió de su casa con una pesada carga de desánimo a la espalda.

Todos los días, después de desayunar y coger los libros, salía de casa y esperaba a Mar en la entrada del camino que unía los dos barrios. Pero aquella mañana actuó de manera distinta. Se marchó al instituto por su cuenta. Todavía le duraba el enfado y prefirió caminar sola.

La primera clase era de Educación Física. Isla la odiaba. Le gustaba hacer ejercicio, pero no con Carballo y sus amigos cerca. Aprovechaban cualquier ocasión para darle un pisotón, empujarla... Un día hasta le habían dado un tirón de pelo en medio de un partido de voleibol.

Dejó la mochila en el vestuario y se fue al gimnasio. Allí buscó a Mar con la mirada, pero no la localizó.

—¡Buenos días! ¡Venga, empezad a correr para ir calentando! —les pidió el profesor, lleno de energía.

Los alumnos se pusieron a trotar en círculos con desgana. Llevaban corriendo un par de minutos cuando apareció Mar.

—Mar, ¿qué horas son estas de llegar? Venga, ponte a correr con el resto —le pidió el profesor.

—Lo siento. ¡Es que me han dado plantón! —contestó echándole una rápida mirada a Isla.

«Qué sería está», pensó Isla.

En ese momento, Carballo pasó junto a ella y le dio un ligero empujón por detrás. Isla estuvo a punto de caer de bruces.

—¡Por poco te dejas los piños en las baldosas! —dijo el Largarín en alto, echándose a reír.

—¿Algún problema? —preguntó el profesor después de pitar con el silbato que llevaba colgado del cuello.

Ella sintió unas ganas terribles de contarle lo que acababa de pasar, pero hizo un esfuerzo y se calló. Quedar como chivata podría provocar represalias fatales.

La clase duraba dos horas, y el profesor supo sacarle partido. Puso a los alumnos a hacer flexiones, abdominales y diferentes ejercicios por parejas. Por lo general, Isla y Mar hacían todo eso juntas. Pero aquella mañana ninguna de las dos dio el primer paso, y acabaron yendo cada una por su lado.

—¡Venga, todos a la ducha! —ordenó el profesor al terminar la clase—. Que no quiero que mis compañeros padezcan vuestros efluvios corporales. Isla, tú espera. Quiero hablar contigo un momento —añadió.

El gimnasio se vació en un instante.

El profesor le hizo un gesto indicándole que se sentara a su lado, sobre un banco de madera.

—Isla, ¿va todo bien con tus compañeros?

—Estoy algo enfadada con Mar —se sinceró con cierto abatimiento—. Pero no es nada grave.

Él negó con la cabeza.

—No estoy hablando de Mar. Entre amigas sería imposible que, de vez en cuando, no hubiera alguna que otra discusión.

—¿Entonces? No entiendo qué me quieres decir.

—Desde hace semanas estoy observando que algo pasa con Marcos Carballo. Quiero que sepas que, si tienes algún problema, puedes contármelo a mí o a cualquier profesor.

Ella bajó la cabeza y fijó la mirada en el suelo. Aquellas palabras la habían cogido completamente por sorpresa.

—Nadie se enterará de lo que hables aquí conmigo. Esta conversación es confidencial. Puedes contarme lo que sea, Isla. Para eso soy vuestro tutor. Mi obligación es preocuparme por ti.

Pensó en todo lo que le había pasado con Carballo, Emilia y los demás desde que estaba en ese instituto. El día del balonazo contra la caja con sus cosas, la tarde del porro, la fiesta de Ángel...

—No le caigo bien, eso es todo —dijo por fin, intentando quitarle hierro.

—Una cosa es no caerle bien y otra muy distinta que te acose. Si algo así está pasando, quiero saberlo. Podemos ayudarte, Isla.

—No es necesario. Solo intenta llamar la atención. Pero está todo controlado —disimuló, tratando de parecer muy segura de lo que decía.

Aquella respuesta fue suficiente para librarse del interrogatorio del profesor.

Nada más cerrar la puerta del gimnasio, pensó que acababa de cometer un gran error. Había dejado pasar su oportunidad para decir bien alto que sí, que estaba harta del acoso de Carballo y sus amigos, que llevaban meses haciéndole la vida imposible, aprovechando la menor ocasión para dejarla en evidencia. Mas, para decir eso, había que ser muy valiente. Y ella se sentía como un puntito insignificante en medio de la marea.

Cuando entró en el vestuario femenino, ya estaba vacío. Todas sus compañeras, incluida Mar, habían acabado de ducharse y se habían ido. El suelo estaba encharcado y una nube de vapor jugaba a expandirse por el aire. Isla se acercó al espejo y con la punta del dedo índice escribió su nombre. Después abrió su taquilla, sacó la mochila y cogió la toalla y los productos de aseo.

En ese momento se abrió la puerta del vestuario haciendo su ruido característico.

«Alguna que se ha olvidado algo», pensó.

Pero nada más lejos de la realidad. Los que acababan de entrar eran Carballo, el Largarín y otro chico que ella solo conocía de vista.

—Así que de confianzas con el profesor. ¿Qué le has contado? Ya puedes empezar a soltarlo.

Ella se sobresaltó al oír la voz de Carballo pidiéndole explicaciones. Su actitud era insultante, tenía ganas de bronca. No había que ser muy lista para darse cuenta de que estaba de malas.

—¿Qué hacéis aquí? Este es el vestuario de las chicas —dijo ella explicando lo que era evidente.

—Largarín, controla que no venga nadie —ordenó Carballo ignorándola por completo.

—Si es por la conversación con el tutor, puedes estar tranquilo porque no le he dicho nada sobre ti.

La voz de Isla tenía un punto de nerviosismo.

—Yo no estoy tan seguro.

—¡Es verdad! —insistió ella—. Por favor, ahora quiero ducharme. Tenéis que salir de aquí.

—Como si fuera la primera vez que vemos a una tía en bolas —soltó el Largarín intentando hacerse el gracioso.

El otro chico que iba con ellos, un tal Martín, sacó el móvil del bolsillo y se puso a manipularlo.

—¿Qué? ¿Ya está preparada la mierda esa? —preguntó Carballo metiéndole prisa.

—Cuando quieras —le contestó el otro sin apartar la vista de la pantalla del teléfono.

Isla no entendía nada de lo que estaba pasando. Quería que se marcharan y la dejaran continuar con su rutina, que no la volvieran a meter en problemas una vez más. Pero hay cosas que se presienten, acontecimientos que se ven llegar desde la distancia y, aunque su parte consciente trataba de negarlo por todos los medios, en lo más profundo de sí misma sabía que algo horrible estaba a punto de suceder.

—Venga, dale —le dijo Carballo al Largarín.

Entonces se acercaron y la acorralaron contra las taquillas. Ella, de forma inconsciente, apretó los puños con tanta fuerza que las uñas se clavaron en la carne haciéndole sangre y dejando marcas en forma de media luna.

—¡Dejadme en paz o empiezo a gritar! —les advirtió—. El profesor está todavía en el gimnasio.

—Será mejor para ti que tengas la boquita cerrada —le contestó Carballo, acercando su cara a la de ella.

Le brillaban los ojos de malicia.

Una extraña tensión resbalaba con lentitud viscosa por los azulejos del vestuario empapando todo el ambiente.

—¡Venga, que no tenemos todo el día! —apremió Carballo.

Entonces, como un soldado de plomo a las órdenes de su comandante, el Largarín agarró las manos de Isla para inmovilizarla.

—¡Soltadme! ¿Os habéis vuelto locos? —dijo mientras trataba de zafarse.

Pero lo único que consiguió fue que él la sujetara con más fuerza.

La tensión que rezumaban los azulejos reptó hasta el suelo y subió por el cuerpo de Isla, filtrándose por cada poro de su epidermis. Como un animal acorralado que busca una salida a la desesperada, miró a Carballo directamente a los ojos. Intentó meterse en su interior, encontrar un resquicio de sol perdido en medio de aquellas tinieblas. Pero en aquel territorio lo que imperaba era la sombra.

Entonces pensó en Medusa, la sacerdotisa con cabellos de serpiente, sentenciada a convertir en piedra a todo aquel que osase mirarla a los ojos. Ojalá tuviera ella esa facultad.

—Dejadlo ya, por favor —susurró—. Yo no os he hecho nada. ¿Por qué me tratáis así?

Carballo escupió en el suelo y dio un golpe en las taquillas haciéndolas tambalearse en un grito metálico. Luego, inclinándose y con un rapidísimo gesto, le bajó el pantalón del chándal dejándola

en bragas.

Isla empezó a revolverse con todas sus fuerzas. Intentó liberar las manos, pero el Largarín la tenía bien sujeta y lo único que consiguió fue hacerse daño.

Todo estaba preparado para explotar.

—¡Faltan las bragas! ¡Bájaselas! —gritó Martín, el chico que estaba grabando con el móvil.

Cuando Isla escuchó aquellas palabras, el mundo se le vino encima. Su cuerpo frágil no estaba preparado para soportar semejante peso. Se sentía paralizada, sin fuerzas. Con las lágrimas a punto de reventar en sus ojos, pidió en silencio que la dejaran en paz, que ya valía, que en esa ocasión habían ido demasiado lejos. Pero Carballo no pensaba detenerse. Y le bajó las bragas sin compasión. Tras ellas y directamente al suelo, se desplomó también la dignidad de Isla, quedando aplastada contra el frío de las baldosas.

Ella reaccionó dándole una patada en la espinilla con todas sus fuerzas.

—¡Será puta! —se quejó él.

Del pecho herido de Isla salió un grito tan potente que perforó la puerta del gimnasio y también la conciencia del Largarín que, cuando sintió la punzada, le soltó las manos de golpe y dio un paso atrás.

—¡Cállate, estúpida! —le dijo Carballo salpicándole la cara con su saliva.

Pero ella no lo escuchó. Solo pensaba en gritar y gritar para soltar toda la rabia que tenía condensada en su interior.

—¡Hay que salir de aquí a toda leche! —dijo Carballo pisando con fuerza la baldosa donde había caído la dignidad de Isla—. ¡Venga, que con los gritos de esta loca puede venir alguien y pillarnos en la faena!

Salieron corriendo del vestuario. Pero, antes de marcharse, Carballo le escupió una advertencia:

—¡Pienso colgar las imágenes en Internet, para que todo el mundo pueda verlas!

Isla estalló en lágrimas. De pie, con los pantalones y las bragas a la altura de las rodillas y tapándose el cuerpo con las manos, se sentía la persona más desgraciada del mundo. Y tan sucia que se daba asco a sí misma.

Apoyó la espalda en las taquillas y se dejó resbalar hasta el suelo tal y como estaba, a medio vestir. Trató de pensar en algo hermoso, dejándose mecer por algún recuerdo bonito de su infancia. Pero era imposible.

En el espejo, su nombre se había deshecho en gotas de agua sucia. Las líneas perfectamente definidas, que sus dedos habían trazado tan solo hacía unos minutos, eran ahora un dibujo feo de surcos desvaídos.

Ella también estaba deshecha por dentro. Se le acababa de formar un agujero de pena en medio del pecho. Un agujero que tardaría muchísimo tiempo en cerrarse.

—¡Artax! —gritó Atreyu—. ¡No puedes abandonarme ahora! ¡Venga! ¡Sal de ahí o te hundirás!

—¡Déjeme, señor! —le respondió el caballo—. No puedo soportar esta tristeza. Voy a morir (...). Ninguno de los dos sabíamos lo que nos esperaba. Ahora sabemos por qué el Pantano de la Tristeza se llama así. La tristeza me ha vuelto tan pesado que me hundo. No hay escapatoria.

*La historia interminable.* MICHAEL ENDE

## En el seno del abismo

La segunda clase de aquella mañana era la de Inglés. A Mar le extrañó que Isla no estuviera sentada en su mesa. En primer lugar, porque al principio de la clase tenían que entregar un trabajo que contaba para nota y, además, porque ella nunca llegaba más tarde que el profesor.

«Ha debido de liarse hablando con el de Educación Física», pensó mientras abría su cuaderno.

Pero entonces, cuando ya habían pasado casi diez minutos de clase, entraron en el aula Carballo y el Largarín, y ella tuvo una especie de mal presentimiento. Aquellos dos llevaban en la cara el rastro que queda después de haber estado coqueteando con la sombra.

—¿De dónde venís a estas horas? —les preguntó el profesor.

—Perdón, es que hemos tenido un problema con mi moto —mintió Carballo.

—¿Un problema con la moto entre clase y clase? Un poco raro, ¿no? Venga, sentaos ya. La próxima vez os pongo falta.

A Mar la explicación le sonó a excusa fácil y pidió permiso para ir al aseo. No estaría de más echar un vistazo.

Salió del aula, bajó las escaleras y fue directamente a la zona del gimnasio. Seguía enfadada con Isla por el plantón de la mañana, pero aquel presentimiento raro que le bullía en el cuerpo era más fuerte que el enfado. Cuando abrió la puerta de los vestuarios, una ráfaga de pena le azotó la cara.

Sentada en el suelo y sumergida en su llanto, Isla sollozaba desconsoladamente. Se tapaba la cara con las manos en un intento de esconderse de tanta niebla, pero la masa densa se filtraba entre sus dedos con total libertad, devorándola por dentro.

—¡Isla!

Mar corrió a su lado.

—Isla, mírame. ¿Estás bien?

Pero Isla no escuchaba a su amiga. Estaba muy lejos del vestuario, del instituto, muy lejos incluso de Región. Estaba en brazos del abismo.

Mar le retiró las manos de la cara. Su amiga tenía el rostro congestionado y no podía hablar. Todavía no. Solo lloraba y lloraba, y ella comprendió que acababa de suceder algo terrible.

La abrazó sin añadir nada más. Recordó que una vez había leído en algún sitio que las caricias eran el mejor calmante. Así que se dedicó a acariciarla, en silencio, aguardando que Isla regresase de aquel lugar en el que se encontraba.

—¡Chicas! ¿Qué ha pasado? ¿Estáis bien?

Era el profesor de Educación Física, que acababa de verlas desde el pasillo de los vestuarios.

Mar negó con la cabeza y alzó los hombros, dándole a entender que no tenía ni idea de lo que había ocurrido.

Tardaron un buen rato en conseguir que Isla se tranquilizara. Hubo que darle su tiempo. Cuando consiguió dejar de llorar, lo contó todo con voz entrecortada. Verbalizar lo que había pasado fue el trago más difícil de su vida.

—¡Serán cabrones! —gritó Mar, indignada, dándole un golpe a la misma taquilla que había

maltratado Carballo momentos atrás—. De esta se van a acordar. ¡Te lo juro!

—¡Por supuesto que se van a acordar! —añadió el profesor—. Ahora mismo vamos a ver al director. Ya sabía yo que algo raro estaba pasando —terminó la frase para sí mismo.

—Van a colgar en Internet las imágenes que han grabado. Quieren que todo el mundo las vea para ridiculizarme aún más.

Isla hablaba muy bajo, con una voz que no parecía la suya. Hasta eso le habían robado.

—Tranquila —le pidió el profesor—. Nadie va a colgar nada en ningún sitio. Eso te lo garantizo.

Relatar todo lo que había pasado delante del director fue duro. Pero todavía más duro fue tener que escuchar cómo él se lo contaba a sus padres. El director tomó la decisión de llamarlos.

—La situación es lo bastante grave como para avisarlos, Isla. Ellos tienen que estar informados de esto —le había dicho.

Los padres no tardaron ni media hora en llegar al instituto. Cuando vieron a su hija sentada en el despacho del director, con aquella expresión de tristeza en el rostro, se preocuparon de verdad. El director les informó de lo sucedido. Pensó que contándolo él le ahorra a la chica tener que pasar por el trago de volver a repetirlo. En el fondo, tenía razón.

—Les aseguro que esto no se va a quedar así —concluyó el director—. Confiscaré ese teléfono y les abriré un expediente. Conforme a los estatutos del centro, una sanción grave implica tres semanas de expulsión. ¡Serán debidamente castigados!

Tres semanas de expulsión no podrían curar su herida. Tampoco lograrían que se sintiera mejor. Eso fue lo que les dijo a sus padres de camino a casa.

—El daño ya está hecho —contestó el padre, mirando con preocupación a su hija por el retrovisor—. Esos tres merecían bastante más castigo que tres semanas de expulsión. Si me los encuentro por la calle, van a saber lo que es arrepentirse.

Aquel día Isla apenas comió. Se le había formado un nudo en la boca del estómago y no había manera de deshacerlo.

Subió a su habitación y se encerró allí. Para tratar de olvidar por un rato lo que le había sucedido aquella mañana, cogió el libro de Julio Verne y trató de sumergirse en la lectura. No le sirvió de mucho. Cada vez que intentaba concentrarse, le venían a la mente las escenas del vestuario.

A eso de las cinco de la tarde apareció Mar. Dio tres golpecitos en la puerta del cuarto y abrió.

—He venido a traerte una cosa —le dijo a modo de saludo.

Sacó del bolso una caja coloreada de metal que tendió a Isla. Era muy bonita. En la tapa, una niña montada en una bicicleta antigua sonreía bajo un cielo estrellado. Iba vestida de blanco y sus cabellos formaban grandes ondas que evocaban un estilo romántico.

—Mis bombones favoritos. Dicen que el chocolate es bueno para la tristeza.

Mar se acercó a la cama y se sentó allí junto a su amiga. Miró a Isla con ternura y le colocó el pelo por detrás de las orejas en un gesto cariñoso.

—Siento mucho lo que ha pasado. Si hubiera estado yo contigo, nada de eso hubiera sucedido.

Isla puso cara de resignación

—Estaba cantado que algo así iba a suceder más pronto o más tarde —dijo—. Carballo me odia desde el mismo instante en que me vio por primera vez. Tú no puedes protegerme eternamente.



—El director le ha confiscado el móvil a Martín y ha borrado las imágenes —explicó Mar—. Están expulsados por tres semanas. Y no les van a permitir hacer los exámenes. Así que este trimestre cargan todas. Seguro que repiten curso.

Isla se encogió de hombros. Aquello no le importaba ni poco ni mucho.

—Escucha, también siento lo que pasó ayer. No quería molestarte hablando así de Júpiter con Ángel.

—Mar, yo... Yo reconozco que me puse hecha una fiera.

—Bueno, tal vez yo he sido demasiado crítica con vuestra relación ciberespacial —apuntó Mar.

—¿Sabes? Ayer Júpiter y yo estuvimos hablando hasta las tantas. Y le conté lo de nuestra discusión. ¿A que no adivinas lo que me dijo? Me dijo que es normal que tengas desconfianza, que no lo conoces de nada y que, con tantas cosas que pasan por Internet, es lógico que estés preocupada.

Mar la miró sorprendida.

—¿Te ha dicho eso, en serio?

—Y más cosas. Me ha pedido que no me enfade contigo. Dice que, por encima de todo, tú y yo somos amigas y no debemos permitir que algo así nos separe. Mar, también me ha dicho que le importo de verdad, que nunca ha conocido a nadie tan especial como yo y que las noches que compartimos son tan mágicas como las estrellas que habitan en el espacio.

Mar se echó a reír con dulzura.

—¡El tío es único soltando frases románticas!

—Me ha prometido que pronto nos conoceremos. Este verano va a venir aquí. En la noche de San Juan.

—Parece toda una declaración de intenciones.

Mar se acercó a su amiga y la abrazó. Necesitaba ese abrazo para transmitirle que estaba allí, a su lado, y que jamás la dejaría sola.

—Siento mucho todo lo que te dije. Creo que estaba equivocada. ¡Algunas veces soy muy cabezota!

Por primera vez aquel día, Isla sonrió.

—¿Sabes qué te digo? A partir de ahora las cosas van a ser distintas. Lo que han hecho hoy esos cabrones ha servido para que me espabile. Hasta ahora he sido una cobarde. Pero todo va a cambiar.

—Isla, tú no eres una cobarde. Y lo que te han hecho esos tíos no tiene nombre. No te sientas culpable. Son ellos los que tendrían que estar muertos de vergüenza.

En el fondo, las dos sabían que ni Carballo ni ninguno de sus amigos sentía el más mínimo arrepentimiento.

Isla necesitaba borrarlo todo de su mente para poder seguir adelante. Pero olvidar no era tan sencillo. Y esa noche no pudo dormir.

Desde aquí, cuando estoy acostado, veo el cielo, solo veo el cielo.

*El extranjero.* ALBERT CAMUS

## Eclipse de luna

Durante las tres semanas que duró el castigo, Carballo estuvo desaparecido. No se dejó ver por los alrededores del instituto ni por las calles de Región. Se había esfumado como una tormenta de verano que deja su huella en el recuerdo. Pero Isla sabía que solo era cuestión de tiempo. Aquella ausencia no era definitiva. Por eso estaba alerta y vivía en un estado de permanente nerviosismo.

En los últimos días, la muchacha había escuchado fragmentos de algunas conversaciones entre sus padres. «¡No voy a consentir ni que le soplen!». Así de claro lo dejó su padre en más de una ocasión. Era abogado y había estado informándose y haciendo averiguaciones. Pero eso no era suficiente. Había momentos en los que nadie podía protegerla. Como la mañana del vestuario. Y eso le producía una enorme sensación de inseguridad.

A la mañana siguiente les entregaban las notas del trimestre. Ese acontecimiento coincidía con el regreso de Carballo al instituto. El tiempo de castigo había terminado.

Isla entró en el aula muerta de miedo, pero sus temores nada tenían que ver con las notas. Solo pensaba en el regreso de Carballo. Para tranquilizarse, intentó recordar las palabras de apoyo que Ángel y Mar le repetían día tras día. También las de Júpiter, que en las últimas semanas había sido su paño de lágrimas nocturno. Pero en aquel momento no encontraba la manera de tranquilizarse. Ni siquiera las palabras de Júpiter le servían de refugio. Se sentía pequeña y perdida.

El aula se fue llenando poco a poco. Ella no levantó la mirada de su mesa hasta que llegó el tutor, cinco minutos antes de la hora. El profesor de Educación Física, consciente de que debía de estar nerviosa por el regreso de Carballo, se le acercó para darle ánimos.

Entonces, un alumno captó la atención de toda la clase. Empezó a abuchear por lo bajo al Largarín que acababa de entrar en el aula. Esa fue su manera de recibirlo.

Mar no se lo pensó dos veces, se levantó de su asiento e imitó a aquel chico. Poco a poco, todos los compañeros de Isla se fueron sumando a la iniciativa. La clase entera acabó de pie, lanzándole al Largarín aquel mensaje de indignación.

Isla no sabía que contaba con el apoyo de tanta gente. Por primera vez en mucho tiempo se sintió querida.

—Venga, ya vale —dijo el profesor.

Pero su voz se perdió entre los abucheos del alumnado, y él no insistió. Dejó que la clase se expresara libremente.

El Largarín no sabía dónde meterse. Rojo de vergüenza, fue hasta su mesa con la cabeza gacha. Se sentó y permaneció en silencio, sin mover ni un solo músculo. Deseaba con todas sus fuerzas que aquello terminase de una vez.

—¡Sois patéticos! ¡Tú, Carballo y el tío del móvil! —gritó Mar, levantando la voz—. ¿Dónde has dejado a tu colega? ¿Qué pasa? ¿No se atreve a entrar?

—Cálmate, Mar —le pidió el profesor.

—¡Pero profe, míralo! Ni siquiera levanta la cabeza. ¡Es un cobarde!

Con el comentario de Mar, los alumnos empezaron a reírse.

Antes de que aquello se transformara en una carcajada general, el profesor puso orden.

—Venga, es suficiente. Creo que vuestro compañero ya ha captado el mensaje.

—¡Este no capta nada! ¡Es incapaz de pensar por sí mismo! —dijo el chico que había comenzado el abucheo.

—Mira qué calladito está ahora —añadió Mar—. Pues para sujetar a Isla en el vestuario sí que estuviste espabilado. ¡Dais asco!

—Voy a repartiros los boletines, venga, guardad silencio —pidió el profesor con voz firme—. Estoy seguro de que Isla está deseando olvidar lo que pasó. ¿Damos el asunto por concluido?

Mar y algunos alumnos más hicieron un gesto afirmativo con la cabeza.

Isla fue la primera en recibir el boletín. Cuando lo abrió, todavía le duraba la emoción por la actitud de sus compañeros.

«Las mejores notas de mi vida», dijo para sí misma.

—¡Guaaaaaaau! ¡He aprobado todo! —gritó Mar, dando un tirón a la manga del jersey de Isla—. ¡Esto es un milagro!

El profesor se echó a reír.

—No es un milagro, Mar. Es lo que tiene hincar los codos de vez en cuando.

Isla felicitó a su amiga y le mostró su boletín. Le brillaban los ojos de alegría.

—Vaya notas, tía. ¡Tus padres van a flipar!

Cuando el profesor pasó junto al Largarín, se hizo silencio absoluto. Le puso las notas sobre la mesa.

—Cuando acabe la clase quiero hablar contigo, así que no te vayas. Por cierto, ¿sabes por qué no ha venido Marcos Carballo? El castigo ya se ha cumplido. Debería estar aquí.

—Tiene movida en su casa —comentó el Largarín.

—¿Ha pasado algo grave?

—Su madre no está muy bien.

—Entiendo. Hablaré con el director para que se ponga en contacto con él.

Isla y Mar salieron del aula dando saltos de alegría. Lo primero que hicieron fue ir a buscar a Ángel por los pasillos del instituto.

—¡Ahí está! —dijo Mar, señalando hacia un grupo de chicos—. ¡Ángeeeeeel! ¡Hemos hecho pleno!

Él les sonrió desde lejos. Parecía estar tan contento como ellas.

—¡Esto hay que celebrarlo! —dijo Ángel cuando estuvieron los tres juntos—. ¿Qué os parece si nos reunimos esta noche en mi casa? Mis padres tienen una cena y seguro que vuelven tardísimo.

—¡Guay! —exclamó Mar—. ¡Nos vamos de fiesta!

—¿Y tú, Isla? ¿Te apuntas? —le preguntó Ángel.

—Cuenta conmigo. Hoy mis padres no pueden decirme que no.

Isla tenía razón. Cuando sus padres vieron su boletín de notas, la llenaron de besos y abrazos. Después de todo lo que había pasado, estaban convencidos de que su hija no habría sido capaz de concentrarse en los exámenes.

Aprovechando la ocasión, ella les pidió permiso para asistir a la pequeña fiesta que había improvisado Ángel. Se mostraron encantados. Parecía que por fin la muchacha había recuperado la alegría y las ganas de vivir.

Aquella noche prometía ser especial. Y no solo por la fiesta en casa de Ángel. En unas horas se produciría un eclipse total. Para una amante de la astronomía, ese acontecimiento era un bello espectáculo cargado de simbología. Selene, la hermosa y pálida diosa de la noche, recorría el cielo en su imponente carro de caballos. Y, una vez en lo más alto, abrazaría a la luna hasta dejarla sumida en la más profunda de las oscuridades. Isla interpretaba el abrazo de la diosa como un acto de amor.

Selene estaba enamorada de Endimión, un pastor condenado a envejecer. Lo había descubierto una noche dormido en una cueva, iluminado solo por la luz de la luna, y ya no pudo apartarlo de sus pensamientos. Zeus le concedió a Endimión la vida eterna para que pudiera amar a Selene hasta el fin de los tiempos, pero con la condición de que debería permanecer toda la noche dormido en un sueño profundo del que solo podría despertar con la luz del día, cuando ya Selene se hubiera retirado del cielo.

Hace muchas noches que Selene necesita mostrar su tristeza por el sueño eterno de su amado y, por esta razón, decide privar al universo del brillo lunar con su abrazo.

Cuando aquella tarde Mar e Isla llegaron a casa de Ángel, descubrieron que su amigo no estaba solo. Lo acompañaba una chica muy guapa, de larga melena rubia a la que calcularon unos diecisiete años. Al verla allí, cómodamente sentada en el sofá del salón, Isla se sintió rara. Le pareció que estaba invadiendo un territorio que le pertenecía. Fue un pensamiento que duró solo un instante. Tan rápido como llegó, lo hizo desaparecer.

—Os presento a Sandra, mi prima. Ha venido a pasar aquí unos días.

«Qué tonta soy», se dijo a sí misma Isla, después de escuchar la presentación de Ángel.

Pasaron los cuatro al comedor. De cena había *pizzas* y aperitivos. Y para beber, cervezas y sangría.

—¡Hoy está prohibido beber agua! —Ángel estaba eufórico.

—Ya me contarás cómo has hecho para traer a casa la bebida sin que se enteraran tus padres —le dijo Mar.

—Tengo mis trucos.

—¡Sííí, no veas qué trucos! —apuntó irónica Sandra—. Me mandó a mí para que comprara las botellas y las escondiera en la mochila.

—¡Serás chivata! ¡No me hagas quedar mal delante de mis amigas!

—Por poco que te conozcan, ya sabrán lo liante que eres —bromeó ella.

Durante la cena, Mar y Sandra se entendieron muy bien, como si se conocieran de toda la vida. No pararon de hablar y hablar, de contar chistes y hacer bromas.

—Está a punto de empezar el eclipse —le dijo Isla a Ángel a eso de las once y media—. Hace más de dos décadas que en esta zona no se divisa un fenómeno así. ¿Te animas a verlo conmigo? ¡No me lo puedo perder por nada del mundo!

Ángel aceptó al momento.

—Espera, que voy a buscar una manta. Ahí afuera debe de hacer muchísimo frío.

Sandra y Mar decidieron quedarse en el salón. Lo del eclipse les parecía genial, pero no estaban dispuestas a renunciar al calorcito de la casa. Además, Mar quería dejarles a ellos dos un momento de verdadera intimidad. Si había algo que realmente pudiera hacerla feliz, sería que Isla y Ángel diesen el paso. Aquella noche del eclipse parecía perfecta para que eso sucediera.

En el jardín, la temperatura no superaba los dos o tres grados. Ángel le echó la manta a Isla por

encima de los hombros. Después se sentaron en un banco de madera. Estaban tan cerca uno del otro que sus cuerpos se rozaban, vibrando de un modo especial.

La diosa Selene cabalgaba sobre la noche al encuentro de la luna.

—Ángel, ¿tu prima es lesbiana?

—Pues no, que yo sepa. ¿Por qué lo dices?

—Por cómo mira a Mar. ¿No te has dado cuenta? Esas cosas se notan.

—¿Y cómo la mira? ¿Como te miro yo a ti?

Los ojos de Ángel resbalaron al interior de Isla y atravesaron varias capas de su piel hasta llegar a la médula. Ella percibió la picadura y se quedó en silencio, sin saber qué contestar.

—Perdona, no quería molestarte —se disculpó él, separándose ligeramente.

—No es necesario que me pidas perdón. ¡Atención! Ahí está la primera fase del eclipse.

Ángel miró al cielo. Una sombra roja empezaba a avanzar, poco a poco, sobre la luna llena.

—En este preciso instante, la Tierra está colocada entre el Sol y la Luna. Por eso se produce el eclipse, en términos técnicos —aclaró Isla.

—Eso podría llevarse también a la vida real. Yo soy el Sol y tú la Luna. Y Júpiter está en medio de los dos. Produciendo un eclipse. Llenándonos de sombras.

—A lo mejor prefieres la versión mitológica. Esa sombra que ves, cuenta la leyenda, que son los delicados brazos de Selene, una diosa enamorada de un mortal.

Isla elevó la mirada al cielo y señaló con el dedo índice de la mano derecha un punto concreto.

—Ahí tienes a Júpiter. Es ese puntito brillante.

—Pues es bien pequeño.

—No te dejes engañar por lo que ves a simple vista. Júpiter es bastante más grande que la Tierra.

Muy despacio, la luna se fue cubriendo de rojo. Cuando solo quedaba un poquito a la vista, Isla se dio cuenta de que Ángel estaba temblando de frío. Estiró la manta y los dos quedaron cobijados bajo ella. Con la mirada perdida en la infinitud del espacio, Isla buscó el carro de Selene entre las estrellas.

—Quisiera que esta noche no se acabase nunca —murmuró Ángel.

Isla le sonrió con dulzura.

—Es mágico, ¿verdad? Dentro de unos minutos la luna estará completamente roja. Tal vez pasen décadas hasta que podamos volver a contemplar algo así.

En aquel momento, Ángel deseó besarla. Su cuerpo se lo estaba pidiendo a gritos. Pero no lo hizo. Ya había cometido ese error con anterioridad y no quería volver a estropearlo todo.

—Ojalá sigamos siendo amigos cuando eso vuelva a suceder. Y ojalá estemos juntos como ahora, para poder verlo una vez más.

En el momento en que la luna se quedó totalmente cubierta por la sombra roja, Isla contuvo la respiración.

«Seguro que Júpiter está ahora mismo pensando en mí», dijo para sí misma.

Minutos después, la luna fue recuperando su estado natural y ellos decidieron regresar a la casa. Entraron en silencio en el salón. Allí, sentadas en el sofá, Sandra y Mar se estaban besando con ternura.

—Hemos llegado en mal momento —susurró Isla al oído de Ángel—. ¿Qué hacemos ahora?

—Ven conmigo —le pidió él, en voz baja.

De puntillas para no hacer ruido, subieron a la habitación de Ángel y allí se sentaron junto a la ventana. Estuvieron un buen rato hablando del instituto, de Sandra y Mar, del amor, de la vida.

—Te dije que Sandra miraba a Mar de una manera especial.

—¡Y también la besaba de una manera especial!

—Me alegro mucho por Mar. Ya era hora de que le pasara algo así.

En algún momento de la noche, una estrella fugaz surcó el cielo.

—¿La has visto? —preguntó Isla, emocionada.

Ángel no parecía muy contento.

—Me ha recordado a una medusa. ¡Aggg!

Isla se echó a reír y él no pudo evitar que aquel sonido tan dulce se le clavase en el pecho.

—¡Ves medusas por todas partes! Menuda imaginación la tuya. Venga, cierra los ojos y pide un deseo.

Los dos permanecieron en silencio junto a la ventana, inmersos en la profundidad de sus pensamientos, pidiendo cada uno su deseo. En ese instante, el carro de Selene atravesó el cielo cabalgando a toda velocidad.

Cuando Isla y Mar pidieron un taxi para regresar a casa, eran las cuatro de la madrugada.

—Nunca olvidaré esta noche —confesó Isla a Ángel en el momento de despedirse.

Le dio un beso en la mejilla y le revolvió el pelo con los dedos.

Él sintió que se derretía de amor al escuchar aquellas palabras y al sentir el contacto de sus labios en la piel.

Escuchad. Podéis ser cualquier cosa que queráis ser. Tened cuidado. Es un hechizo. Es magia. Escuchad las palabras. Podéis ser cualquier cosa, podéis hacer cualquier cosa, podéis ser cualquier cosa, podéis hacer cualquier cosa. Escuchad la magia.

*Yonqui.* MELVIN BURGESS



## Ruinas

Habían pasado ya dos semanas desde el eclipse de luna y seguía sin haber noticias de Carballo. El tiempo avanzaba sin él en una especie de limbo, de calma absoluta. Todo apuntaba a que había dejado el instituto definitivamente. La mente de Isla volvía a esa idea una y otra vez. Hay cosas que acaban convirtiéndose en realidad si las deseas con suficiente fuerza, pensaba, si pones cada uno de tus sentidos y cada átomo de tu cuerpo a su disposición.

Esa mañana, al terminar la clase de Educación Física, el tutor confirmó sus sospechas. Carballo no iba a volver ese curso. Por lo visto, su madre tenía problemas muy serios. Isla sintió un alivio enorme. Acababan de quitarle un peso que ya ni siquiera era consciente de llevar encima. La alegría tan grande que sentía no le permitió reflexionar sobre los verdaderos motivos por los que Carballo abandonaba el instituto.

—¡Se acabó! —dijo muy contenta, mientras abrazaba a Mar.

Pero su amiga no parecía compartir aquella alegría. Una especie de nube gris flotaba sobre ella.

—¿Qué pasa? ¿No te alegras?

Mar la miró con ojos tristes.

—La madre de Carballo es una enferma. No puedo alegrarme de eso. Lo que les pasa es una desgracia, y siento pena por ella, por Marcos y por Emilia.

Isla no comprendía a su amiga. No encontraba sentido a lo que le acababa de decir.

—Siento mucho que esa mujer esté enferma —Isla hablaba con rabia—. ¡Pero no puedo evitar que me haga feliz saber que ese tío no va a volver! Me ha hecho la vida imposible. Después de todo lo que pasó, tú deberías entenderme mejor que nadie.

—Isla, la que no entiende eres tú, pero eso tiene fácil solución —le dijo—. Creo que ha llegado el momento. Hay un lugar que quiero enseñarte. ¿Quedamos esta tarde?

—No comprendo nada —rezongó Isla—. ¿Ha llegado el momento de qué? ¿A dónde dices que me quieres llevar?

—Tendrás que esperar unas horas.

Mar no quiso darle ningún detalle más. Aquella tarde pasó a recoger a su amiga. Fueron andando hasta la parada del autobús y cogieron el 31. Era la primera vez que Isla se subía en aquella línea. De vez en cuando no venía mal dejarse sorprender.

Se apearon después de casi cuarenta minutos de trayecto. Habían llegado a los arrabales de la ciudad, una zona de Región muy diferente de los barrios en los que ellas vivían. Aquel era un lugar triste y siniestro, cerrado en el interior de una burbuja de abandono.

Acababan de entrar en el hogar de la ruina. A un lado y otro de la calle, había viviendas sociales bastante deterioradas. Un par de perros con aspecto de abandonados cruzaron la calzada y se sentaron a la puerta de un bar. En cuestión de segundos, el dueño del local, un hombre de dimensiones tan desproporcionadas como sus modales, salió y espantó a los animales a golpes de escoba y gritos.

—Este sitio me horroriza. ¿Por qué me has traído aquí? —preguntó Isla.

—Porque quiero que veas algo. No te preocupes que enseguida nos iremos. A mí tampoco me gusta este lugar.

Mar la llevó hasta un bloque de viviendas. Atravesaron un patio sombrío y fueron a dar a una especie de solar cubierto de malas hierbas.

—¡Aquí huele fatal... como a orines! —protestó Isla.

Estaba deseando marcharse de allí. Se notaba a la legua.

—En este lugar, el olor desagradable es un mal menor. Tranquila que ya hemos llegado.

Entonces, Mar hizo un gesto con la cabeza señalando una casa vieja y medio derruida. Por el hueco de la ventana salían hierbas y tojos, y el tejado sobrevivía a duras penas, con un agujero considerable que le daba aspecto de total inestabilidad.

—¿Ves esa casa? Aunque te parezca increíble, ahí dentro vive una especie de comunidad.

En ese momento, del interior de aquella casa salió un hombre que debía de andar por la cuarentena y caminaba vacilante haciendo eses. Iba sin afeitado y mal vestido, con la ropa tan deteriorada como su propio cuerpo.

—Una comunidad de yonquis, quieres decir —comentó Isla sin poder apartar la vista de aquel hombre.

—Ese tipo es colega de la madre de Carballo. Se llama Silvio. Se enganchó a la droga después de la muerte de su hermano en un accidente de coche. Lo conozco porque era vecino de mi barrio.

Isla empezaba a comprender.

—Pero no es el único que vive en esa casa, entre las ratas. Carballo ha tenido que sacar a su madre de este sitio en más de una ocasión. Y te aseguro que lo que vio ahí dentro no fue nada agradable.

—No sabía nada de esto —murmuró.

—No te he traído aquí para que te sientas mal. Pero creo que ya es hora de que conozcas la historia de Marcos y de su madre.

—Es drogadicta —afirmó Isla.

—Es drogadicta, padece hepatitis y Marcos tiene la seguridad de que se ha prostituido en más de una ocasión.

—¿Vive ahí?

—Por temporadas. Ya te puedes imaginar que eso no es precisamente un hogar estable.

De repente, a Isla le faltaba el aire. Aquel sitio era una bomba asfixiante, no quería seguir allí ni un segundo más.

—¿Podemos volver ya? —le sudaban las manos—. Creo que no debemos continuar aquí.

Durante el trayecto de vuelta, Mar percibió que su amiga estaba distante. Y, en cierto modo, se sintió responsable.

—¿Entiendes ahora por qué no me alegra saber que Marcos no va a volver al instituto?

Isla asintió.

—Su madre hace tiempo que está muy mal. Yo conozco historias que te pondrían los pelos de punta. Ya sé que todo esto no justifica su comportamiento. Marcos es un cabrón y punto. Pero la verdad es que no ha tenido una vida fácil.

—¿Y tú cómo sabes estas cosas?

Mar tardó en contestar. Dedicó unos segundos a meditar las consecuencias de su respuesta.

—Conozco a Carballo desde hace muchos años —dijo por fin, sin entrar en detalles.

—Ya veo que no quieres hablar del asunto —repuso Isla.

—Tal vez en otra ocasión. —Mar parecía distante.

El resto del trayecto hasta que se apearon del autobús, las dos permanecieron en silencio, cada una con sus pensamientos.

Mar acompañó a Isla hasta la puerta de su casa. A pesar de que todo había vuelto a la normalidad y de que no era probable que Carballo anduviera por allí, no quería dejarla sola.

Todavía era temprano, y por aquellas fechas el sol ya empezaba a calentar. Por eso decidieron quedarse a charlar un rato, sentadas en un banco de piedra.

—El próximo mes vienen los Stars a dar un concierto —comentó Mar—. ¿Y a que no sabes quién quiere venir a escucharlos en directo?

Isla negó con la cabeza.

—¡Sandra!

—¿En serio? ¡Tía! Qué guay, ¿no?

—Me lo dijo ayer por la noche. Estuvimos chateando hasta las tantas.

—Y eso que hasta hace poco tú eras la que decías que las relaciones por Internet no podían ser serias...

—Isla, tienes que reconocer que esto no es como lo tuyo con Júpiter. Yo he visto a Sandra, la he tocado, he hablado con ella cara a cara. ¡No hay ni punto de comparación!

Isla no creía que hubiera tanta diferencia. Desde la noche del eclipse, Mar no había vuelto a ver a Sandra. Se comunicaban por el chat y se mandaban algún que otro wasap. En su opinión, venía a ser el mismo tipo de relación que el que ella tenía con Júpiter. Pero prefirió callarse su punto de vista. No le apetecía volver a discutir una vez más sobre ese tema.

—¿Te apuntas al concierto? He pensado decírselo también a Ángel.

—Los Stars me molan —reconoció—. Y yo también tengo ganas de volver a ver a Sandra.

—¡Pues ya está! Yo me encargo de las entradas.

—Ojalá pudiera venir Júpiter. A él también le flipan los Stars. Tiene el último disco firmado por ellos.

—¿Y por qué no lo invitas? A lo mejor acepta y te llevas una sorpresa.

—No quiero forzar las cosas. Además, ya falta menos para San Juan.

—¿Sigue en pie lo de conoceros ese día?

—¡Claro! Me lo ha prometido. El veinticuatro de junio estará aquí. ¿Y tú cómo llevas lo de Sandra?

Mar suspiró y se acomodó sobre el respaldo del banco.

—Me gusta mucho. ¡Creo que estoy pillada! Nunca he tenido fe en las relaciones a distancia, pero esta es diferente. Tengo ganas de dejarme llevar y ver a dónde me conduce todo esto.

Isla tenía la sensación de que las frases de Mar resumían lo que ella misma estaba viviendo con Júpiter.

—Entiendo lo que dices. El amor es así.

—¿Te imaginas que acabarás enamorándote de Ángel? ¡Sería una pasada!

En ese momento, Isla estuvo a punto de confesar que ya había soñado con eso en más de una ocasión. Pero prefirió callarse y dejar ese secreto bien guardado en su interior.

Ain't it funny how we pretend we're still child.  
Softly stolen under our blanked skies.  
And rescue me from me and all that I believe.

I won't deny the pain,  
I won't deny the change.  
And should I fall from grace here with you.  
Will you leave me too?

*Galápagos.* THE SMASHING PUMPKINS

## Stars

La vida fue transcurriendo con normalidad hasta la noche del concierto de los Stars. A pesar de sentir lo que le pasaba a la madre de Carballo, el hecho de que él no hubiera vuelto al instituto supuso un punto de inflexión en la vida de Isla, que consiguió recuperar la seguridad en sí misma y dejó de vivir en estado de permanente tensión. Su vida era ahora una balsa de aceite. Los días en Región habían adquirido la temperatura perfecta.

A medida que avanzaban las semanas, también se fortalecía la unión con Mar y Ángel. Los tres se habían hecho inseparables. Compartían preocupaciones, planes de futuro, confidencias. Eran casi como hermanos. Excepto por un tema que seguía preocupando a Isla. Cada vez que ella comentaba lo cerca que estaba ya la noche de San Juan, Ángel parecía entristecerse y caer en una inmensa apatía. Con él no podía hablar de Júpiter.

—Por nada del mundo quiero hacerle daño —le dijo a Mar aquella tarde.

—Isla, ¿puedo ser sincera contigo?

—¡Claro! Somos amigas, ¿no?

—A veces da la impresión de que te gusta Ángel. No lo tratas como a un amigo más. Imagino que eso a él le da esperanzas.

—¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Medir cada palabra que digo? ¿Distanciarme de él?

Aquel tema cabreaba mucho a Mar, porque estaba segura de que Isla también percibía que Ángel albergaba ilusiones, y las alimentaba conscientemente. En el fondo, necesitaba tenerlo junto a ella.

—Venga, no le des más vueltas —cortó Mar evitando la discusión—. Hoy vamos a pasarlo bien, ¿vale? ¡Fuera penas y comeduras de coco!

—Tienes razón. ¡Vienen los Stars! No es día para andarse con bobadas. ¿Y tú? ¿Estás nerviosa por Sandra? —le preguntó.

—¡Como un flan!

Isla la abrazó.

«Así estaré yo dentro de poco, cuando venga Júpiter», pensó.

Habían quedado con Ángel y Sandra a las ocho de la tarde, en la entrada del parque de Región. El concierto empezaba a las diez, pero querían ir temprano para coger un buen sitio. Cientos de adolescentes llevaban horas haciendo cola. Tenían que apresurarse para poder instalarse en las primeras filas.

Compraron la cena en el Prada, un bar con fama de hacer los mejores bocadillos del lugar. La dueña era una señora que siempre estaba de buen humor. Daba gusto gastarse allí el dinero.

El autobús número 11 dejó a las dos amigas muy cerca del parque.

—¡Allí están! —gritó Mar en cuanto vio a Ángel y Sandra.

Primero se abrazaron ellas dos. Y después los cuatro a la vez.

—¡Qué ganas teníamos de verte! —le dijo Isla.

Sandra parecía feliz.

—¡Y yo a vosotras! Estoy intentando convencer a mis padres para que el próximo curso me

dejen matricularme en vuestro instituto.

—¿En serio? —preguntó Mar—. ¡Qué calladito te lo tenías!

—Quería darte una sorpresa. Es que donde yo estudio no hay la especialidad que quiero cursar, y en el vuestro sí. Pero aún no sé si mis padres cederán.

Entraron en el recinto y se fueron abriendo paso hasta las primeras filas, fingiendo que buscaban a alguien entre la multitud. Cuando encontraron sitio, se comieron los bocadillos y pusieron a Sandra al día sobre todo lo que había pasado las últimas semanas.

Tanto Mar como Sandra estaban contentísimas, se notaba que hacía tiempo que tenían ganas de verse.

A las diez en punto, el escenario se llenó de luces de colores. Minutos después, el cantante de los Stars apareció entre una nube de humo blanco. El público empezó a gritar enloquecido.

—¡Justin! —gritó Mar hablando para el escenario—. ¡Por ti me vuelvo hetero!

Sandra casi se cae de espaldas con la risa.

—Están contentísimas —le dijo Ángel a Isla—. Da gusto verlas tan felices.

Isla sintió una punzada de envidia. Se alegraba mucho por sus amigas, pero al mismo tiempo no podía dejar de pensar que ella también merecía esa misma felicidad.

Durante el concierto lo pasaron de maravilla. Cantaron, saltaron, se abrazaron, batieron palmas. Estaban eufóricos.

—*And now it's a special moment.*

Justin Space, el cantante de los Stars, se acercó al borde del escenario. Un foco de luz azul lo iluminaba por completo cubriéndolo con un halo de melancolía infinita. Había llegado el momento de la última canción.

—*I want to dedicate this song to a very special girl.*

Todo el público estaba en silencio, conteniendo la respiración. Miles de ojos permanecían enganchados al escenario.

—Mar, *this song is for you.*

El guitarrista empezó a tocar los acordes de la balada favorita de Mar.

—¡Maaaar! —gritó Isla, alucinada—. ¡Acaba de dedicarte una canción! ¡Reacciona, tía!

Isla empezó a zarandear a su amiga, que parecía estar en estado catatónico.

—¡Qué fuerteeeee! —dijo Sandra—. ¡Yo le escribí una carta a Justin pidiéndole que le dedicara una canción a Mar! ¡Pero nunca pensé que me haría caso!

Sandra y Mar se cogieron de la mano. Entonces, de repente, toda la gente que las rodeaba desapareció, se evaporó en el aire y viajó a otra dimensión. Y ellas volaron hasta el cielo. Lo mismo que Perseo cuando se elevó en el aire con sus sandalias aladas justo antes de cortarle la cabeza a Medusa. Estaban solas en medio de aquel parque, envueltas entre las notas de la canción. Empezaron a besarse con pasión y a bailar como si fuera su última noche sobre la tierra.

Isla se estremeció. Cerró los ojos y pudo ver la cabeza de Medusa justo antes de ser seccionada, y al caballo Pegaso surgiendo del cuello de la sacerdotisa.

—Mi prima es única —le susurró Ángel al oído—. Las dos hacen una pareja preciosa, ¿no te parece?

—Son una pareja perfecta —admitió ella.

Entonces Ángel le pasó un brazo por encima de los hombros y empezaron a moverse de un lado a otro, dejándose mecer por la magia de la canción. Cuando terminó la música, él la agarró por la

cintura y le dio un beso en la frente. Todo lo que sentía por Isla estaba condensado en sus labios. Cerró los ojos dispuesto a seguir besándola mientras el público pedía otra canción, pero entonces ella levantó la mirada y la dejó clavada en un sitio concreto entre la gente.

—¡Júpiter! —se puso a gritar—. ¡Júpiter!

Ángel se separó de golpe.

—¡Mar!, mira ese chico del fondo. ¡Es él!

Entonces Mar también lo vio.

—¡Sí, tía! Parece el Júpiter de la foto que tienes en el ordenador.

Isla no se lo pensó dos veces. Intentó hacerse un hueco caminando entre la multitud mientras llamaba a Júpiter una y otra vez. Pero el chico ya había empezado a moverse en dirección a la salida, y a ella le era casi imposible avanzar.

—¡Júúúúpiter! —gritaba sin parar una y otra vez, al borde de la desesperación.

Pero con aquel jaleo era imposible que se escuchase su voz.

Cuando comprendió que no podría alcanzarlo, sus ojos se llenaron de lágrimas de impotencia.

—A lo mejor no era él, Isla. No te disgustes —trató de animarla Mar.

—¡Pero tú también lo has visto! Era idéntico a la foto.

Salieron del recinto arrastrados por la multitud y fueron a sentarse en un banco del parque, al pie de una magnolia centenaria repleta de flores que desprendían un exótico aroma.

—¡Hace una noche estupenda! —comentó Sandra.

—Hacia una noche estupenda —la corrigió Ángel, cabreado—. Hasta que Isla creyó ver a ese tío.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó—. Habla claro, hombre, no te cortes.

—Que parece que toda tu vida gira alrededor de ese tal Júpiter. Y yo ya empiezo a estar harto. Si era él, tú eres una boba.

—Ángel, tranquilo —le pidió Mar pasándole una mano por la espalda.

—¡Es cierto! ¿El tipo viene aquí y no la avisa? Eso es que le está tomando el pelo. ¡Y a ella parece que no le importa!

Isla no podía creer que Ángel le estuviera diciendo aquellas cosas.

—¡A lo mejor no era él! —gritó indignada.

—Entonces tienes un problema, tía —le contestó Ángel muy serio—. No puede ser bueno tener a un desconocido todo el puto día metido en la cabeza. Y ya no te digo creer verlo hasta en los conciertos, y echarse a llorar por él como una tonta. ¡Estás fatal!

—¡Tú no entiendes nada!

—¡La que no entiende nada eres tú, que vives en una nube! Cuando te caigas de ahí arriba, te vas a llevar un buen golpe. Y yo no pienso estar allí para limpiarte las heridas.

—Pues si no estás a gusto conmigo, ya sabes lo que tienes que hacer.

Entonces Ángel se levantó del banco.

—Ya he tenido bastante por esta noche —dijo—. Seguid vosotras la fiesta. Yo he perdido el humor.

Se echó a andar sin rumbo y sin esperar por nadie. Necesitaba estar solo para intentar poner un poco de orden en su cabeza. Y también en su corazón.

Cuando te levantas y el mundo entero está helado, y todos los árboles del mundo helados, y todas las ramas de todos los árboles del mundo heladas.

Millones de agujas de hielo que tejen la gélida manta bajo la que después...

*Tierras de cristal.* ALESSANDRO BARICCO



## Círculo Polar Ártico

Durante días y días, Isla y Ángel no se dirigieron la palabra. De ser inseparables pasaron a comportarse como perfectos desconocidos. Ninguno de los dos estaba a gusto con aquella situación, pero tampoco hacían nada para ponerle remedio. La noche del concierto se habían dicho cosas que no estaban dispuestos a perdonar. Por lo menos de momento. Se cruzaban en el instituto y torcían la cara; en el recreo cada uno iba por un lado distinto; se evitaban a la salida de las clases. Mar se sentía muy incómoda. No era agradable estar en medio de los dos.

Unos días antes de la fiesta de San Juan, Isla le pidió a su amiga que la acompañase al centro. Se había empeñado en comprar un colgante en una joyería para regalárselo a Júpiter la madrugada del 24. Necesitaba ayuda para elegirlo.

Mientras caminaban por las calles del centro, Mar intentó hacerla entrar en razón.

—¿Hasta cuándo vais a seguir comportándoos como niños?

—Yo no tengo nada más que hablar con él. La noche del concierto ya nos dijimos todo lo que teníamos que decirnos.

—Isla, ¿por qué no dejas a un lado tu orgullo e intentas hacer las paces?

—¿Porque no me apetece!

—Sois los dos tal para cual. ¿Sabes qué te digo? Que paso de vosotros. Estoy harta de tanta estupidez.

Entraron en la joyería. Isla no tardó ni medio minuto en decidirse. En uno de los expositores había un colgante muy bonito en forma de medusa. En cuanto lo vio, supo que era perfecto para Júpiter.

—Si lo ve Ángel, le da un ataque —comentó Mar.

A Isla le importaba muy poco lo que Ángel pensara o dejara de pensar.

—Pues a mí me parece precioso.

Mientras la dependienta envolvía el colgante, el móvil de Mar empezó a sonar con una canción de los Stars.

—Es mi madre —dijo mientras pulsaba la tecla de contestar.

A medida que hablaba, la expresión de Mar se iba volviendo más y más oscura. Isla supo enseguida que algo no iba bien. Solo había que mirar a la cara de su amiga para darse cuenta.

—La madre de Marcos Carballo —murmuró nada más colgar—. Ha muerto hace unas horas.

Un trallazo de frío atravesó a Isla y se quedó instalado en sus costillas.

—Tengo que ir al tanatorio —continuó Mar—. Aunque ahora no me lleve bien con Marcos, hubo un tiempo en que las cosas fueron distintas. Solo por eso debo estar allí.

—Yo te acompañaría, pero no creo que sea buena idea.

—No te preocupes. Esto es algo que he de hacer yo sola.

Salieron de la joyería y caminaron en silencio hasta la parada del autobús. De repente todo había cambiado. De un momento para otro, el mundo se había vuelto un poco más gris.


Isla se despidió de su amiga con una extraña sensación. Era como si el oxígeno a su alrededor estuviera de pronto mezclado con el vacío. Y respirar eso no podía ser bueno.


No soportaba a Carballo. Incluso alguna vez había llegado a pensar que lo odiaba con todas sus fuerzas. Pero, en aquellos momentos, todo eso ya no tenía importancia. Lo único en lo que podía pensar era en la enorme tristeza que él debía de estar sintiendo.

Levantó la mano para despedirse de Mar, que la miraba con ojos llorosos a través de la ventanilla del autobús. Después echó a andar hacia su casa. No le vendría mal dar un paseo. Tal vez la brisa del mar ayudaría a que se disipase aquella extraña sensación. Pero no fue así. No logró sacársela de encima hasta que se hizo de noche y se encontró con Júpiter al otro lado de la pantalla de su ordenador.

**Júpiter:** ¿Casiopea?

**Casiopea:** Aquí estoy.

**Júpiter:** ¿Te das cuenta de que por fin vamos a conocernos? No te imaginas las ganas que tengo de que llegue el día 24. 


**Casiopea:** ¡Será justo después del solsticio de verano! 

**Júpiter:** En el Círculo Polar Ártico, el día del solsticio de verano tiene 24 horas de luz.

**Casiopea:** Y en el día del solsticio de invierno, 24 horas de sombra. ¿Tú qué prefieres? ¿Sol o sombra?

**Júpiter:** 

**Casiopea:** Venga, no vale pensarlo tanto. Es muy sencillo: ¿sol o sombra?



**Júpiter:** 

**Casiopea:** Entonces tendremos que viajar al Círculo Polar en verano.


**Júpiter:** Casiopea, ¿tú confías en mí?

**Casiopea:** ¡Claro! ¿Por qué no habría de confiar?

**Júpiter:** El otro día, cuando me preguntaste si era yo el que estaba en el concierto de los Stars, me dio la impresión de que desconfiabas...

**Casiopea:** Es que aquel chico se parecía tanto a ti que por un momento pensé  que habías ido al concierto y no me habías avisado. 

**Júpiter:** Si supieras las ganas que tengo de verte no pensarías así. Necesito estar contigo, saber que eres de verdad. Tocarte, acariciarte... besarte.

**Casiopea:**  Yo siento lo mismo. Me paso los días esperando que llegue la noche para poder estar contigo. Y ahora, por fin, vamos a encontrarnos en el mundo real. ¡Parece un sueño!

**Júpiter:** Para mí también este mundo que compartimos es real. Lo que vivimos a través del chat es auténtico. No lo olvides nunca.

**Casiopea:** Tengo miedo de que las cosas cambien en cuanto me veas. Miedo de no ser como tú me imaginas.

**Júpiter:** ¿Quieres que te confiese una cosa? Yo también tengo los mismos miedos. Pero no va a

pasar nada de eso. Estoy seguro de que todo será exactamente como lo he imaginado.

**Casiopea:** ¿¿??

**Júpiter:** Tengo una sorpresa para ti. Pero tendrás que esperar unos días. ¡Hasta entonces, soy una tumba!



**Casiopea:** ¡Yo también tengo una sorpresa para ti!

**Júpiter:** 😊 ¡Va a ser una noche muy especial!



**Casiopea:** ¿Dónde nos encontraremos?

**Júpiter:** Estaré dentro de la cervecería que hay al final del paseo marítimo a las 00:30 en punto.

**Casiopea:** ¿Dentro? ¿Pero cómo vas a hacer para entrar?

**Júpiter:** Tú déjame hacer a mí. Todo forma parte de la sorpresa que quiero darte. En la madrugada del 24 lo comprenderás. Cuando llegues allí, da tres golpes lentos en la puerta. Después, cuenta hasta diez y da otros tres golpes rápidos. Así sabré que eres tú.

**Casiopea:** Estoy nerviosa...

**Júpiter:** Yo también, Casiopea. ¡Me muero con las ganas de abrazarte!

**Casiopea:** Ya no falta casi nada, Júpiter. Te quiero...

**Júpiter:** Nos vemos en tus sueños. 😴



Isla se disponía a apagar el ordenador cuando, en ese mismo momento, le llegó un wasap de Mar:

*Fatal en el tanatorio. Emilia no apareció por allí. Carballo no sabe dónde está. Estaba deshecho. Besos.*

Aquella noche Isla no pudo conciliar el sueño hasta bien entrada la madrugada. Estuvo horas con el telescopio paseando por la galaxia de la Osa Mayor. Se imaginó cómo sería viajar al Ártico y tener la oportunidad de presenciar el llamado sol de medianoche cogida de la mano de Júpiter.

Se quedó dormida muy tarde y pasó el resto de la noche soñando con las estrellas de la noche de San Juan.

David cogió el escarabajo del tablero de ajedrez, lo levantó con cuidado, fue hacia la ventana y lo dejó levantar el vuelo y sumergirse en el atardecer.

*Los escarabajos vuelan al atardecer.* MARÍA GRIPE

## Rituales

Unos rayos de sol que se filtraban por los resquicios de la persiana fueron a acariciar los párpados de Isla. Aquel calorcito de primera hora de la mañana hizo que se despertara de buen humor.

«Ha llegado el gran día», pensó mientras se desperezaba.

Se levantó de un salto y abrió la ventana. La brisa de Región llevó hasta ella el olor del océano. Aquel aroma le recordó a Ángel. Cuánto lo echaba de menos. Durante los últimos días, varias veces había estado a punto de llamarlo. Especialmente el día anterior, después de la conversación con Mar. Por lo visto, él ya tenía tomada la decisión de no acudir a la fiesta de la playa. Isla no podía entenderlo. Se habían pasado todo el curso esperando ese momento.

—¿A ti qué te parece? Yo creo que no quiere verte con Júpiter. Y no me extraña. Es buen chico, pero no tonto.

—La noche no será lo mismo sin él.

A Isla se le escapó ese pensamiento sin querer, y se sintió tristísima. De repente tenía la sensación de que estaba a punto de perder a una de las personas más importantes de su vida.

—Vale, tú ganas —se dijo a sí misma.

Cogió su móvil, se sentó en el borde de la cama y le escribió a Ángel:

*Hola. ¿Hacemos las paces? No quiero seguir enfadada contigo. Te echo de menos. Besos.*

Después encendió el portátil, se conectó a Internet y escribió en el buscador: *Rituales de la noche de San Juan*. Quería vivir a tope aquella noche. ¿Qué era una velada como aquella sin ritual?

El buscador le ofreció innumerables posibilidades que tuvieron a Isla absorbida toda la mañana: ritual del amor eterno, de la noche perfecta, de la suerte, del verano romántico, del futuro en las claras de huevo...

—¡Este es el mío! —dijo contenta.

Leyó aquel texto con atención:

*Si deseas conocer tu futuro, aprovecha la noche mágica de San Juan. Echa tres claras de huevo en un vaso de cristal. Pon el vaso bajo la luz de la luna antes de las doce y déjalo reposar toda la noche. A la mañana siguiente, entre las claras de los huevos descubrirás las imágenes de tu futuro.*

Durante la comida, no dejó de darle vueltas a aquello. Pondría el vaso en el alféizar de la ventana de su cuarto antes de salir para la playa. Su madre ni se enteraría de que le faltaban tres huevos de la nevera.

—Pareces nerviosa, hija —le dijo su padre durante el postre—. ¿Es porque han terminado las clases?

En ese momento pensó qué pasaría si les confesaba a sus padres que aquella noche iba a

conocer a Júpiter. Lo más probable es que le prohibieran ir a la fiesta. Los padres suelen ser demasiado protectores. Y a los suyos no les haría ni pizca de gracia conocer la historia cibernética. Así que descartó la idea. Ya habían tenido bastante con todo lo pasado durante el curso.

—Porque terminan las clases, porque llega el verano, por la fiesta de esta noche... ¡Un poco de todo! —disimuló.

Mientras hablaba, notó un cosquilleo revoloteando en su estómago.

Ángel no contestó al wasap hasta bien entrada la tarde. Ella pensó que estaba haciéndola rabiar, que quería darle una lección. Se equivocaba. La realidad era que el muchacho, por más vueltas que le daba, no conseguía encontrar la respuesta. Lo mismo que le sucedía a Isla, también él tenía la sensación de estar terminando un ciclo y de que las cosas jamás volverían a ser igual entre ellos. Y no podía hacer nada para modificar lo que estaba pasando. Finalmente, cuando tuvo claro qué quería decir, cogió el teléfono y escribió:

*Yo tampoco quiero seguir enfadado. ¿Quedamos un día para hablar? Pásatelo bien esta noche en la fiesta. Yo no voy a ir. Besos.*

Aquella respuesta no acabó de convencer a Isla. Esperaba otra cosa.

—¿Otra cosa? —le preguntó Mar al anochecer, cuando las dos se disponían a salir hacia la playa—. ¿Qué esperabas? Ángel está loco por ti, Isla. ¡Completamente loco! Si fuera a la fiesta sería un masoca.

Antes de salir de casa, Isla le enseñó a su amiga el vaso con las claras de huevo. Lo tenía preparado desde media tarde.

—¡Flipo contigo! ¿De verdad crees en estas cosas?

—¡Claro! ¿Tú no?

—¡Pffff! Paso de esas movidas, tía. Me dan *yuyu*.

Isla dejó el vaso en el alféizar, recogió el colgante de medusa que estaba sobre la mesilla de noche y las dos amigas salieron de casa para ir andando hasta la parada del autobús. Isla se prometió a sí misma no volver a pensar en Ángel en toda la noche. A partir de ese instante, en su cabeza solo podía haber lugar para una persona: Júpiter.

La noche de San Juan era muy especial en Región. La gente se pasaba días preparando hogueras enormes, sobre todo en las playas y en los descampados. Era una de las fiestas grandes del año. Los estudiantes la vivían con especial intensidad porque significaba la llegada del verano y el final de las clases. Y eso era algo que había que celebrar. Casi siempre acababan durmiendo al raso, sobre la arena de la playa.

Cuando llegaron al lugar de la fiesta, se encontraron con que ya estaban allí un montón de compañeros del instituto.

—¿Aquel no es Carballo? —preguntó Mar señalando hacia un grupo de chicos.

—Sí, es él. Creí que no vendría después de lo de su madre —comentó Isla con un aire de preocupación que Mar detectó al instante.

—¿Tienes miedo de que pueda echarte a perder la noche?

—Eso no entra en mis planes. Además, estando contigo ni él ni sus colegas se atreverán a nada.

A ti te respetan.

—No se trata de respeto, Isla.

—Me da igual de lo que se trate. Hoy todo tiene que ser perfecto. Eso es lo único que importa.

La impaciencia de Isla fue creciendo más y más a medida que pasaban las horas. Intentaba prestar atención a las conversaciones que había a su alrededor, reírse con los chistes, hacer bromas con el resto de los compañeros. Pero no le resultaba fácil dejar de pensar en Júpiter.

Cuando a las doce de la noche prendieron fuego a las hogueras, se estremeció.

«Ya no hay vuelta atrás», pensó.

Minutos después, Mar la agarró de la mano y le dio un cálido abrazo.

—No sé qué habría sido de mí si no te hubiera encontrado —le dijo Isla.

Sus palabras eran sinceras.

—Eres mi mejor amiga. —Mar también quería sincerarse—. Este curso han pasado muchas cosas. Unas buenas y otras no tanto. Pero hay algo que tengo muy claro y es que eres una tía que merece la pena.

Se echaron a andar hacia la cervecería. Para no perder tiempo, atajaron por una calita que había al final del paseo marítimo. Desde allí, unas escaleras de piedra permitían el acceso al paseo.

El mar estaba embravecido aquella noche. Olas de varios metros subían y bajaban, chocando con fuerza contra el seno del océano para después lamer la arena con su espuma blanca.

—Hay algo a lo que le he estado dando vueltas —comentó Mar—. ¿Cómo es que Júpiter tiene llaves de la cervecería? ¿No te parece raro?

—Ha dicho que hoy me lo explicará todo.

Mar torció la boca en un gesto de desagrado.

—¡Venga, no pongas esa cara! Júpiter no es ningún psicópata de película de terror. Es un chico normal y corriente, como nosotras.

—Por tu bien, espero que sea así.

Se despidieron a pocos metros de la cervecería, dándose un cálido abrazo.

—Recuerda que me quedaré un rato por aquí, esperando por si me necesitas —le dijo Mar.

Isla sonrió y a continuación llamó a la puerta, convencida de que su vida estaba a punto de cambiar para siempre.

La muchacha se quedó inmóvil, serena, solo perpleja porque no sentía ninguna sorpresa, era como si lo hubiera sabido desde el primer día y no quisiera decirlo en voz alta por ser un secreto que no le pertenecía.

*Ensayo sobre la ceguera. J. SARAMAGO*



## Oscuridades

La puerta de la cervecería se abrió ante ella como una boca oscura de bordes afilados. Dentro no había ni una sola rendija de luz. Un aire pesado y desagradable contribuía a hacer más sombría aquella atmósfera.

Isla dio tan solo un par de pasos sin decidirse a avanzar más.

—¿Júpiter?

Recibió un silencio incómodo como respuesta.

—¿Júpiter, estás aquí?

Entonces, unas manos de tacto áspero le cubrieron los ojos. Por un momento se trasladó a un lugar impreciso de su infancia, recordó que, siendo niña, solía participar en ese mismo juego. Alguien aparecía por detrás, te tapaba los ojos y luego preguntaba con voz inocente: ¿quién soy?

Volvió a la realidad de la cervecería cuando la puerta se cerró con un golpe seco.

—Venga, que ya no tenemos edad para este juego —protestó algo nerviosa.

—Tus deseos son órdenes —le contestó una voz masculina que poco tenía que ver con la de un adolescente enamorado.

Él retiró las manos de los ojos de Isla y encendió la luz. En cuanto ella vio su cara, quiso desaparecer. Huir de la cervecería, de Región, del mundo de fantasía que había ido construyendo día a día con aquel extraño. Pero ya no podía. Era demasiado tarde.

Isla no podía hablar. Desde que se encendió la luz había estado buscando las palabras adecuadas. Pero no supo encontrarlas y acabó diciendo lo primero que se le pasó por la cabeza.

—¡Tú no eres Júpiter!

Miró a su alrededor buscando al verdadero Júpiter, intentaba convencerse de que todo aquello era solo una broma de mal gusto y que él estaría escondido en algún rincón de aquel lugar viejo y destartado.

Cuando comprendió que allí no había nadie más, dio unos pasos hacia atrás en un intento de poner distancia entre ella y aquel desconocido, y pisó cristales rotos. Había muchos tirados por el suelo.

Olía a cerrado, a humedad. Olía a tragedia.

—Casiopea, hace meses que espero este momento. Por fin estás aquí. —Las palabras del hombre estaban llenas de emoción—. ¡Eres exactamente como yo había imaginado!

Sus ojos brillaban como los anillos de Saturno.

Se acercó lentamente. Llevaba ropa pasada de moda y tenía unas entradas muy pronunciadas. Isla calculó que debía andar por los treinta y tantos años. Mientras le fue posible, la muchacha continuó reculando, en su obsesión por permanecer lo más alejada posible de aquel hombre. Por fin, su espalda tropezó contra la antigua barra de la cervecería, donde en un pasado distante se habían servido cientos de bebidas.

—No tengas miedo, por favor. Solo quiero hablar contigo, nada más.

Él extendió una mano y le acarició la cara. Isla no se atrevió a mover ni un músculo.

—Eres preciosa, Casiopea. Preciosa de verdad. Por fin ha llegado el momento de que estemos

juntos.

Sin prestar atención a las palabras del desconocido, Isla echó una mirada rápida a su alrededor. Sobre la barra había varias botellas de cristal y algunos vasos. Pensó que todo debía de estar exactamente como el día en que apareció muerta la dueña de la cervecería.

«Venga, Isla, piensa rápido».

—Quiero irme —dijo intentando que no le temblara la voz—. No estoy cómoda con esta situación.

—¡Pero si acabas de llegar! ¿Qué pasa? ¿Tienes miedo?

—Estoy incómoda. Acabo de decírtelo.

Su tono era seco, cortante incluso.

—¿No te gusta este lugar? Está un poco destartado, pero es un sitio especial. A mí me trae muchos recuerdos.

—Ha sido un error venir aquí —contestó ella con decisión.

—No entiendo cómo puedes decir eso, después de lo que hemos compartido todo este tiempo.

—¡Has estado engañándome todos estos meses! —le contestó ella llena de ira—. Yo pensaba que tenías mi edad. ¡Me dijiste que ibas al instituto!

—Casiopea —dijo él con fingida ternura—, no me hables con tanto resentimiento. Si te hubiera confesado los años que en realidad tengo, no habrías querido saber nada de mí. Ha sido una mentira sin importancia.

—Para mí sí que la tiene. Ya no confío en ti. Todo lo que nos unía ha resultado una farsa.

Hizo amago de echar a andar, pero él la retuvo sujetándola por un brazo.

—Tú no vas a ninguna parte. ¿Me has oído bien? ¡A ninguna parte! Hace demasiado tiempo que estoy esperando esto.

Ella lo miró a los ojos:

—¿Qué quieres de mí? —Esta vez sí le tembló la voz.

Júpiter esbozó una extraña sonrisa antes de contestar.

—Tengo preparado para ti algo muy especial.

Gotitas de sudor empezaron a resbalar por la frente de Isla. Aquel hombre no estaba bien de la cabeza. Era necesario salir de allí lo antes posible. Su padre le había dicho cientos de veces que debía atacar antes de ser atacada, que eso podía librarla de un susto mayor. Con aquel consejo laténdole en las sienes, estiró un brazo y agarró una de las botellas que estaban sobre la barra. Con un movimiento rápido intentó golpear la cabeza del desconocido. Pero él paró el golpe, agarró el brazo de Isla y lo retorció hasta ponérselo a la espalda.

Isla abrió la boca para gritar con todas sus fuerzas el nombre de Mar. No tuvo tiempo. Él le dio un golpe tremendo en la cara con el puño cerrado.

Todo empezó a dar vueltas, a girar a su alrededor como una noria enloquecida.

Luego sintió otro golpe en la cabeza y se hizo la oscuridad.

—Los minutos se hacen eternos —dijo Mar en voz alta, con impaciencia.

Estaba esperando que Isla le hiciera la llamada perdida que habían acordado, y el tiempo parecía no pasar.

—¿Hablas sola? ¡Estás peor de lo que yo pensaba!

Se sobresaltó al escuchar aquella voz. Era Carballo.

—¡Casi me matas del susto! —protestó ella—. ¿Qué haces aquí?

—Yo podía preguntarte a ti lo mismo, pero no soy tan indiscreto. Necesitaba respirar un poco de aire fresco —le explicó.

La brisa movió su cabello y su rebeldía con suave elegancia.

—Quieres decir que necesitabas estar solo.

—Algo así. Oye, ¿has visto lo que hay en el mar, a un lado y al otro del paseo?

—No, he venido hasta aquí caminando por la cala.

Marcos le hizo un gesto para que lo acompañara y la llevó en dirección contraria a la cervecería. Justo hasta la mitad del paseo. Cuando Mar descubrió lo que él quería enseñarle, se quedó sobrecogida. En medio de la oscuridad del océano flotaban cientos de medusas luminiscentes. Brillaban con tal intensidad que parecían estrellas nadando entre las aguas. Fuegos artificiales saltando desde el corazón del mar. El movimiento brusco de las aguas convertía la noche marina en un espectáculo de luz.

—Es la primera vez que veo algo así —confesó Mar—. ¡Es impresionante!

—Me parece mágico que las medusas brillen en la oscuridad. Debe de ser una forma de atraer a sus presas. Una especie de reclamo.

—Parecen tan frágiles. Y su picadura puede ser mortal. Es raro, ¿verdad?

Carballo la miró dulcemente. Se detuvo en sus ojos. En aquel instante le pareció tan hermosa como aquel océano brillante que oscilaba a sus pies.

—Mar, ¿qué nos ha pasado? ¿Por qué nos separamos de aquella manera?

Ella no esperaba esa pregunta. Jamás había vuelto a hablar con Carballo de lo que les había sucedido. Tal vez porque dolía demasiado.

—Supongo que nunca llegamos a querernos de verdad.

—Eso no es cierto —atajó él—. Pasábamos juntos más horas de las que tiene el día. Lo compartíamos todo. Mar, no me jodas. ¡Has sido la primera tía con la que lo hice!

Entonces, durante unos segundos, la mente de Mar viajó a la noche en la que había estado en el asiento trasero de aquel coche. Él, borracho perdido, ella deseando la noche perfecta.

Ese recuerdo le hacía mucho daño. Demasiado, para el tiempo que ya había pasado.

—Nunca has sabido hacer las cosas bien —dijo por fin.

Él le dio una patada a la barandilla del paseo con toda la rabia que llevaba condensada en su interior desde hacía meses. O tal vez años.

—¿Quién te apoyó cuando tu padre se fue de casa? ¿Quién te consoló noches enteras? ¿Quién estuvo a tu lado cuando tu madre pasaba de ti? ¡Dime, Mar, quién!

Carballo decía la verdad. Cuando el padre de Mar huyó, el mundo de la muchacha se derrumbó como un castillo de arena bajo la lluvia. Y la única persona que entonces supo comprenderla había sido él. Pero también le había partido el alma en dos en el momento en que más lo necesitaba. Y eso no se lo podía perdonar. Todavía no.

—¿Y quién me engañó con mi mejor amiga? ¿Eh, Marcos?

Él le cogió las manos y la miró como si se le fuera la vida en aquella conversación.

—Estaba borracho, Mar. ¡Borracho perdido! ¡Si ni siquiera recuerdo lo que pasó aquella noche! No tuvo ninguna importancia para mí.

—Pero para mí sí que la tuvo. En los momentos importantes siempre estás borracho.

—¿Y es por eso por lo que te has vuelto lesbiana? ¿Porque en una noche de borrachera se me

fue la pinza? ¡Hay que joderse!

—Mi inclinación sexual no tiene nada que ver contigo.

—Yo no estoy tan seguro. ¡No soporto verte con Isla! ¿Es que no lo entiendes?

Al escuchar el nombre de Isla, Mar sacó su móvil del bolsillo para ver la hora. Solo habían pasado diez minutos. Todavía faltaban otros cinco para que le hiciera la llamada perdida.

Posó su mirada otra vez sobre las medusas. Entonces le vino a la cabeza la conversación que habían tenido Ángel, Isla y ella meses atrás, cuando él les había contado la historia de la dueña de la cervecería. Aquellas palabras recordadas le atravesaron el pecho hasta dejarla sin respiración: «Las medusas predicen las desgracias. Cuando veas muchas juntas, échate a temblar».

Isla recobró el sentido. Tenía las manos atadas y una tela metida dentro de la boca que le tapaba también la nariz y la obligaba a respirar con dificultad. El corazón le palpitaba en la cabeza con una fuerza infinita en el lugar preciso en el que Júpiter la había golpeado.

Él estaba sentado a escasa distancia, observándola atentamente.

—Por un momento me pareció que estabas muerta —susurró con aparente preocupación.

Ella no pudo contener las lágrimas. La vida que había construido alrededor de Júpiter era una mentira. Una mentira con alma de planeta.

—La última vez que estuve en esta cervecería fue el día en que murió mi madre. Ella regentaba este local. Seguro que has oído hablar de la historia. Su muerte se produjo en extrañas circunstancias.

Todo empezaba a encajar en la dolorida cabeza de Isla.

—Era un poco lunática. En eso he salido a ella. Me afecta mucho la luna. Los suicidios y las conductas dementes son más frecuentes en noches de luna llena. ¿Tú qué opinas, Casiopea? ¿Crees en la influencia de la luna sobre las personas?

Isla lloraba en silencio, mientras sentía que con cada inspiración la tela se le iba metiendo más y más adentro. Directa a la garganta.

«Si la trago, me ahogo. Y si no respiro, me ahogo también».

Miró a Júpiter con ojos de súplica, pero él parecía estar lejos. En algún lugar de su memoria, o de su patología.

—A estas alturas ya imaginarás que yo conozco esas extrañas circunstancias en las que murió mi madre. ¿Quieres saber cómo fue?

Isla intuía que si le confesaba los hechos, la siguiente en morir sería ella. Por eso indicó que no con la cabeza.

«Por favor, no me lo cuentes. No quiero saberlo. Solo quiero salir de este lugar y recuperar mi vida», dijo para sí.

Pero él continuó a lo suyo, ignorando la desesperación que había en aquella mirada.

—Yo solía ayudar a mi madre en la cervecería. Trabajaba duro y me pagaba una miseria. No era lo que se dice una persona generosa. Ni siquiera con su hijo. Mi padre era marinero y pasaba largas temporadas embarcado en alta mar. Ella no podía soportar tanta soledad. Me lo repetía a todas horas: hijo, esta soledad me va a matar. Andaba como alma en pena, dando lástima, sin preocuparse de que tenía un hijo desatendido que ya no sabía qué hacer para recuperar a su madre.

Isla tenía la boca llena de saliva y necesitaba tragar. Pero la tela se lo impedía. Empezó a mover las piernas y a golpear los pies contra el suelo para llamar la atención de Júpiter. Ya no

aguantaba más.

Él le dirigió una breve mirada. Estaba roja. Como si fuera a explotar de un momento a otro.

—Si gritas, te mato. ¿Has entendido? —dijo agarrándola por el cuello con brusquedad.

Ella dijo que sí con la cabeza.

Júpiter le sacó la tela de la boca. Ella empezó a toser y a respirar con nerviosismo, intentando tragar de un golpe todo el oxígeno que había allí dentro.

Sin darle casi tiempo a recuperarse, él volvió a ponerle la tela sobre la boca a modo de mordaza.

—Era un día de mucho calor —continuó él—. Se caían los pájaros. Pero el mar estaba bravo. Como hoy. Región tiene fama por lo agresivo de sus mareas. Aquella mañana no me tocaba trabajar, pero vine de igual modo por si mi madre necesitaba que le echara una mano. ¿Y sabes lo que me encontré?

Ella le dijo que no.

—A mi madre aquí, encima de esta barra, con un pescador. La visión me dio un asco terrible. Cerré la puerta como si no hubiera visto nada y esperé en el paseo. ¿Y sabes qué paso a continuación?

Isla ni lo sabía ni quería saberlo. Pero daba igual lo que ella quisiera. Júpiter estaba dispuesto a echarlo todo para afuera, como en una especie de expiación.

—¡Que entró otro pescador! Aquello llevaba pasando mucho tiempo. Me sentí como el tonto que no se entera de nada. Así que esperé unas horas con una rabia tan grande que la podía masticar. Hasta que se puso el sol. Entré aquí y, después de decirle a mi madre que lo sabía todo, le di un golpe en la cabeza para dejarla inconsciente. Luego la tiré al mar. Fue un niño el que encontró su cuerpo flotando entre cientos de medusas.

Isla pensó en Ángel. Era inevitable. Recordó el día que en el paseo marítimo les había contado lo que supuso para él encontrar aquel cuerpo flotando en las aguas. Entonces sus palabras reflejaban un inmenso dolor.

—La poli me interrogó varias veces, pero finalmente archivaron el caso. Nunca encontraron al asesino, homicida o como quiera que se llame. Yo hice la maleta y me fui de aquí para empezar una nueva vida. Necesitaba poner distancia. Pero ya sabes: putas las hay en todas partes y anduve dando tumbos de un lugar a otro.

Isla dio por sentado que «andar dando tumbos de un lugar a otro» significaba lo mismo que «andar asesinando mujeres de un lugar a otro».

Y ahora le tocaba a ella. Estaba como vacía por dentro. No podía gritar, ni tenía manera de encararse con aquel hombre.

«Mar, ven a rescatarme», rogó en silencio. Y empezó a llorar de nuevo.

Mar volvió a mirar la hora en su reloj. Ahora sí habían pasado los quince minutos. Uno más, para ser exactos. E Isla no había hecho ninguna llamada.

Las medusas parecían estar llamándola desde el océano, intentando hacerla reaccionar con su movimiento fosforescente.

—Marcos, escucha —dijo muy seria—. Isla y yo solo somos amigas. No sé la película que te has podido montar en tu cabeza, pero estás a tiempo de ponerle remedio.

—¿Poner remedio a qué?

—Tienes que ayudarme a sacar a Isla de la cervecería. Algo terrible le puede estar pasando en este mismo momento. ¡Por favor!

—Yo no quiero saber nada de esa tía. Pídeme lo que quieras, pero que no tenga que ver con ella.

—¿Pero tú has escuchado algo de lo que acabo de decirte? —Mar estaba indignada—. ¡Creo que está en peligro! Ahora estás a tiempo de solucionar todo lo que has hecho mal en este curso.

—No quiero solucionar nada. Todo lo que he hecho mal, como tú dices, está justificado. Esa pava me pone enfermo del hígado. ¡No quiero ni verla! Además, no entiendo qué mosca te ha picado de repente.

Entonces, Mar agarró con sus manos la cara de Carballo y la acercó a la suya, traspasándolo con la mirada.

—Marcos, no tengo tiempo de explicártelo. Si en algún momento he significado de verdad algo para ti, ayúdame a sacar a Isla de ahí dentro y no hagas preguntas.

Júpiter agarró a Isla por un brazo y la obligó a ponerse en pie.

—¡Nos vamos! Aquí ya no tenemos nada que hacer. He aparcado el coche junto a la playa de la Luz. Caminaremos hasta allí. Quiero llevarte a otro lugar.

Isla respiró aliviada. En breve se encontrarían con Mar que la estaba esperando. Y se acabaría todo.

Júpiter abrió la puerta sin soltarle el brazo. Afuera estaba todo muy oscuro. En aquella zona no existía ningún tipo de iluminación. Solo la que la luna llena volcaba sobre la noche. Borearon la cervecería para llegar al paseo. Allí, al fondo, estaban Mar y Carballo. Isla intentó llamarlos lo más alto que pudo. Pero llevaba puesta la mordaza, y lo único que consiguió emitir fueron unos sonidos guturales desesperados que se perdieron entre el ruido de las olas al chocar contra el espigón.

«¡Mar, por favor, estoy aquí!».

Júpiter la golpeó de nuevo, obligándola a desandar a toda prisa el camino que acababan de hacer. En la terraza de la cervecería eran invisibles para cualquier paseante inoportuno.

—Habrá que bajar por otro lado. Si vuelves a hacer cualquier clase de ruido, te mato —le dijo mientras la zarandeaba con violencia.

Hablaba en serio.

Clavándole los dedos con fuerza en la carne del brazo, la guio hasta la punta del espigón. Allí había unas escaleras que iban a dar a una cala minúscula que solo era accesible cuando la marea estaba baja. Pero ahora estaba altísima. Era el momento de la pleamar. No era posible continuar por ese camino.

Júpiter clavó su mirada en el interior del océano y respiró hondo.

Marcos no podía defraudar a Mar una vez más. Le importaba demasiado como para volver a fallarle. Ya habían sido demasiadas decepciones y ahora era el momento de demostrarle lo mucho que significaba para él.

—Tú ganas —le dijo por fin—. Haré lo que me pides.

—¡Pues venga, rápido!

Mar echó a correr hacia la cervecería seguida de Carballo. En la cabeza de la chica, las medusas flotaban como paraguas brillantes en una noche de lluvia. Entonces, entre la oscuridad, distinguió a aquel hombre que sujetaba a su amiga al final del espigón. Creyó que el pecho le iba a estallar.

—¡ISLAAAAAA! —gritó desesperada.

Aquel grito rasgó el alma de Región hasta hacerla sangrar.

Al escuchar la voz de Mar, Isla contuvo la respiración y giró la cabeza hacia el paseo.

«Ya está», dijo para sí misma. «Todo va a terminar en un momento».

Cuando Júpiter vio a Mar y a Carballo, supo que lo que había urdido durante meses estaba a punto de desmoronarse. ¿Qué podía hacer? Se acercaban a toda velocidad, corriendo hacia allí como animales desesperados.

Lo que él quería realmente era hacer las cosas de otra manera y no repetir situaciones anteriores. Pero algunas veces el destino juega a confabularse, maquina secretamente para que todo vaya por el camino más insospechado. Como en esta ocasión.

—Las cosas se han torcido, Casiopea. Esto no está saliendo como yo había pensado.

Un montón de gotitas de sudor se dibujaron en su frente. Su cuerpo empezaba a manifestar la tensión. Y a él, que era un hombre obsesionado con mantenerlo todo bajo control, aquello le hacía sentirse muy molesto.

A Isla las palabras de Júpiter le sonaron a rendición. Y eso fue lo que pensó, que se estaba rindiendo al ser consciente de que no tenía escapatoria posible. Pronto sus amigos la salvarían liberándola de aquel psicópata.

Pero nada más lejos de la realidad.

—Siento que esto tenga que acabar así —murmuró Júpiter mientras le quitaba la mordaza—. Quería que contigo fuese especial.

—Deja que me vaya, Júpiter —le rogó ella con los ojos llenos de lágrimas—. Mis amigos ya están aquí. No tienes otra salida.

—¿Sabes? Tenía planes para nosotros —continuó él, sin prestar atención a lo que Isla le decía—. Tú no puedes entenderlo, esta vez quería hacer las cosas de manera diferente.

—¿Diferente de qué? —preguntó ella para ganar tiempo.

—¡Diferente de esto! —gritó él antes de darle un tremendo cabezazo.

Después la cogió en brazos y la depositó en el suelo por fuera de la barandilla de seguridad que rodeaba el paseo marítimo. Se colocó a su lado. Ella, allí tirada, estaba consciente, pero muy aturdida. Le pareció ver cientos de medusas luminosas en el mar, pero no sabía si era una visión real o un producto de su cabeza golpeada.

En el cielo, el planeta Júpiter latía como un corazón desbocado, observándolos desde el espacio exterior, sin quitar los ojos de lo que estaba pasando debajo de sus dominios, a punto de explotar por tanta tensión.

—¡¡ISLAAAAAA!!

La voz de Mar le llegaba desde otro hemisferio. Isla la escuchaba como si estuviera en una realidad paralela que ya nunca más podría cruzarse con la suya.

Antes de lanzarse al mar, Júpiter se quitó los zapatos.

—Imagino que ya conoces la leyenda de Casiopea —comentó mientras se desataba los cordones—. Fue condenada por Poseidón a vivir en el cielo, postrada boca abajo en un trono.

¿Sabes el motivo? Te lo diré yo: cometió la osadía de afirmar que su belleza superaba a la de las Nereidas, las ninfas del mar. ¿Tú crees que eres más bella que las Nereidas, Casiopea?

A Isla la cabeza le daba vueltas. Escuchaba lo que él le decía, pero no conseguía hilvanar las palabras.

—Seguro que nunca has visto de cerca una Nereida. Dicen que su belleza traspasa el corazón humano.

Entonces, Júpiter la cogió en brazos y la besó en la frente. Sin más, la tiró al abismo del océano.

Isla voló como una cometa de colores que lucha contra la tormenta con movimientos torpes y desacompañados. Mientras caía tuvo una breve visión. Le pareció que la diosa Selene extendía sus manos hacia ella desde el cielo. Pero una grieta se abrió en medio de las dos y no consiguió agarrarla.

Las olas furiosas rodearon su cuerpo. Cuando chocó contra la superficie del mar, despertó de repente. El frío de aquellas aguas hizo que recuperara la consciencia que había perdido por el cabezazo de Júpiter. Trató de mantenerse a flote moviendo las piernas con todas sus fuerzas, mas la violencia del océano la hizo girar. Con las manos atadas era imposible salvarse de morir ahogada. Ella lo sabía. Y Júpiter también cuando la lanzó sin desatarla.

Isla resistió al océano todo lo que pudo. Trató de relajarse, de flotar entre las medusas. Pero era imposible. Las olas golpeaban con tal fuerza que todo intento de oponerse a ellas era inútil.

Un minuto después de estar bajo el agua, su mente se convirtió en un remanso de calma. A pesar de la violencia con la que el mar castigaba su cuerpo, lanzándolo arriba y abajo, una y otra vez, ella ya no sentía nada. Ni tristeza, ni rabia, ni odio.

La cara de Ángel se dibujó en el fondo del mar, entre las medusas, para regalarle su última sonrisa.

Isla cerró los ojos para no volver a abrirlos nunca más.



Fueron días terribles. Nunca supe con certeza qué había sucedido, pero sí llegué a entender que aquella relación con Ella se había roto, que Ella nunca más vendría a casa, que nosotros tampoco volveríamos a visitar la suya, que no habría más paseos por la playa o por el campo.

*Lo único que queda es el amor.* AGUSTÍN FERNÁNDEZ PAZ

## Epílogo

Semanas después, sentada en el paseo marítimo, Mar imagina otro final para su amiga del alma. La tristeza que siente es tan grande que lleva días tejiendo en su magín distintos desenlaces. Juega mentalmente a situarse en otros momentos, evita pensar en lo que aconteció realmente aquella noche. Finge que no ha sucedido. Es el único modo que tiene de poder continuar con su vida.

Levanta la cabeza, se deja acariciar por el sol y sueña que todavía están en junio y que ese mes ha caído sobre Región como una caricia cálida y reconfortante. Atrás han quedado la crueldad del invierno, los desplantes de Carballo, la vida bailando al compás de Júpiter.

Imagina que, aquella mañana, Isla, Ángel y ella han quedado para verse en el paseo.

Mar llega a casa de Isla a eso de las once de la mañana montada en la bicicleta, toca el timbre una y otra vez para anunciar que ya está allí. Aparca en la puerta y sube corriendo hasta la habitación de su amiga.

Isla parece tranquila. Demasiado para todo lo que ha vivido.

—¿Estás mejor? —le pregunta con cariño.

—Sí. Venga, no me mires con esa cara de pena —pide Isla tratando de quitarle dramatismo a la situación—. ¿A que no sabes qué he descubierto hoy?

La muchacha se acerca a la ventana y coge del alféizar el vaso con las claras de huevo que había dejado allí días atrás.

—¿Pero todavía tienes eso ahí?

—Sí, tía. ¡Lo había olvidado por completo!

—¿Y qué dicen las claras de huevo? —pregunta Mar con escepticismo.

—Prefiero que lo veas tú misma.

Mar tiene que aguantar las ganas de reír. Todo eso de los rituales le parecen bobadas, producto de la imaginación de la gente. Sin embargo, cuando coge el vaso cambia de opinión al instante.

—¡Guau!

—Increíble, ¿verdad? —dice Isla.

Entre las claras de huevo flotan un montón de diminutas medusas que parecen estar nadando en un mar transparente.

—Flipo, tía. ¡Hasta tienen tentáculos y todo!

—¿Qué dices? ¿Llevamos el vaso al paseo para que lo vea Ángel?

—No creo que le haga ni pizca de gracia —contesta Mar sin apartar la vista de las medusas.

Las dos amigas salen de la habitación, se dirigen al garaje y allí cogen la bicicleta de Isla, después pedalean en dirección al paseo marítimo. La mañana es muy hermosa. Los veranos en Región son un cuadro pintado de amarillo sobre azul. Un universo de luz cálida.

Cuando llegan al paseo, Ángel ya está allí esperándolas.

—¡Mis ciclistas favoritas! —saluda contento.

—Si supieras lo que Isla quería traerte de regalo, no dirías lo mismo —comenta Mar mientras aparca su bici.

—¿Y qué era? —pregunta él.

—No le hagas caso. Le encanta provocar —comenta Isla guiñándole un ojo a su amiga.

Caminan despacio sobre las maderas del paseo hasta llegar al lugar de siempre. Allí, como de costumbre, se sientan en el suelo y se quedan contemplando la inmensidad del océano.

—No hay ni rastro de medusas —observa Mar—. Hoy va a ser un día tranquilo. ¡Son infalibles!

En ese momento, Isla saca del bolsillo el colgante que había comprado días atrás en la joyería del centro.

—¿Aún conservas eso? —pregunta Mar con expresión de repugnancia.

—Mira que tienes mal gusto —dice Ángel—. ¡Una medusa! ¿No había en la tienda otro colgante?

—Cuando lo compré, me pareció perfecto.

Isla se sumerge por un instante en el agujero negro del recuerdo. Pero inmediatamente saca la cabeza para coger aire.

—¿Y ahora? —le pregunta Ángel.

—Ahora creo que ha llegado el momento de deshacerme de él.

—¡No querrás endosármelo a mí! —protesta él.

Mar se retuerce de risa.

Entonces, una ola golpea el muelle con fuerza salpicándolos como una lluvia fresca. Isla cierra los ojos y se recuesta sobre el suelo de madera del paseo. El sol va secando poco a poco las gotas de agua salada que hacen equilibrios en su piel.

—Así que Carballo y tú habéis hecho las paces —comenta Ángel dirigiéndose a Isla.

—Dejémoslo en que han firmado una tregua —corrige Mar.

—Una tregua es mucho más de lo que teníamos hasta ahora —afirma Isla al tiempo que se incorpora.

—¿Crees que detendrán a Júpiter? —pregunta él.

Isla tarda un segundo en contestar.

—No lo sé. La policía asegura que no descansará hasta dar con él. Han intentado localizarlo a través de mi ordenador, pero de momento no hay novedades. Por lo visto chateaba desde una IP móvil.

—¿Y eso qué es? —pregunta Mar.

—Eso es que el tío lo tenía todo muy estudiado, y seguro que hablaba con Isla desde distintos ciber —explica Ángel.

Isla se levanta, coge impulso con el brazo y lanza el colgante de medusa lo más lejos que puede. El sol lo hace brillar en su vuelo.

Cuando lo ve perderse entre las aguas, se siente un poco más liberada.

Ángel le pasa un brazo por encima de los hombros y la aprieta contra su pecho. Después la besa en la frente con dulzura.

—Te quiero, Isla —le murmura al oído.

Ella cierra los ojos y se deja mecer por el sonido de las olas.

—¿Mar?

La voz de Ángel sobresalta a la muchacha que entonces se despierta de su ensoñación. Hace

semanas que no se ven. Y no porque él no lo haya intentado. Le ha mandado docenas de mensaje, la ha llamado una y otra vez cada día. Pero siempre sin obtener respuesta. Ella ha preferido desaparecer, encerrarse en sí misma y tirar la llave al mar. Junto con el cuerpo de Isla.

—No sé nada de ti desde el día del entierro —murmura con voz de niño asustado—. ¿Puedo sentarme contigo un rato?

Ella le dice que sí con la cabeza. Quiere hablar, pero no le salen las palabras. Han quedado sepultadas debajo de los trozos de su alma.

—Mar, necesito hablar contigo, compartir todo lo que estamos viviendo. No me puedes abandonar de esta manera.

Entonces Mar rompe a llorar con una pena que traspasa las entrañas de Región. Se abraza a Ángel y suelta todo lo que lleva reprimiendo desde la fatídica noche de San Juan.

—¡Es injusto, Ángel! ¡Muy injusto! ¡Isla no se merecía lo que le ha pasado! —grita entre sollozos.

Esta deshecha por dentro y por fuera.

—Tranquila —la consuela él dulcemente, acariciándole la nuca—. A ella no le gustaría verte así. Tenemos que ser fuertes.

—¡Está muerta, Ángel! ¡Ese cabrón la tiró al mar!

Él tampoco puede evitar las lágrimas y llora en silencio junto a su amiga. Cada vez que piensa que jamás volverá a ver a Isla, se derrumba. Es algo que se viene repitiendo desde la noche de San Juan.

—Yo la quería de verdad, Mar —dice con un hilo de voz que acaba perdiéndose entre el sonido de las olas.

—Y ella a ti. Estoy segura.

—¿Crees que lo cogerán?

Mar se separa de él, se echa el pelo hacia atrás y toma aire. Aprovecha para secarse las lágrimas con el dorso de la mano.

—No tengo ni idea. De momento la policía sigue investigando. Creo que van a continuar buscando su cadáver en el mar. Piensan que se ahogó. Pero yo estoy segura de que ese cabrón está vivo en algún lugar, buscando otra víctima. Puedo sentirlo.

En la línea del horizonte, un avión va dejando en el cielo una línea blanca de humo.

Ni Ángel ni Mar lo saben todavía, pero ese verano no podrán bañarse en el mar.

Las medusas van a invadir todas las playas de Región.

Título original: *O corazón de Xúpiter*

Edición en formato digital: 2018

© Del texto: Leticia Costas, 2012  
© De la traducción: María Jesús Fernández, 2018  
© De la ilustración de cubierta: David de las Heras, 2018  
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2018  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[anayainfantilyjuvenil@anaya.es](mailto:anayainfantilyjuvenil@anaya.es)

ISBN ebook: 978-84-698-3650-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.  
Conversión a formato digital: REGA

[www.anayainfantilyjuvenil.com/ebook](http://www.anayainfantilyjuvenil.com/ebook)